



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES



LA CIUDAD DE LA ASUNCIÓN

DEL MISMO AUTOR

LA CUESTION MONETARIA EN EL PARAGUAY.—Causas de las oscilaciones y de la depreciación de la moneda. Antecedentes históricos. 1902. 125 págs.

DIPLOMACIA PARAGUAYO—BOLIVIANA.—1904.

ESTUDIO SOBRE LA INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY.—Tomo I. 1912. 256 págs.

INFORME SOBRE IMPUESTOS INTERNOS.—Papel sellado y estampillas. Desenvolvimiento histórico del impuesto en el Paraguay. Legislación vigente. Proyecto de reformas. 1913. 116 páginas.

PARAGUAY—BOLIVIA—CUESTION DE LIMITES.—Tomo I. Memorandums cambiados con el Sr. Ministro de Bolivia Dr. Ricardo Mujía. Conferencias. 197. 396 págs.

PARAGUAY—BOLIVIA—CUESTION DE LIMITES.—Tomo II. Advertencia. I. La controversia. II. Geografía etnográfica de parte del Paraguay y del Alto Perú. III. Las conquistas y pueblos de Nuflo de Chaves y de Andrés Manso. 1917. VIII. 386 págs.

PARAGUAY—BOLIVIA—CUESTION DE LIMITES.—Tomo III.—IV. La guerra y conquista de los chiriguanaés. V. El Chaco. VI. La Real Cédula del 17 de Diciembre de 1743. 196 págs.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.—1915. 22 págs.

PARAGUAY—BRASIL.—Polémica histórica sostenida en La Paz (Bolivia), entre *Históricus* y *Veritas*. 1918. 56 págs.

LA EXTENSION TERRITORIAL DEL PARAGUAY AL OCCIDENTE DE SU RIO.—Breve exposición de los títulos paraguayos. 1925. 90 págs.

FULGENCIO R. MORENO

La ciudad de la Asunción



F. 0. 0. 0.
10/10

10/10/10

**Es propiedad
del autor.**

PREFACIO

De mis colaboraciones en «La Prensa» de esta capital, iniciadas en Diciembre de 1921, entresaco las referentes a la ciudad de la Asunción, que forman, en gran parte, el presente libro. Su reimpresión conserva el texto primitivo, sin modificación alguna, salvo brevísimas ampliaciones y contadas notas complementarias.

Escritos y publicados sin continuidad y a veces con grandes intervalos, en que me cupo examinar otros aspectos del pasado de mi país, estos artículos no siempre guardan entre sí la estricta relación o correspondencia que suponen los capítulos de una obra preparada con unidad de plan. Tampoco abarcan con igual amplitud los principales hechos que predominaron en la formación y el desarrollo de la ciudad, de los que algunos apenas quedan indicados. Y en general, han tenido que ajustarse al marco de ese género de publicaciones, dentro del cual no cabe mayor expansión

expositiva, ni más detenida crítica de los sucesos.

He creído, no obstante, que reunidos en este volumen, en algo podrían suplir dichos artículos la falta de un trabajo más ordenado y completo sobre la antigua metrópoli de la conquista, tan indisolublemente ligada a los orígenes de un importante grupo de naciones americanas.

Y he ahí la razón de estas páginas, que las dedico a la ciudad donde nací, como débil testimonio de mi admiración por su pasado y de mi fe profunda en su destino.

F. R. M.

Buenos Aires, 1926.

I

ORÍGENES DE LA CIUDAD

Los guaraníes y sus migraciones. Atracción de las corrientes conquistadoras.—Fundación de la Asunción.—Los primeros tiempos.—El gran incendio de 1543.—Reedificación de la ciudad: nueva disposición de las viviendas.—El solar asunceno en el siglo XVI.—Los primeros establecimientos: La herrería, El astillero, La iglesia.—Sentido inicial del crecimiento de la ciudad. Causa de su configuración.—Zona de expansión de los cultivos.—El contingente femenino.—La vida rural.

El territorio que comprende la República del Paraguay hallábase ocupado, antes de la conquista española, por varias naciones indígenas, entre las cuales la más importante, por su número y estado de cultura, era la de los Guaraníes.

Esta raza, cuyo nombre expresaba sus hábitos de lucha («guaraní» quiere decir «guerrrear»), no representaba en tal sentido una excepción, entre aquellas hordas movedizas. Pero se encontraba incuestionablemente en un grado más elevado de evolución social.

Vecinos de tribus nómadas y feroces, que vagaban en una extensa zona fronteriza, los Guaraníes constituían por su mayor solidaridad, por su organización, por su desarrollo

intelectual y por sus medios de existencia, agrupaciones o parcialidades de una cultura más adelantada. Sedentarios, agricultores y relativamente industriales, estaban sometidos a un régimen social apropiado a sus condiciones de vida, habiendo alcanzado un grado apreciable de bienestar económico. Y un rasgo característico de esta raza vigorosa y aguerida, era su marcado espíritu de expansión.

Diseminada al sur hasta las riberas del Plata, se había extendido hacia el norte, con propósitos de conquista, hasta los lejanos dominios de los Incas. Antes que a estas regiones llegara el rumor de las empresas conquistadoras del viejo mundo, los Guaraníes del Paraguay habían invadido ya, con sangriento empuje, las tierras de los Chanes y los llanos de Grigotá, donde acabaron por establecerse, siendo conocidos desde entonces con el nombre de Chiriguanáes. Y en los comienzos del siglo XVI, las mesnadas guaraníes, que en terribles oleajes cayeran sobre las fronteras del imperio, habían difundido ya, en alas de su idioma, las portentosas noticias sobre la riqueza incáica, hasta las más apartadas costas del Atlántico.

Esas versiones, agigantadas por la transmisión oral, originaron la corriente conquistadora de esta parte de América. Atraída por ellas, pasó por el Paraguay, allá por 1524, el portugués Alejo García, primer europeo que pisó su suelo y penetró hasta el interior del Chaco. En pos de esas noticias torció Caboto, poco después, su ruta a las Molucas y llegó a explorar parte del río Paraguay, comunicándose con algunas parcialidades guaraníes.

Y persiguiendo esas mismas riquezas, propaladas cada vez más insistentemente, partió de España la gran expedición de Don Pedro de Mendoza, que arribó al paraje donde se efectuó la primera fundación de Buenos Aires, el año 1536 (1).

En el concepto geográfico de la época, el río que atravesó García y exploró Caboto, arriba del Paraná, estaba muy cerca de la riqueza incaica, de la portentosa «Sierra de las minas» o «Sierra de la plata». Se le denominaba indistintamente «Río del Paraguay» y «Río de la Plata» (2). Y tan pronto como fué posible, Mendoza despachó una expedición al mando de Juan de Ayolas, para que remontara el río, en descubrimiento de las famosas sierras argentinas.

El largo tiempo transcurrido sin noticias de Ayolas, mientras el hambre y la peste diezmaban a Buenos Aires, determinó al Adelantado a enviar en su auxilio algunos bergantines, cuyo mando encomendó al capitán Juan de Salazar de Espinosa.

La expedición partió de Buenos Aires cuando este asiento estaba reducido a la mayor penuria; y después de una navegación lenta

(1) En nuestra obra «Paraguay-Bolivia», T. II, Cap. II, y en un trabajo sobre «Geografía etnográfica», publicado en la «Revista Chilena de Historia y Geografía», 1er. trimestre de 1921, creemos haber establecido con rigurosa comprobación, la situación de las naciones indígenas que ocupaban el Paraguay, la época de las migraciones guaraníticas y su decisiva influencia en las exploraciones y conquista por el lado del Atlántico.

(2) Véanse «Sebastián Caboto», por J. T. Medina, T. I. Documentos y M. S. del Archivo Nacional. Todavía en 1600

y trabajosa, a través de una extensa zona poblada sólo por tribus pobrísimas y feroces, aportó a la pródida tierra de los guaraníes, que comenzaba algunas leguas abajo de Lambaré, en la región denominada después la «Frontera». Los expedicionarios pasaron de largo por frente de las primeras parcialidades, prosiguiendo aguas arriba hasta las altas barrancas que dominan la ribera del río, en tierra de «Cupiratí» y «Caracará» (1); y allí desembarcaron, poniéndose, por medio de los intérpretes o «lenguas», en comunicación con los autóctonos.

No era la primera vez que los Guaraníes se hallaban en contacto con gentes de raza blanca: las conocían, como ya se ha visto, de tiempo atrás, y sabían muy bien que sus móviles no eran otros que los que a ellos mismos les empujaban constantemente hacia el centelleante reino de «Paitití». Los intérpretes de Salazar no necesitaron largas explicaciones para entenderse con los indios. La parcialidad de «Caracará» abrió generosamente su despensa a los viajeros, llenándoles de provisiones sus vacíos bergantines, y la alianza quedó en seguida acordada entre ambas partes, comprometiéndose los españoles a fundar un pueblo en los dominios de aquellos indios, que tan pródidamente aparecían ofreciendo su cooperación personal y su abundan-

(1) El primero de estos caciques adoptó el nombre del fundador de la Asunción y se llamó «Juan de Salazar Cupiratí». Al segundo le llama Oviedo, por error de su fuente informativa, seguramente, «Carduaraz y Caro Arazá». Aun hoy conserva el nombre de «Caracará» un riacho cercano a las tierras en que dominaba dicho cacique. (

te agricultura, para la anhelada conquista del Imperio Incáico.

El mismo fundador de la Asunción expresaba este hecho, en una declaración suscripta por él en 1545. «Es verdad, dice, que a la subida de este río del Paraguay, llegados a este paraje de la Frontera, e vistas las grandes necesidades pasadas, este testigo tomó parecer de Hernando de Rivera e de Gonzalo de Moran... e del dicho Gonzalo de Mendoza e de los dos religiosos e de otras ciertas personas que con este testigo venían si les parecía que hera bien y servicio de su magestad... hacer paces con esta generación carios, por ser gente que sembraba y cogía, que hasta aquí no se avía topado otra ninguna, los quales dixeron... que les parecía bien e cosa muy, útil y provechosa a esta conquista e ansi visto lo susodicho, asentaron paz e concordia con los dichos yndios desta tierra e les dixeron que de buelta que por aquí bolbiesen se haría una casa e pueblo...» (1).

Con este compromiso, los expedicionarios continuaron su marcha río arriba hasta el puerto de Candelaria, donde Irala les dió las primeras noticias del viaje de Ayolas al interior, y de donde regresaron poco después al «paraje de la Frontera», a fin de efectuar la fundación prometida a los guaraníes. «E ansi, agrega Salazar en la declaración citada, de vuelta este testigo con los pareceres que dicho tiene, e del dicho capitán gonzalo de mendoza hizo e fundó una casa de madera en esta dicha ciudad».

(1) Información de Gonzalo de Mendoza. Declaración de Salazar. «Colección Garay», página 220.

Esta fundación tuvo lugar, según parece, el 15 de Agosto de 1537, y la ciudad fué denominada Nuestra Señora Santa María de la Asunción (1).

Tal fué el origen de la Capital paraguaya.

El fuerte que estableció Salazar sobre la barranca del río, con la colaboración de los Guaraníes, no difería de las viviendas indígenas, en cuanto a los materiales de construcción. Era, según el testimonio de su mismo fundador, «una casa de madera», con su techo de paja, indudablemente. Pero el modesto recinto fortificado debía tener alguna capacidad, porque dentro de él se concentraron todos los elementos de la naciente población. Allí estaban la artillería y el parque, las moradas de los pobladores, la iglesia con sus dos clérigos, la herrería y el depósito de víveres.

Terminada la casa fuerte, Salazar bajó a Buenos Aires, dejando a Gonzalo de Mendoza al mando de la nueva población, que siguió por algún tiempo circunscripta a su estrecho radio, en medio de los trabajos e inquietudes ocasionados por una invasión de langostas y el desacuerdo de los capitanes sobre el verdadero jefe de la conquista.

Reconocido, por fin, Irala como teniente de Gobernador, en Junio de 1539, la ciudad pudo seguramente iniciar su crecimiento, estable-

(1) Aunque el acta de fundación de la ciudad ha desaparecido, el nombre original aparece en documentos posteriores, como puede verse en «El Archivo Nacional», dirigido por el Dr. Manuel Domínguez, No. III, pág. 115.

ciéndose las primeras casas en las cercanías del fuerte.

Un acontecimiento de importancia para la naciente ciudad fué la concentración de todos los conquistadores dentro de su recinto, que se efectuó en 1541, despoblándose el puerto de Buenos Aires. Los restos diezmados de la expedición de Mendoza, que se debatían con las mayores penurias en las costas del Plata, poseían, no obstante, el mejor arsenal de la conquista, sin contar con un valioso surtido de mercaderías, llevado allí casualmente por un comerciante genovés. Con el abandono de Buenos Aires, todos esos elementos fueron trasladados a la Asunción, en inmediato provecho de sus rudimentarios y escasos recursos; y el acrecentamiento de la población, ocasionado con tal motivo, marcó asimismo el período inicial de su firme expansión urbana. A esta época correspondió, según Ruy Díaz de Guzmán, la creación de sus primeras autoridades municipales entre los vecinos congregados «en forma de República», y la constitución un tanto regular de los hogares, que iban surgiendo del robusto y desenfrenado mestizaje hispano-guaraní.

El Cabildo de la Asunción estuvo primitivamente constituido, según Azara, por los capitanes Juan de Salazar y Gonzalo de Mendoza, en calidad de Alcaldes, y por seis Regidores, cuyos nombres no menciona. La existencia de dichas autoridades, en ese tiempo, está comprobada por la Relación de Alvar Núñez, quien refiere que, a su llegada a la Asunción, en Marzo de 1542, salieron a recibirle y prestarle obediencia, juntamente con

el Teniente de Gobernador y los oficiales Reales, los Alcaldes y Regidores de la Ciudad.

Con la prisión de Alvar Núñez, la composición del cuerpo capitular sufrió modificaciones de importancia. En las Actas correspondientes a los años 1544 y 1545, que nos ha cabido consultar, no figuran los nombres de los Alcaldes antes mencionados, y sólo aparecen los siguientes Regidores: Pedro de Molina, Domingo de Peralta, Pedro de Aguilera y Felipe de Cáceres (1).

A pesar de su importancia, el Cabildo de la Asunción no poseía entonces un local propio, y efectuaba sus sesiones en el recinto de la Iglesia Mayor.

Según refiere Azara, simultáneamente con la constitución del Cabildo, el gobernador Ira-la dió por armas a la ciudad las efigies de la Asunción y de San Blas, una casa fuerte y un coco. Pero, según otro autor (Araujo, «Guía para 1803»), las armas de la ciudad le fueron concedidas por Carlos V, y consistían en «un escudo sobre campo azul. En el primer cuartel está colocada Nuestra Señora de la Asunción; en el segundo el patrón San Blas; en el tercero un castillo; y en el cuarto una palma, un árbol frondoso y un león».

La llegada de Alvar Núñez, el segundo Adelantado, dió mayor animación al ya bullicioso centro asunceno. El nuevo contingente expedicionario, que duplicó la población, influyó, naturalmente, en el aumento del caserío, que, a fines de 1542, constaba de 260 casas, situadas en su mayor parte allende un pequeño

(1) «El Archivo Nacional», citado.

arroyo de ignorado nombre, que posiblemente fué el que ha conservado después la denominación de «Jaén».

Pero a principios de 1543, un gran incendio, que comenzó poco después de medianoche, redujo a cenizas las tres cuartas partes de la ciudad: solo escaparon 60 casas, gracias a haberse encontrado separadas de las llamas por el mencionado arroyo. «Fué tan grande el fuego, dice un testigo, que duró cuatro días; hasta una braza debajo de la tierra se quemó. Quemáronse más de cuatro o cinco mil hanegas de maíz en grano... y mucha harina de ello y muchos otros mantenimientos» (1).

El incendio devoró también numerosos papeles del Archivo, que estaban en poder del escribano Pero Hernández, allegado de Alvar Núñez, y entre ellos fué destruido posiblemente el más importante de todos: el acta de fundación de la Asunción.

Reedificada la ciudad, según cuenta Alvar Núñez, bajo su iniciativa y dirección, sujetáronse las nuevas construcciones a una modificación importante, empleándose para las paredes la tierra apisonada en vez de la paja usada anteriormente, material demasiado combustible, que siguió no obstante, aplicándose a los techos de las habitaciones.

Con propósitos análogos, sin duda, y consultando además la mayor eficacia de la defensa, en medio de la inestable paz indígena, adoptóse asimismo un nuevo plan de edificación, evitándose en lo posible el hacinamiento

(1) Alvar Núñez. «Comentarios».

o extremada proximidad de las viviendas. De los documentos de la época resulta indudable que, en lo general, ellas se ajustaron a un modelo uniforme que, a pesar de sus deficiencias y defectos, ofrecía aquellas ventajas, de valor inmediato entonces. Los datos substanciales, que salen un tanto claros de esa maraña documental, permiten tener una idea aproximada de lo que eran aquellos viejos solares, en su tosca estructura primitiva.

Cada casa hallábase rodeada, por disposición gubernativa, de un sólido cercado de madera, formando lo que llamaban un corral, que era a la vez, huerto, gallinero y depósito del ganado porcino. Las habitaciones, distantes de la entrada o tranquera, estaban por lo general en el interior, casi pegadas al cerco, con sus puertas delanteras e interiores y las ventanas distribuidas según su situación. Las paredes eran de tapias y los techos de paja. Los aposentos principales, al frente; y en el fondo, la despensa y la cocina, cuyo amplio cupial redondeado y en rápido declive, caía, hasta casi tocar el suelo, sobre el patio vecino.

Esta disposición de las viviendas cerca de las propiedades contiguas, atraía sobre ellas, en las épocas de las lluvias, enormes caudales de agua, que, al amparo del nivel desigual del terreno, abrían grandes surcos, desgastaban las paredes y producían verdaderos estragos en las alborotadas haciendas de la vecindad. Y fué no pocas veces motivo de serias desavenencias y enojosos pleitos (1).

(1) Las principales fuentes acerca de estos puntos son los testamentos y documentos sobre compra y venta de propiedades, existentes en el Archivo de la Asunción, de los que

Al delinearse los solares para la población, habríase trazado también, partiendo de un costado de la casa fuerte, el perímetro de la plaza Mayor, en donde se enarboló el «rollo público», emblema de la justicia real. A los lados de esta plaza se levantaron la casa del gobernador y la iglesia de la ciudad; y seguramente en idéntica situación estuvieron los demás edificios públicos y las casas de los principales vecinos.

Uno de los establecimientos más importantes era la Herrería, centro de actividad permanente, vinculado de modo indisoluble a los afanes de la conquista y a la vida económica de la ciudad. La Herrería proporcionaba, en efecto, los medios más importantes para la defensa y el sostenimiento de la existencia y el dominio del conquistador. Mediante ella se conservaba la diminuta artillería, y hasta se llegó a renovar con fabricación exclusivamente criolla todo el deshecho armamento (1), a su incesante trabajo se debió el herraje indispensable para las distintas obras y las construcciones navales; y en ella se labraban asimismo las «cuñas» y los «cuchillos», que servían de moneda y constituyeron el medio más eficaz para la atracción indígena.

Dada la importancia de la Herrería, su seguridad debía estar bien garantida. En rea-

parte se han publicado en «El Archivo Nacional», ya citado. En esa misma publicación pueden verse algunos de los pleitos a que nos referimos.

(1) Como se verá más adelante, los mestizos llegaron a fabricar arcabuces, «sin haberlos visto, sino por relación que les han dado, según dice un conquistador».

lidad, ella constituía parte del arsenal que se hallaba también instalado en el fuerte.

Al fundarse la Asunción, la Herrería era muy pobre: toda su existencia consistía en una fragua, un yunque, tres martillos y dos pares de tenazas (1). Pero al poco tiempo sus elementos aumentaron, respondiendo a las necesidades de la población; y en 1543 funcionaba en un amplio edificio fortificado, bajo la dirección y responsabilidad de un jefe. «El gobernador Cabeza de Vaca me ha informado, escribía más tarde un oficial real, que hizo una casa en la plaza Mayor de la ciudad, a manera de Fortaleza, con sus torreones en ella y con sus versos de artillería, y nombró por alcaide de ella a un soldado llamado Francisco Galán» (2). Esta casa fuerte, que reemplazó a la fundada por Salazar, era el local de la Herrería, y su director fué el alcaide Francisco Galán, cuyo nombre aparece con dicho cargo en las ordenanzas sobre fundiciones correspondientes a esa época, que pueden leerse en el Archivo Nacional de la Asunción.

(1) Cuando Irala fué reconocido como teniente de Gobernador, a mediados de 1539, toda la existencia de la Casa Fuerte, de que le hizo entrega el capitán Juan de Salazar, era la siguiente:

«Primeramente dos versos con sus camaras e cuñas e cinquenta e seys pelotas de plomo e noventa e cinco dados. Dos mosquetes con trynta pelotas. Medio barril de pólvora. Vna fragua aparejada para labrar que está sytuada en la dicha casa con una yunque e dos mallas e vn martillo e dos pares de tenazas de hierro». (P. Groussac. «La Expedición de Mendoza». Documentos).

Carta del Tesorero H. de Montalvo, del 12 de Octubre de 1585. «Correspondencia de los Oficiales Reales de Hacienda del Río de la Plata», ordenada y publicada por Roberto Levillier.

No lejos de la Herrería, seguramente, al pie de la barranca del río, se estableció el Astillero, que debía proporcionar a la conquista sus medios de movilidad fluvial y de comunicación externa.

Las obras tomaron incremento con la llegada de Alvar Núñez, en cuyo tiempo se comenzó la construcción del primer buque asunceno para alta mar. Las maderas, aserradas en los bosques vecinos, fueron transportadas por los indios al Astillero; y en 1542 estaban ya en obra una carabela y diez bergantines, bajo competente dirección, en la que descollaba el portugués Hernando Báez, «maestro de hacer navíos» (1).

Los bergantines fueron utilizados luego en las exploraciones del alto Paraguay, iniciadas por Irala en 1542. La carabela, comenzada en este año, terminó en 1545, y se inauguró llevando preso a España al mismo gobernador que dispuso su construcción. Fué el primer buque construido en esta parte de América que atravesó el Océano. Este primer barco transatlántico, de procedencia asuncena, despachado por los primeros revoltosos del Pa-

(1) «Para proseguir los descubrimientos, dice Alvar Núñez en su «Relación», mandó aserrar mucha madera de tablazón y ligazón así para hacer bergantines como una carabela para enviarlo a este reino». En los «Comentarios», refiere el mismo hecho, agregando que el gobernador asistió personalmente al corte «de toda la madera la cual se trajo a la ciudad de la Asunción por los indios naturales, a los cuales mandó pagar por su trabajo». En los «Comentarios», cuenta igualmente, el número de bergantines construidos y la participación que tuvo en los trabajos el portugués Hernando Báez, a quien se menciona también en otros documentos del Archivo Nacional, como «maestro de hacer navíos».

raguay, iba al mando del piloto portugués Gonzalo de Acosta, y llevaba el expresivo nombre de «Comuneros» (1).

Tres años después, los partidarios del gobernador depuesto, que consiguieron llegar al poder en ausencia de Irala, construyeron una nueva carabela, con el propósito de enviar a España una información que neutralizara las acusaciones de sus enemigos. Pero el buque anónimo no salió del puerto de la Asunción, donde fué destruido, como destruido quedó a poco el efímero gobierno que pretendió alentar el extenuado partido de Alvar Núñez.

Pero el astillero no quedó inactivo, y siguió prestando su eficaz concurso a los descubrimientos y a la conquista.

La primera iglesia de la Asunción fué erigida en «la casa fuerte» por el mismo fundador de la ciudad, siendo poco después ampliada por Ruiz Galán, cuando pretendía el gobierno del Río de la Plata.

Destruida por el gran incendio de 1543, fué en seguida reedificada por orden de Alvar Núñez, costeándose su reconstrucción con los fondos de la ciudad. La nueva iglesia, más capaz que la anterior, no era, sin embargo, sino un tosco rancho de paja, tan desmantelado y falto de ornamentos que su primer Cura manifestaba carecer de capa para las procesiones.

Pero, a pesar de su extremada pobreza, la iglesia de la Asunción, está vinculada indisolublemente con los más importantes acon-

(1) Ruy Díaz de Guzman «La Argentina». Libro III, cap. II y P. Groussac. Notas a «La Argentina».

tecimientos de aquella época. Y entre tantos hechos con ella relacionados, cabe recordar que su recinto fué el primitivo asiento de las deliberaciones del Cabildo de la Asunción, y que bajo el techo de esa pobre iglesia, los vecinos de la Ciudad ejercieron por vez primera sus derechos de elegir libremente el Gobernador de la Provincia.

No obstante la escasez de recursos, el naciente núcleo colonial cuidó con piadosa solicitud su modesto templo, aumentando paulatinamente sus ornamentos y decoraciones. En 1547, precisamente cuando se erigía la Catedral de la Asunción, el edificio de la iglesia tuvo algunas mejoras, agregándosele un pequeño departamento. Y según cuenta Ruy Díaz, Írala edificó después la iglesia catedral, «hecha de buena y bien labrada madera, las paredes de tapia bien gruesas y cubiertas de tejas hecha de una dura palma».

Los primeros eclesiásticos que sirvieron en la iglesia asuncena fueron dos religiosos, cuyos nombres se ignora, que asistieron a la fundación de la Ciudad. Su primer Cura, designado poco después, se llamaba Francisco de Andrada; y los primeros sacerdotes que actuaron a su lado fueron fray Juan de Salazar, mercedario, Juan Gabriel Lescano y Luis de Herrezuelo, gerónimos.

El núcleo primitivo de la ciudad — la ciudad misma — fué, según se ha visto, la casa fuerte edificada por Salazar; y en sus cercanías se fueron levantando paulatinamente después las moradas de todos los conquistadores. En la adjudicación de los sitios de edificación intervinieron indudablemente la solicitud o el

deseo de las partes, que el gobierno habría contemplado, aunque fuera en favor de sus adeptos. Y a este hecho no ha podido ser extraña la configuración paulatina de la ciudad, cuyo crecimiento debió seguir la dirección marcada por el interés y las conveniencias de los pobladores.

Este interés estaba del lado del río, de las cercanías del fuerte, de las proximidades de la actividad gubernativa e industrial, que era la zona más segura y más directamente accesible a un aprovisionamiento fácil, de pesca, sobre todo. Y de ahí que la Asunción se asentara originariamente sobre la barranca del río, y adquiriera gradualmente la forma de una larga franja adyacente a la misma. Allí se concentró después lo más activo de su vida urbana, y aunque su extensión creciera un tanto en otras direcciones, conservó durante siglos ese rasgo saliente de su formación inicial.

Según Ruy Díaz de Guzmán, la población de la ciudad ocupaba, en tiempo de Irala, época de su apogeo en el siglo XVI, «más de una legua de largo y más de una milla de ancho». Seguramente se refería al recinto puramente urbano, con sus correspondientes sitios vacíos, que no serían pocos. De las disposiciones gubernativas de esos años, se desprende, en efecto, que la Asunción habría crecido considerablemente, pues se extendía desde la propiedad de Salazar, río abajo, hasta la laguna de Mayrerú, río arriba (1). Pero esta zona no comprendía toda la población

(1) M. S. del Archivo Nacional.

asuncena, especialmente la mestiza e indígena.

Simultáneamente con la adjudicación de sitios cerca de la casa fuerte, el gobierno procedió a la repartición de terrenos en las afueras de la ciudad. Y a medida que ésta fué creciendo, multiplicóse también el número de propietarios de aquellas fincas. Esas pequeñas heredades, destinadas a los cultivos, eran el granero de la Asunción; y la determinación de sus situaciones podría señalar también claramente la dirección de la expansión agrícola en el territorio asunceno, que se acentuó con el tiempo, aún bajo la presión del peligro.

Las cercanías del río Paraguay, fueron también, desde el principio, los lugares preferidos. Sobre la barranca tenía el gobernador Irala su casa en la ciudad, y en situación parecida estaba su chacra, a dos leguas de distancia, ribereña del río, en las inmediaciones del castillo de San Miguel. Cerca del río estaba igualmente la propiedad de Salazar de Espinosa, hacia las faldas de Itacumbú. Y así las de los principales conquistadores (1). El perímetro inicial del cultivo asunceno arrancó de este modo de la costa fluvial, y, al abarcar mayor espacio, tendió primero hacia los fértiles valles de Tapuá, en cuya extremidad plantó su chacra el más grande caudillo de la conquista, y desde donde se extendían, entre bosques y colinas, las pequeñas haciendas rústicas hasta los terrenos salinos de Lambaré.

Uno de los motivos principales de la fundación de la Asunción fué, como ya se ha

visto, la agricultura guaraní. Las provisiones de los conquistadores, escasas y ocasionales, se agotaban con frecuencia, produciendo las más terribles penurias. Y en medio de aquellas hambrunas interminables, apareció como un hallazgo providencial la surtida despensa del buen cacique *Caracará*. Desgraciadamente la nueva fundación había coincidido con una calamidad inesperada, una gran invasión de langostas, que asoló todos los sembrados indígenas. Pero el granero guaraní tenía sus reservas, y estas reservas sostuvieron a la naciente colonia.

Asegurada su situación mediante la producción agrícola guaraní, pudo también, gracias a ella, afrontar grandes dificultades e iniciar las exploraciones del territorio norte y occidental. Cuando el incendio de 1543, consumió casi todas las existencias de la ciudad, los guaraníes repararon abundantemente las provisiones destruídas; y algunos meses después emprendió el Adelantado su gran expedición a los Xarayes, obteniendo de los indios, como primer contingente de víveres, «más de tres mil quintales de harina de mandioca y de maíz».

La cooperación indígena, en el sentido indicado, que no sólo fué económica sino personal, y cuya importancia no se ha hecho destacar aun suficientemente, respondía a la alianza pactada con los españoles; y a ella obedeció asimismo el régimen de servidumbre a que quedaron sometidas las indias, para las faenas agrícolas principalmente. Las mujeres indias fueron entregadas por sus padres o parientes a los conquistadores, con el

carácter de compañeras en el hogar y agentes de producción, pues eran ellas quienes se ocupaban de los sembrados.

Antes de la despoblación de Buenos Aires, en 1541, los españoles de la Asunción tenían ya, según referencia de Irala, «setecientas mujeres para que les sirvan en sus casas y en sus rozas». Este número acreció al poco tiempo considerablemente, debido a veces a los medios violentos. Seleccionadas en la ciudad, donde quedaban las predilectas, las demás indias se distribuían en las chacras vecinas, en las que cada grupo femenino se dedicaba a los trabajos agrícolas, sin mengua de su asombrosa fecundidad, y a donde acudían sus hermanos varones a prestar voluntariamente sus servicios, a título de cuñados («tovayá») del propietario de la prolífica colonia.

Estas chacras o rozas, en cuyos intervalos pululaban los «capias» guaraníes, constituían pequeños centros de población indígena y mestiza, donde las indias, consortes y siervas del conquistador, cuidaban de sus sembrados, hilaban su algodón, tejían su toско lienzo y amamantaban a sus hijos. Protejidos por espesos bosques, dentro de sus cercos de «ybirá-pemby», los sembrados extendían sus verdes retazos de variados matices hasta cerca del albergue rústico — que conservó su nombre indígena de «teyupá», — donde la pequeña colonia se cobijaba para dormir o descansar en las siestas estivales. Y allí residía también con frecuencia el «vecino feudatario», dueño de la propiedad, señor de menguada hacienda, gran mujerío y larga prole, que se con-

solaba a sus anchas, en la voluptuosa placidez de su retiro, de los agravios inferidos a su orgullo o de las largas jornadas infructuosas tras una conquista de riquezas, jamás halladas.

II

UN PARAJE OLVIDADO DE LA CONQUISTA

La alianza hispano-guaraní.—El teatro de las primeras vinculaciones: el puerto de Moquiracé.—Concentración de los españoles en la Asunción.—El radio urbano: la casa del conquistador.—La zona predilecta de los cultivos.—Los valles y bosques de Tapuá.

Las altas barrancas en que se asentó la ciudad de la Asunción estaban en aquel tiempo cubiertas de frondosos bosques, que, arrancando de las faldas de Abambaré, se extendían por la ribera septentrional del río hasta confundirse con las espesas selvas de Caa-guazú. Estrechada al occidente por el río Paraguay y al oriente por pequeños valles, cuyas prolongaciones matizaban con tonos grises y amarillentos los claros de la tupida vegetación, aquella larga franja de tierra boscosa contenía en su seno a los pueblos guaraníes que acogieron a los primeros exploradores y acordaron con ellos la alianza precursora y sostenedora de la conquista.

Esa alianza, a que nos hemos referido, obedecía fundamentalmente a un objetivo común de las razas en contacto: la conquista de las riquezas del Occidente, tras de las que se lanzaran años antes las migraciones indígenas del Paraguay difundien-

do, a su regreso, las noticias que atrajeron hacia esta región las expediciones españolas empeñadas en la misma empresa.

La ciudad, primer fruto de aquel pacto, se estableció en los dominios de «Caracará», limitado al sur por los de «Cupiratí», y «Abambaré», y hacia el norte por los de «Timbuái», «Mayrerú» y «Moquiracé» (1). La elección del sitio se debió, sin duda, a las ventajas de su situación, en medio de aquellas populosas parcialidades, y a las que ofrecía su puerto cómodo, de ancha playa, al pie de barrancas casi inaccesibles, que descendían en suave pendiente hacia el interior, entre alcores y hondonadas de amenos contornos, fácil cultivo y segura defensa.

Pero si la primitiva sede de la colonia surgió y se afirmó en dicho lugar, no fué éste, por cierto, el teatro de las primeras relaciones entre los conquistadores y los autóctonos, que con anterioridad iniciaron los compañeros de Ayolas, bajo el mando de Irala en el puerto guaraní de «Tapuá», situado más al Norte.

Los escasos datos existentes sobre esa expedición no permiten fijar de un modo preciso el lugar donde el infortunado sucesor de Mendoza recibió el primer auxilio guaraní, al remontar el río, en medio de las inclemencias del tiempo y la hostilidad de las tribus ribereñas. El conquistador Francisco de Villalta, que dejó una sucinta relación de dicho via-

(1) Consta la situación de las parcialidades, en que dominaban dichos caciques, en varios documentos del Archivo Nacional.

je, parece vincular aquel hecho con la parcialidad establecida en el sitio donde se fundó la Asunción.

No hay, sin embargo, indicios de que ese encuentro tuviera entonces más efecto que el aprovisionamiento de la extenuada expedición, cuyo primer contacto con los autóctonos, mencionado por la documentación de la época, lo inició Ayolas «cien leguas arriba», uniéndose con la hija de un cacique de los payaguáes. Pero ateniéndonos a las mismas fuentes históricas, ese acto con que los españoles creyeron asegurar la zona ribereña de su futura conquista, debió ser posterior a los que los vinculaban ya con los guaraníes de Tapua, donde, según el escribano Pero Hernández, inició sus amores con una «india pincipal» el capitán Domingo Martínez de Irala, jefe de las escasas fuerzas que dejó Ayolas, al penetrar al Occidente. Gracias a esas relaciones, ese puerto fué el primer refugio de los españoles estacionados en Candelaria, y contando con su apoyo, seguramente, pudo Irala poco después resistir con eficacia a las violentas ambiciones de Ruiz Galán, que al frente de la gran mayoría de los conquistadores, pretendió asumir la autoridad superior de la conquista.

A mediados de 1541, los restos dispersos de la expedición de Mendoza y los contingentes que se les incorporaron después con Cabrera y con Pancaldo habíanse reunido en el centro fundado por Salazar, abandonando los primitivos asientos que el empuje inicial de las exploraciones extendieron, en medio de trágicos episodios, desde las cercanías del Atlán-

tico hasta los dominios payaguáes del Alto Paraguay.

Esa concentración, atribuída con frecuencia a las miras interesadas del nuevo gobierno, obedecía en realidad a las necesidades impuestas por las circunstancias locales y a la creciente escasez de elementos, que, en las condiciones de la conquista pactada con los guaraníes, exigían entonces con urgencia una sólida cohesión y una base firme de operaciones. Pero si el móvil de dicho acontecimiento radicó en esas causas (expresadas claramente por los mismos actores, en los documentos sobre la despoblación de Buenos Aires), no faltaron, por cierto, en su contra, desde el primer momento oposiciones y aviesos comentarios originados y difundidos por los parciales de Ruiz Galán, el derrotado rival de Martínez de Irala en el gobierno del Río de la Plata.

El encuentro de ambos capitanes, representante el uno del sucesor de Mendoza e investido el otro con la tenencia gubernativa de Buenos Aires, ocurrido en las aguas del Paraguay, poco después de la fundación de la Asunción, había estado a punto de señalar con sagrientas colisiones ese episodio inicial de las discordias políticas. La entereza inquebrantable de Irala se impuso, a pesar de su débil apoyo, a los conatos de imposición violenta, afirmando al fin su autoridad, que fué reconocida por todos los conquistadores, con unánime manifestación aunque no idéntica benevolencia. Los partidarios del bando vencido pertenecían principalmente a los primeros establecimientos del Sur, y su abandono, a poco de aquellos incidentes, en provecho del

centro predilecto de los vencedores, debió naturalmente reavivar los enconos no amortiguados todavía. Y así aquel importante refuerzo de población, destinado a robustecer la naciente metrópoli asuncena, llevaba fatalmente en su seno los gérmenes de hoscas malquerencias y profundos antagonismos, que iban a recibir, algunos meses después, vigorosos estímulos, con la llegada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Los nuevos pobladores establecieron sus viviendas, al estilo de las ya existentes, en las cercanías de la casa fuerte, núcleo primitivo que contuvo al principio, dentro de su reducido perímetro, todos los elementos de la ciudad. De allí se fueron extendiendo hacia el Oriente, sobre la sinuosa prolongación de las barrancas, entre boscajes de perenne vegetación, siguiendo el curso de un pequeño arroyo afluente del Paraguay (1), cuyas tranquilas aguas, de inmediata utilidad al vecindario, acaso sirvieran también de prudente divisoria a los grupos no muy bien avenidos que acababan de juntarse.

La casa de cada conquistador, consultando en lo posible la seguridad de la defensa, tenía, a pesar de su situación urbana, algo de las viviendas rurales, con capacidad suficiente para su numeroso consorcio indígena, y su espacioso cercado de «Ybyrá-pemby», donde junto con el primer ganado, que fué el porcino, mantenía igualmente su pequeño lote de aves de corral. La relativa amplitud de estas viviendas, primer rasgo diferencial de la morada au-

(1) El arroyo Jaén.

tóctona, que sobrevive aún en los ranchos campesinos, no habría sido indiferente a sus buenas condiciones higiénicas, proverbial desde entonces, y permitió ofrecer alojamiento inmediato y cómodo al considerable contingente de pobladores que arribó poco después con el nuevo adelantado del Río de la Plata.

Aunque los recién llegados se apresuraron, sin duda, a establecer también sus hogares, una parte no escasa de los mismos se distribuyó en las primitivas residencias: sumados los conquistadores en el año 1542, alcanzaban alrededor de 600, distribuidos en 250 casas, con sus respectivas familias y servidumbre indígena. En esa forma continuaron durante el gobierno de Alvar Núñez. Y en estas mismas condiciones, que obedecían ya a las afinidades de los bandos en gestación, diseminaron sus chacras por los valles vecinos, apenas se delinearon los toscos esbozos de la ciudad.

En la elección de las tierras destinadas al cultivo, que constituyeron a la larga verdaderas colonias de numerosa población femenina, ejercieron marcada influencia las primeras vinculaciones de los conquistadores con los grupos indígenas circunvecinos. El capitán Salazar, fundador de la Asunción, se estableció en la parte meridional, cerca del cacique Cupiratí, que en prueba de adhesión y amistad agregó a su nombre el de su antiguo aliado, llamándose Juan de Salazar Cupiratí. Otros pobladores tendieron hacia Ysaty, al Norte de Abambaré, en los dominios de Timbuaf, o fueron a ocupar las orillas de la laguna de Mayrerú. Pero los primeros exploradores, restos de la expedición de Juan de Ayolas, que

acaudilló Irala en el alto Paraguay, se situaron en la zona cercana al puerto de Tapuá, donde en medio de varias parcialidades dominaba Moquiracé, el primer cacique guaraní cuyas hijas se unieron con los capitanes españoles. En ese puerto hallaron éstos eficaz auxilio en sus exploraciones iniciales por el río Paraguay; allí residieron con frecuencia Irala y sus compañeros, antes de la fundación de la Asunción; y ese paraje fué asimismo, como ya lo indicamos, el primitivo centro del activo mestizaje hispano-guaraní, origen del robusto tronco étnico que, cimentando sus raíces en la fecunda tierra, extendió después sus ramificaciones hasta el Guapay, el Paraná y el Plata.

Debido seguramente a esas circunstancias, unidas a la extrema fecundidad del suelo, aquel bellísimo trozo del municipio asunceno — olvidado lugar que la historia ni menciona — atrajo desde el principio la parte más selecta de su población, señalando el sentido predilecto de su expansión rural. Al pie de los bosques de Tapuá, circundando los fértiles valles que rematan en la ancha llanura de Nu-Guazú, extendieron con preferencia sus alquerías los principales miembros de la colonia. Y siguiendo esa misma dirección en la vida inicial de la ciudad, pueden aún encontrarse, bajo la tupida maraña de la maleza histórica, las más antiguas huellas que de su paso han dejado por esa región los veteranos de la conquista.

III

LA GUERRA CON LOS INDIOS

Geografía indígena: las dos grandes agrupaciones étnicas en una y otra banda del río Paraguay.—Los Guaraníes: sus puertos.—Los Agaces, los Yaporúes, y los Guatataes.—Causas que alentaron la guerra indígena.—Procedimientos de Irala para atenuarla.

La geografía indígena de la región, en cuyo centro se fundara la nueva ciudad, ofrecía dos grandes agrupaciones étnicas situadas a uno y otro lado del río Paraguay.

En la banda oriental del río estaban los guaraníes, cuyas parcialidades se encadenaban desde Nemby, al Sur, hasta Itatín, al Norte, y se extendían por el Este más allá del Paraná, en la vasta región que acababa de recorrer Alvar Núñez, y atravesara antes por vez primera el audaz aventurero portugués Alejo García. Sus principales caciques en las inmediaciones de la Asunción, hemos mencionado ya con anterioridad; y agregaremos aquí que las poblaciones más directamente vinculadas entonces con los españoles, señoreaban también, dentro del límite apuntado, la costa fluvial, generalmente cubierta de espesos bosques, donde tenían establecidos, con sus correspondientes escuadrillas de canoas, los siguientes puertos:

Guará — Situado en el extremo meridional de los dominios guaraníes, que los españoles denominaron «La Frontera», por donde estos indios, y los conquistadores después, se comunicaban con los Agaces de las parcialidades de Abacotem, en sus períodos accidentales de paz.

Caybá — Arriba del anterior, en la misma región de la Frontera; servía de comunicación entre los Guaraníes de Nemby y las naciones de la banda opuesta (Guaycurúes y Agaces principalmente).

Abambaré — En el paraje cercano al cerro denominado hoy «Lambaré», modificación de su primitivo nombre, que era «el de un cacique principal de la comarca».

Itacumbú — En el mismo sitio que conserva todavía su antigua denominación (Tacumbú) y en cuyas inmediaciones residía el más poderoso aliado del fundador de la Asunción, que adoptó su nombre y se llamó Juan de Salazar Cupiraty.

Tapuá — Primer puerto arriba de la Asunción (tierra de «Caracará») situado, según dice Alvar Núñez en los «Comentarios», cuatro leguas de la ciudad. Ese nombre conservan todavía las tierras inmediatas. Allí residía, al fundarse la Asunción, el cacique Moquiracé, suegro de Irala.

Yuruquehaba — Situado más arriba, 24 leguas de la Asunción, según López de Velasco. (Geografía y Descripción de las Indias, 1570).

Itaqué — Al Norte del anterior, probablemente el que en los «Comentarios» se llama Puerto de las Piedras, a los 24° de latitud

(Itaquí significa piedra de amolar). Pertenecía a los dominios del cacique Aracaré.

Guacaní — Puerto donde dominaba el poderoso cacique del mismo nombre, que tuvo activa participación en la gran sublevación guaraní de Tabaré contra los españoles. Estaba cerca de la desembocadura del Río Iyúí (Jejuí) y parece que fué conocido también con este nombre.

Ipananí — Situado en la desembocadura del río Ipané, según se desprende de las relaciones de Alvar Núñez; y estaba en comunicación frecuente con los payaguáes.

Guaviañó — A ochenta leguas de la Asunción y doce leguas antes de la tierra de los payaguáes, según refiere Schmidell. Alvar Núñez lo sitúa a los 22° de latitud.

Itavytan — Arriba del anterior.

Itatín — El puerto más septentrional, que separaba, según dice Ruy Díaz de Guzmán, «la jurisdicción de los Guaraníes de las demás naciones».

En la banda occidental, frente a estos puertos, vagaban varias naciones nómadas, guerreras y feroces, de las cuales las principales, que eran los agaces, los guaycurúes y los payaguáes, dominaban a su vez las aguas del río, en su margen derecha, y tenían en los intervalos de sus extensas zonas de ocupación a los mataraes y los naperúes, al norte, y los guatatáes y los yapirúes y los nohagues en el centro y en el sur. Estas diversas agrupaciones, que constituían hordas movedizas en frecuente hostilidad, diferían por su importancia numérica y a veces por sus caracteres morales, pero coincidían todas en

su enemistad común y permanente con los guaraníes de la banda opuesta, cuya superioridad económica ofrecía un incentivo constante a las alevosas depredaciones de los indios fronterizos.

Dentro de la geografía etnográfica de la región, aquella vasta zona del territorio paraguayo representaba así dos fracciones bien definidas, separadas por el río Paraguay, cuyas costas ocupaban, más o menos entre los mismos paralelos, los guaraníes en la parte oriental y hacia el occidente las naciones, de distinta raza, que acabamos de nombrar. Frente al puerto de Guará, límite Sur de aquella costa indígena, se encontraba el primer asiento de los agaces, que se extendían desde las inmediaciones del Pilcomayo hasta las riberas del Bermejo; y más o menos a la misma altura del puerto de Itatín, comenzaban al norte las tierras de los payaguáes.

Las dos naciones nombradas, situadas de ese modo frente a los dos extremos de los dominios guaraníes, poseían su principal fuerza en las aguas del río, constituyendo por lo tanto el mayor obstáculo a las comunicaciones de sus enemigos de la banda oriental; y aun cuando aparecían entonces con denominaciones distintas, pertenecían indudablemente a la misma estirpe y fueron conocidas posteriormente con el mismo nombre. (1) Los que más antigua mención tuvieron en la documentación de la época, fueron los agaces de las cercanías del Bermejo, verdaderos «guardianes

(1) «Los agaces son los payaguaes», dice Ruy Díaz de Guzman en «La Argentina», Capítulo VI.

del río Paraguay» con quienes chocaron los primeros exploradores, y a los cuales el soldado historiador Schmidel denominó, con más propiedad, «aygas» y «aygassen», equivalentes a las voces guaraníes «ygas» e «ygacé» que significan «canoas» e «irrupción de las canoas», nombres perfectamente aplicables a dichos indios, fluviales por excelencia y famosos desde los tiempos de Caboto por sus terribles escuadrillas de canoas. Son los corsarios del río, escribía de ellos Alvar Núñez en sus «Comentarios», «es gente crecida de grandes cuerpos y miembros como gigantes» que tienen a los guaraníes «por principales enemigos».

Completamente idénticos en las costumbres, hábitos guerreros y caracteres físicos de los agaces eran los payaguáes, situados al Norte, con cuya denominación quedaron comprendidas ambas agrupaciones que conservaron en todo tiempo el prestigio de su pujanza, su vigor físico y su alta estatura. Ninguna nación, como la payaguá, podía ostentar con más razón, según Demersay, el epíteto de «magna corpora», con que distinguió Tácito a los antiguos germanos, pues la talla media de dichos indios (1 m. 78) sobrepasa en más de cinco centímetros a la de los patagones «a los que en todo tiempo se ha atribuido una estatura fabulosa». No menos vigorosos, aunque más reducidos en número, eran los yapuríes y guatatáes que se distinguían sobre todo por su extrema agilidad. «Ligeros como caballos y grandes descabezadores», estos indios, que tuvieron después una actuación importante en la lucha hispano-guaraní, habían adquirido en aquel tiempo gran pres-

tigio por sus métodos de guerra, gracias a la incorporación de dos europeos, Juan de Fustes y Héctor de Acuña, antiguos compañeros de Caboto, que permanecieron varios años en medio de esas agrupaciones indígenas.

Pero la nación más poderosa y de mayor influencia en el proceso de la conquista y la vida colonial fué la de los guaicurús, cuyos dominios abarcaban casi toda la extensión comprendida entre los payaguás y los agaces. «Es ésta una generación, dice un testigo, a la que todas las otras le tienen gran temor», agregando «que ellos y sus antepasados habían tenido guerra con todas las generaciones de los yapirús y agaces y guatataés y naperús... y que siempre les habían vencido y maltratado» (1).

Tan aguerridos y vigorosos como estos indios, los guaicurús aventajábanles a todos, no sólo por su número y su situación preponderante, sino por la indomable energía que opusieron al avance del poder español. Y recordando esas cualidades, decía Azara, a fines del siglo XVIII, que apenas equivalían a un guaicurú veinte indios de los grandes imperios que sojuzgaron los más sonados capitanes de la conquista.

Colocados los españoles en medio de aquellas naciones, a una inmensa lejanía del mar y a distancia todavía mayor de las poblaciones de su misma raza, sin comunicación con ellas ni noticias de la madre patria, su situación se tornaba más delicada y difícil de lo que pudiera hacer creer la visión fugaz de los hechos en conjunto.

(1) Alvar Núñez, «Comentarios», capítulo XXX.

La alianza con los guaraníes, que precedió a la fundación de la Asunción, había sido condición indispensable de su existencia inicial y de su posible afianzamiento. Pero ese mismo hecho, que no era muy fácil mantener en el diario contacto de ambas razas, había tenido fatalmente que suscitar contra los conquistadores la hostilidad general de las demás naciones, que, por su parte, avivaban también los guaraníes, en su afán de aniquilar a sus antiguos enemigos. «Los indios carios con quien en el Paraguay vivimos, decía en 1541 el veedor Alonso Cabrera, es gente muy belicosa, astuta, deseosa de matar e para los conservar y tener seguros en nuestra amistad... es necesario hacer guerra a los indios que son sus enemigos e nuestros... e como no les demos guerra contra aquellos a quien desean destruir, inmediatamente volverán las armas contra nosotros por pensar que como gente poco poderosa nos podrán acabar».

Los españoles que se habían congregado en aquel asiento, para reparar sus fuerzas y tantear de nuevo la jornada al occidente, se veían así obligados desde el primer momento a una lucha pertinaz, cuya prosecución siempre victoriosa tenía importancia capital, desde que el prestigio guerrero constituía entonces el fundamento más eficaz del vínculo con sus únicos aliados.

La guerra fué dura y sangrienta, principalmente contra los agaces, que ocupaban una larga extensión del trayecto al Río de la Plata. Y de las proporciones que adquirió puede dar una idea el número de muertos, que antes de la despoblación de Buenos Aires pasaba

de mil entre las parcialidades cercanas al Pilcomayo (1). Pero esta encarnizada campaña, en que la colaboración personal de los guaraníes se destacaba siempre, a la par de acentuar el prestigio de estos indios, había amenguado sensiblemente los pertrechos de la conquista, sin allanar los obstáculos que a su supremo objetivo oponía la situación de las naciones enemigas. «Habemos corrido por la tierra hacia el Oeste, decía, en 1541 el gobernador Irala, donde hallamos tanta gente... que me parece que lo que estamos somos poca parte para los acometer así por ser ellos muchos como por la falta que tenemos de aderezos y municiones».

En tales circunstancias, el ascendiente cada vez mayor de los aliados indígenas sobre los enemigos fronterizos, venía a constituir un nuevo motivo de inquietudes para la seguridad de la colonia. La lucha sin término se presentaba como un expediente tan peligroso como las mismas dificultades que trataba de salvar, sobre todo cuando la cohesión del grupo conquistador comenzó a resentirse de recientes desavenencias. Pero, por suerte, la autoridad que surgiera legalmente en medio de esas reyertas tuvo desde el principio la visión exacta de los hechos y sobre todo las cualidades que permitieron orientar su curso en un sentido favorable. Sin descuidar la imposición por la fuerza, inexcusable en aquellos momentos, Irala procuró atenuarla por el acercamiento personal con los vencidos, a la vez que fortificaba sus vínculos con los alia-

(1) Alvar Núñez, «Comentarios», capítulo XXVIII.

dos. La tarea no era fácil entre aquellas agrupaciones antagónicas, de susceptibilidad extremada, que se alteraban por el menor motivo, y su éxito inicial se debió sin duda a que el gobernante, con profundo tino, procuró el sometimiento indígena, a título de amistad, respetando en lo posible sus prácticas guerreras y sus arraigadas costumbres. Este procedimiento que no difiere del que en más amplio teatro pusieron en práctica otros conquistadores de mayor resonancia histórica, fué, no obstante, el que dió margen a gran parte de las acusaciones acumuladas sobre la memoria de Irala, como las que formuló en su contra el escribano Pero Hernández, por haber consentido la antropofagia guerrera de los guaraníes y las bulliciosas ceremonias que seguían a las nupcias de los agaces; y, ahondando un poco más, es posible asimismo que otros aspectos de su vida, objeto de acerbas críticas, no fueran extraños a la necesaria conservación de su prestigio en aquella sociedad indígena, que dominó con rara habilidad.

El buen efecto de aquellas medidas era ya sensible al finalizar el año 1541, permitiendo a los españoles preparar con algún sosiego la expedición de tiempo atrás proyectada hacia las tierras occidentales. Pero esta tregua no fué de larga duración, pues con el advenimiento del nuevo Adelantado, que ocurría poco después, reanudóse la guerra con mayor encarnizamiento.

IV

SITUACIÓN DE LOS CONQUISTADORES EN 1542

Lujo y pobreza.—La primera moneda y el oro futuro.—Advenimiento del Segundo Adelantado.—Propensiones del gobernador.—La incipiente burocracia asuncena.—El drama en gestación: sus principales actores.

Reunidos todos los conquistadores en la Asunción, bajo el mando de Irala, a mediados de 1542, el diminuto asiento había recibido un vigoroso impulso, cuyos efectos no tardó en apreciar, a pesar de los gérmenes de oposición que consigo llevara aquel importante refuerzo de población. Las desaveniencias que precedieron al reconocimiento del nuevo gobierno, no estaban, en verdad, completamente amortiguadas. Pero encima de estas opuestas tendencias aparecía el interés común de la conquista, que Irala trataba de aprovechar en favor de la concordia, y cuya realización apremiaban en aquellos momentos, además de sus permanentes estímulos, la insistente demanda de los guaraníes y la situación misma de la colonia.

La ciudad de la Asunción, donde se habían concentrado todos los elementos de la conquista, ofrecía entonces, como un raro contraste, en su rústico escenario, al lado de sus toscos enseres y rudimentarios medios de exis-

tencia, ciertas muestras de bienestar y hasta de lujo provenientes, en gran parte, de un cargamento de mercaderías destinadas a los puertos del Perú, que había sido forzoso desembarcar en Buenos Aires (1), y que, al despoblarse esta ciudad, fué trasladado al nuevo asiento del Paraguay. Las ricas vestiduras, los tejidos finos, las especias y los vinos generosos no escaseaban entonces en la ciudad. Conquistadores que apenas tenían cuerdas de ballesta, poseían dagas de artística empuñadura, ricas chamarras, medias de seda y calzas de terciopelo; y no era raro encontrar dentro de un rancho de paja, mezclado con los «aó» indígenas, preciosas telas, cortinas de raso y almohadones de granada con primorosas labores (2).

La adquisición de esos objetos, que León Pancaldo llevara inopinadamente a las costas del Plata, había planteado un problema cuya solución debió a la larga influir perniciosamente en la economía de la colonia. La única moneda existente era el hierro (en forma de cuñas y cuchillas) escasa e insuficiente para tales compras, y seguramente inadmisibles también para el vendedor; y los pobladores convinieron entonces en suscribir, en cambio de aquellas mercaderías, obligaciones que substituían los plazos fijos por la fecha incierta del primer repartimiento de oro. Esta

(1) El navío «Santa María», del genovés León Pancaldo. Véase «Irala», por Enrique Peña, pág. 13.

(2) M. S. del Archivo. Pueden verse a este respecto los documentos publicados en «El Archivo Nacional».

especie de contrato, que se generalizó después en las transacciones, se basaba en la certidumbre de que el reparto de riquezas iba a coronar en breve los afanes del conquistador. Era una certidumbre inquebrantable en todos los espíritus (1). Pero en el tiempo transcurrido desde la llegada de Mendoza, la facilidad de la empresa y la cercanía de su objetivo se habían ido desvaneciendo, a la par que aminoraban con rapidez los medios de su realización. En menos de un quinquenio los expedicionarios estaban reducidos casi a la cuarta parte y sus elementos de guerra mermados considerablemente, sin posible reposición: el acopio de hierro era reducido, la pólvora escasísima y el armamento no muy abundante ni en buen estado (2).

(1) Las primeras obligaciones están suscriptas en Buenos Aires. Todavía en 1547 varios conquistadores firmaban en Asunción una «carta obligación a favor de Juan Gallego por 300 pesos oro, importe de una canoa «que nos obligamos a pagar, dice el documento, en esta Provincia del Río de la Plata del primer oro o plata, piedras o perlas o cualquiera cosa de valor que Dios nos diere y se nos repartiere como a conquistadores desta Provincia en la primera fundición o repartimiento que en ella se hiciere». («El Archivo Nacional». No. XV, página 544).

(2) La gente española que quedaba en 1541, según escribía Irala, no pasaba de «350 hombres contando en ellos los religiosos, los viejos y los enfermos». (Carta de 1545).

El mismo capitán decía en aquel año que dificultaba la conquista «la falta de aderezos y municiones». En 1545 incluía entre «las cosas más necesarias» de que debían ser socorridos «pólvora fina y en cantidad... escopetas... y vallestas». (Carta citada).

El descubrimiento de salitre en las inmediaciones de la Asunción, permitió poco después reparar una de las necesidades más apremiantes, «...después de la prisión de Alvar

La reanudación inmediata de la conquista se imponía a toda costa, antes que esos elementos se agotaran por completo y la cooperación indígena se tornara peligrosa o poco eficaz. Así lo comprendieron todos los conquistadores, y acallando sus nacientes malquerencias se aprestaban activamente a una nueva entrada en busca de la «sierra de las minas», cuando anunció su arribo a la ciudad el nuevo Adelantado del Río de la Plata, Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

La llegada de este refuerzo aparecía en aquellos momentos como un «socorro» inesperado, que allanaba las mayores dificultades de la conquista. La cordialidad de su acogida fué unánime. El mismo Alvar Núñez refiere que «los capitanes y gente que en la ciudad estaban salieron a recibirle con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos». Pero esta impresión debió durar muy poco.

Al reanudar su marcha, desde la costa del Brasil, el Adelantado había dividido sus fuerzas, despachando una parte por mar, y partiendo él, antes, por tierra, al frente de una gruesa columna expedicionaria. Ambas fracciones, que se repartieron los principales hombres y elementos de la armada, emplearon distinto tiempo en el viaje, tocándole al Ade-

Núñez Cabeza de Vaca, decía el contador Felipe de Cáceres, fué Dios nuestro Señor servido de nos descubrir el salitre que es el principal material para la pólvora que era lo que más nuestra necesidad demandada». («Correspondencia de los Oficiales Reales». Un memorial de avisos).

lanto llegar a su destino con mucha anticipación. Y esta circunstancia, que postergó, en momentáneo beneficio de su gobierno, la confluencia de aquellas dos corrientes, ya bastante agitadas en el trayecto, destacó aun más, por otro lado, la cortedad del contingente, que para la anhelada jornada aportaba el nuevo gobernador. El auxilio aparatosamente anunciado resultaba, en verdad, bien pequeño, pues descontados los objetos de «rescate» y enseres de uso doméstico, el único elemento de importancia se reducía a 26 caballos y yeguas, pertenecientes en gran parte al mismo Adelantado. Y lo que desde luego se manifestaba en la realidad, es que los recién llegados estaban más desprovistos y necesitados que los viejos pobladores a quienes venían a amparar. «El buen socorro que nos truxo — escribía con este motivo un conquistador — es que, en lugar de ser socorridos, se vino él al socorro de nosotros».

En tales condiciones, el advenimiento de la nueva autoridad era un acontecimiento destinado fatalmente a producir hondas y distintas repercusiones en la diminuta y quisquillosa sociedad asuncena.

Postergada la prosecución inmediata de la entrada hacia el Perú, ante los nuevos afanes que demandaba la previa reunión de los expedicionarios, — que en parte se acercaban entonces al Río de la Plata — desaparecían los poderosos motivos que acallaron momentáneamente los nacientes antagonismos. Toda una situación, creada a fuerza de energía, actividad y astucia, se desmoronaba de repente con el cambio de gobierno. El eclipse de Irala hundía

en la incertidumbre las supremas esperanzas de sus amigos, mientras los descontentos lo acogían como un presagio favorable. Los más opuestos sentimientos, frutos de antagonismos apenas adormidos, agitaban los espíritus en su aparente tranquilidad. Y en medio de aquel ambiente tan poco propicio a la moderación y a la armonía, hacía su aparición el nuevo gobernante, a la cabeza de un grueso contingente de capitanes y soldados, funcionarios y frailes, que aportaban vigorosos estímulos a las propensiones latentes del vecindario.

El segundo Adelantado del Río de la Plata, generalmente conocido por sus aventuras en la Florida, tenía ciertamente a su favor un honroso pasado militar, habiéndose distinguido desde su mocedad, en hechos de armas y comisiones de cierta importancia al servicio del Rey. Criado y camarero de la casa de Medina Sidonia, actuó como tal en la guerra de Flandes, peleó en Navarra contra las huestes francesas y tomó lucida participación en las luchas contra los comuneros, tocándole asistir a la derrota de Padilla, en Villalar.

Pero esos antecedentes, que abonaban los prestigios del guerrero, no fueron parte a suplir las cualidades del gobernante, cuya falta hicieron aún más sensible la intemperancia de su carácter y un concepto excesivo de su autoridad, que le llevaron, según numerosos testimonios, al extremo de considerar su gobernación como un señorío casi independiente, posponiendo las mismas insignias del Rey a la vanidosa ostentación de sus armas.

Estos achaques, que acrecieron a impulsos de las mismas contrariedades, en la lejanía

y aislamiento de su gobierno, se habían manifestado ya, reiteradamente, a poco de su partida de las costas españolas. «El viaje de Cádiz a Santa Catalina, dice el señor Enrique Peña, en el prólogo de la Relación de Alvar Núñez, publicada en 1906, fué una serie de actos delictuosos. En Las Palmas se apodera, a mano armada, de un galeón que estaba en el puerto, y por fuerza lo lleva hasta la isla de Santiago; allí repite el hecho de apoderarse de las mercaderías que estaban en una nave que se encontraba fondeada en aquel puerto». Y en la Cananea, «debiendo colocarse una señal que determinase la línea divisoria con la Corona de Portugal, ordenó se clavara una piedra, grabando en ella su propio escudo en vez de las reales armas, como correspondía».

Este hecho, que tuvo después parecida repetición, revelaba a las claras las propensiones del mandatario, poco disimuladas, por lo demás, desde su arribo a la Asunción, a las miradas recelosas de sus pobladores. El pequeño centro, que la habilidad de Irala había conseguido dominar con cierto espíritu democrático, no exento de tenaz energía, adquirió de repente un aspecto nuevo, no conocido antes en prácticas oficiales, que tendían a realzar, en forma inusitada, la alta jerarquía de su jefe. El Adelantado se complacía con estas apariencias de prestigio. Y, a la verdad, excluida la tosquedad del medio y la penuria de los arreos, irremediables fallas del boato gubernativo, no faltaban por cierto los agentes ni los motivos de animación a esos remedos cortesanos.

Pero, desgraciadamente para el Adelantado,

las actividades que tales agentes imprimían a la incipiente burocracia colonial, no eran de aquellas que permiten el ejercicio y usufructo tranquilos del poder; pues, si tal como vimos, se mostraba el gobernante, no eran menores los humos que en sus respectivas esferas gastaban las otras autoridades, ni inclinados todos los sacerdotes a su pacífico ministerio, ni más tolerables las pretensiones con que algunos capitanes e hijodalgos trataban de amparar sus inquietas ambiciones y su crónica indigencia.

En el terreno legal aparecía, desde luego, la influencia persistente, molesta y acaso abusiva, de los oficiales reales encargados de las rentas y los tesoros del rey: el veedor, el contador, el factor y el tesorero. Orgullosos de sus cargos y celosos de sus proeminencias, esos funcionarios, que eran a modo de prolongación financiera del monarca, seguían, como la sombra al cuerpo, los pasos del gobernador, intervenían en los actos administrativos y pretendían, a veces, orientar su curso con el peso de sus opiniones o la fuerza de sus requerimientos.

El más destacado y de prominente actuación fué Peliipe de Cáceres, vecino de Madrid, que pertenecía al grupo de los primeros conquistadores. Teniente de contador, en ausencia de su hermano Juan de Cáceres, a quien don Pedro de Mendoza, de vuelta a España, lo llevó consigo «por no dejar un hombre tan bullicioso», había partido, a su vez, para la Península en 1538, y regresó de allí en la armada de Alvar Núñez, con los títulos de oficial real de la provincia y regidor del pueblo donde el gobernador fijase su residencia. El tenien-

te de contador, ya en posesión efectiva del cargo, estuvo muy lejos de demostrar cualidades distintas de las que distinguían a su hermano; y tocóle precisamente al segundo Adelantado ser el primero en poner a prueba las energías de aquel carácter, al que no llegaron a arredrar, en más de cinco lustros de bregar sin tregua, ni el poder civil ni la autoridad eclesiástica. Seguían al contador, en orden a las afinidades con su carácter, el veedor Alonso Cabrera, principal promotor del abandono de Buenos Aires, y el tesorero Garci Benegas, ambos partidarios del gobierno anterior y poco avenidos desde el principio con el nuevo gobernante. Pero más persistente y tenaz en su influencia, a pesar de su aparente moderación, fué el factor Pedro Dorantes, capitán ya experimentado en las cosas de América, que, iniciado en las armas al servicio del Rey, en la guerra contra los comuneros de Castilla, donde peleó con «sus armas y caballos», a las órdenes del prior Don Antonio de Zúñiga, se embarcó después para Nueva España y residió allí durante siete años, hasta 1536. Vuelto a España, y nombrado factor del Río de la Plata, en reemplazo de Carlos de Guevara, se incorporó, al mando de una carabela, a la expedición de Alvar Núñez, prestó importantes servicios en el viaje por tierra, y tuvo después activa y duradera participación en los principales sucesos de la colonia.

Al lado de esas autoridades, en su jerarquía correspondiente, estaban el alguacil mayor y teniente de gobernador Francisco López, el maestre de campo y justicia mayor Domingo Martínez de Irala, el alcalde mayor Juan Pa-

vón, los regidores Pedro de Molina, Pedro de Aguilera y Domingo Zimbrón de Peralta, el escribano mayor Pero Hernández, el alguacil Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca y los demás empleados de gobierno y de justicia, así como los religiosos y los clérigos, de consulta obligada en los asuntos de guerra o en las deliberaciones sobre la conquista. Y junto con ellos, los viejos capitanes de Mendoza, y el grupo selecto de los recién llegados, actores de resonancia en el drama en gestación, en medio de los cuales perfilaban ya sus enérgicas figuras Nuflo de Chaves, el futuro conquistador de Chiquitos, y Ruiz Díaz de Melgarejo, sobresaliente capitán, de variadas aventuras, destinado a dejar, entre las huellas de su larga vida, sinistramente fama de crueldad por sus tragedias domésticas y sus bizantinas atrocidades con los indios (1).

(1) No caben dentro de este breve cuadro noticias detalladas de los actores, entre los que se destacó, después el organizador de la colonia, Domingo Martínez de Irala.

Ruy Díaz de Melgarejo, que a la par de su hermano el futuro gobernador Francisco Ortíz de Vergara y los capitanes Nuflo de Chavez y Pedro Dorantes, vino en la armada de Alvar Núñez; fué como dice Groussac, «una de las figuras más acentuadas de la conquista». (Notas a «La Argentina», de Ruy Díaz de Guzman). Actuó principalmente en el Guayrá con sobresalientes méritos. Pero de la fama que dejó por sus crueldades, exageradas posiblemente por sus adversarios, pueden dar idea lo que a su respecto escribió al rey el licenciado Ramírez en 1566. («Col. Garay», pág. 466), y el siguiente pasaje de la Relación de Gregorio Acosta. «El capitán Ruy Díaz Melgarejo es un hombre muy cruel reboltoso y desasosegado y hombre de larga conciencia que no teme mucho a Dios, especialmente es amigo de matar hombres y mató a su mujer y a un clérigo y a un mancebo y ha hecho otros delitos mayormente con estos súbditos de vuestra majestad que son los yndios naturales que sin culpa ha muerto

Tales eran, vistos en rápida ojeada, los personajes que empezaban a destacarse en el gobierno del segundo Adelantado. Pero los principales acontecimientos en que tomaron parte no se produjeron en seguida. No todos los actores estuvieron desde el primer momento reunidos en la Asunción. Y durante este tiempo, ábrese un período de no escaso interés en los preliminares de la conquista.

más de dos o tres mil personas de muertes crueles, sacándoles los ojos y las tripas por las vedixas, cortándoles las cabexas haciendo los quartos cortándoles las manos y brazos cortándoles las narrikes y las orejas solamente porque le oviesen miedo». («Colección Garay», pág. 16).

V

LOS PRIMEROS GOBIERNOS ASUNCENOS Y SUS RELACIONES CON LOS AUTÓCTONOS

Hábil política de Irala. Sus frutos.—Condiciones favorables en que se inició el nuevo gobierno.—Acusaciones injustas contra su antecesor.

El gobierno que precedió al advenimiento del segundo Adelantado correspondió, como se sabe, al capitán Domingo Martínez de Irala, reconocido en su carácter de teniente de gobernador por los conquistadores reunidos en la Asunción, a mediados de 1539.

Ese gobierno, surgido a raíz de la oposición de un rival poderoso, al frente de reducidos, distantes y mal avenidos núcleos de población, entre los que mediaban belicosas y extensas naciones autóctonas, había requerido un esfuerzo superior a las capacidades vulgares, que ha permanecido, no obstante, amenguado, en la lejanía del tiempo y la obscuridad del escenario por las versiones que difundieron en su contra el odio personal y las malquerencias políticas.

De aquel período, que no alcanzó a tres años, han quedado, en efecto, muy escasas y

sobre todo muy pocas referencias, y al amparo de esa penuria informativa han campeado firmes sus interesados acusadores, entre los que descuella el escribano Pero Hernández, insuperable malsín de su tiempo, a quien los conquistadores acusaban de falsificador de documentos públicos y que, si en este caso no adulteró enteramente la verdad, trató por lo menos de obscurecerla, con la omisión deliberada de cuanto pudiera favorecer a Irala en su denigrativo memorial, calificado acertadamente como «la crónica escandalosa de su época».

Pero ahondando un poco el examen de esos mismos documentos, no es raro encontrar bajo el peso de las acusaciones, algunos rastros de esa labor constructiva que afianzó los cimientos aún inseguros de la colonia, entre el vaivén incesante de las pasiones y el peligro perpetuo de la hostilidad indígena.

Tres puntos se destacaban desde luego, entre tantos otros, en las condiciones básicas de la conquista: la cohesión del grupo colonial, su vinculación permanente con los aborígenes más poderosos y la sujeción o pacificación de las terribles hordas que señoreaban en el tránsito, moviendo sin cesar sus sangrientas correrías en una vasta zona circunvecina. Tales objetivos, contemplados en conjunto, requerían procedimientos diversos y hasta antagónicos, que escollaban en la suspicacia indígena y la psicología del conquistador, y no podían naturalmente ajustarse a una disciplina inflexible ni a una moralidad estricta.

Algunas de esas medidas, a las que nos referimos ya anteriormente, determinaron la

concentración de los conquistadores en la Asunción, que ha provocado críticas desde un punto de vista completamente extemporáneo, y trataron de afianzar la benevolencia de los indios, sin contrariar abiertamente sus costumbres, de las que algunas, que los europeos miraban con horror, fueron incluídas en el capítulo de cargos contra el gobierno. El memorial de Pero Hernández cita los casos en que los prisioneros fueron víctimas de la antropofagia guerrera de los guaraníes, en presencia de Irala y de sus soldados. Tales contemporizaciones, que le imputaba igualmente Alvar Núñez, fueron no obstante, mantenidas por el mismo adelantado, cuando no aparecía muy clara su necesidad. Y en lo que particularmente insistieron esas acusaciones fué en la intemperancia del capitán, que había traspasado ya entonces las lindes de la edad madura y a quién se presentaba como el principal agente de la profunda inmoralidad que imperaba en las costumbres de la incipiente sociedad asuncena. Pero la verdad es que si tales achaques, derivados de las tendencias ingénitas de las razas en contacto, llegaron a extremos verdaderamente alarmantes, a su predominio y perpetuación contribuyeron eficazmente los mismos acusadores, y la parte que en su origen pudo corresponder al gobernador estuvo inspirada en los intereses de la conquista y fué en realidad su apoyo más firme y duradero.

La unión hispano-guaraní, origen y motivo de aquellos excesos, precedió a la fundación de la ciudad, si hemos de creer al secretario de Alvar Núñez, que señalaba el paraje de

Tapuá, tierra del cacique Moquiracé, como el asilo predilecto de las pequeñas fuerzas dejadas por Ayolas en Candelaria, y donde su jefe, Domingo Martínez de Irala, tenía sus amores «con la hija de un principal». Esas vinculaciones, que ampararon la existencia de aquel débil destacamento, se afianzaron después de fundada la Asunción y originaron un régimen social que, a pesar de los abusos, estuvo profundamente arraigado en la voluntad indígena. Dentro de ese régimen se formaron los hogares, de donde surgió el robusto producto étnico destinado a la expansión civilizadora de la conquista, y los cuales bajo la acción de aquel gobernante, inculcado hasta por sus esfuerzos de moralidad y de orden (1), constituían entonces una de las condiciones básicas más importantes del naciente núcleo colonial.

La eficacia de esta acción gubernativa, en cuanto se relaciona con los intereses primordiales de la población, aparece con evidencia en la situación en que ésta se encontraba, tras los duros afanes de la guerra indígena y las desavenencias internas, al finalizar el año 1541. Aquietados los ánimos y en paz con los indios, emprendíase con actividad la labor preparatoria de la expedición al occidente, supremo objetivo del momento. El mismo Pero Hernández refiere que todo estaba listo para realizarla en marzo del siguiente año. Y precisamente el 11 de dicho mes, hacía su apa-

(1) Pero Hernández le acusa en su Memorial, haber «pregonando so graves penas», que se respetasen a las indias.

rición en la metrópoli de la provincia el nuevo Adelantado del Río de la Plata, que, al frente de una parte de su armada, había emprendido la marcha por tierra desde la costa del Brasil.

La nueva autoridad llegaba así en momentos propicios para la reanudación efectiva de la conquista, y su arribo anunciado desde un mes antes, era esperado como un socorro valioso para la empresa que, a pesar de sus prolijos aprestos, aparecía con una penuria creciente e irremediable de armas y municiones. La cordial acogida de que fué objeto ha sido referida por el mismo Alvar Núñez. Pero esos sentimientos favorables no pudieron persistir ante la mezquina realidad del contingente aportado, que resultaba más bien un gravamen para la población, y la forma cómo el Adelantado inició su gobierno, bajo las sugerencias de su vanidad y el extremado concepto de su poder. Anteriormente hemos señalado ya esos hechos, a que contribuyó, sin duda, la división de la armada, venida en parte por mar, que postergó la prosecución de los descubrimientos.

Más de nueve meses transcurrieron antes de que todos estuvieran reunidos en la Asunción, tiempo de que Alvar Núñez pudo disponer con relativa tranquilidad para afirmar de algún modo su prestigio, neutralizando la mala impresión producida por aquel desengaño y sus tendencias excesivamente autoritarias, tan opuestas a las prácticas de su antecesor. Acalladas las internas malquerencias, nada ofrecía entonces tanto interés como las relaciones con los autóctonos de una y otra banda del río

Paraguay, cuya amistad, benevolencia o actitud pacífica, indispensables para el objetivo de la colonia, tenían entonces a su favor el éxito de las medidas adoptadas para su consecución y mantenimiento por el gobierno de Irala.

La alianza con los guaraníes, pactada a base de las futuras conquistas, hallábase fortificada con los lazos del parentesco, en los que participaron las indias principales y las más altas figuras de la colonia. Irala, cuyas hijas fueron esposas de gobernadores, y dieron a la provincia varones distinguidos, como su primer historiador Ruy Díaz de Guzmán, tuvo sus primeras vinculaciones en la parcialidad de Tapuá; el oficial real Garci Venegas era yerno de Moquiracé, poderoso cacique de esa misma región; el capitán Gonzalo de Mendoza tenía por suegro a Timbuaí; y otros conquistadores estaban asimismo ligados por iguales vínculos con las hijas de los caudillos guaraníes más prestigiosos de Itacumbú, Caracará y Mayrerú. Estas uniones, generalizadas entre todos los pobladores, sin duda con licenciosos excesos, constituían, no obstante, la garantía más eficaz del valioso apoyo indígena, sincera y sólidamente afianzado a la llegada de Alvar Núñez, como lo pudo comprobar él mismo, en su viaje, a medida que iba acercándose a la Asunción. Aunque en menor escala, idénticos procedimientos contribuyeron a aquietar a los agaces, situados en la banda opuesta, al sur del Araquay (Pilcomayo); las hijas de varios caciques e indios se encontraban entonces en la Asunción, por voluntario consentimiento de sus padres, se-

gún refiere el Adelantado en sus «Comentarios». Y la presencia en la ciudad de dos antiguos compañeros de Caboto (Juan de Fustes y Héctor de Acuña), incorporados poco antes a los conquistadores, después de largos años de vida errática entre los yapirúes, güemes y guatataes, a quienes capitaneaban en sus guerras, permitía a la colonia aprovechar el prestigio que gozaba entre esos indios para atraer su benevolencia y atemperar a la vez la hostilidad de otras naciones que merodeaban en las tierras occidentales del río Paraguay.

Las condiciones favorables en que a este respecto se iniciaba el nuevo gobierno, se hallan de este modo confirmadas por sus propios testimonios; y la importancia que tenían esas buenas relaciones con los autóctonos, en el concepto de dicha autoridad, se manifiesta asimismo claramente en los informes que dejó acerca de ellas, tratando de realzar sus esfuerzos por conservarlas. Pero si contemplamos con alguna atención esos hechos, tales como nos los ofrece esa fuente informativa, tendremos forzosamente que observar entre ellos algunas contradicciones. La acogida que dieron a Alvar Núñez, según sus «Comentarios», los guaraníes comarcanos de la Asunción demuestra, no sólo su sincera espontaneidad, sino la sensible influencia que ejercía entre ellos la vinculación con los españoles; sin excepción alguna, dichos indios le recibieron con grandes demostraciones «de paz y amistad» y todos ellos «uno por uno vinieron a hablar al gobernador en nuestra lengua castellana», lo que es digno de notarse, teniendo en cuenta que la Asunción no contaba aún cinco años

de existencia. Pero ateniéndonos a esas mismas relaciones, el régimen opresivo y vejatorio que encontró imperando respecto de los indios provocaba a tal punto su descontento que el gobierno intervino en seguida, dictando ordenanzas para librarlos de tan dura servidumbre.

Tales contradicciones, surgidas de un mismo testimonio, ponen en evidencia los peligros que para un juicio imparcial ofrecen los informes de esa época, producidos casi siempre como acusaciones o defensas de los enconados bandos que dividieron entonces a la población. Los que aparecen sobre aquel período del gobierno de Irala están contaminados por el odio de sus enemigos o la sorda malevolencia que suscitaba entre sus principales partidarios su incontrastable superioridad. Los informes sobre Alvar Núñez, no menos apasionados, seguramente, cuando surgen de análoga procedencia, estuvieron no obstante de antiguo favorecidos por su propia defensa y la de sus adeptos, que constituyendo, desde otros puntos de vista, valiosas fuentes informativas, han tenido la suerte de más amplia publicidad. No es fácil en tales condiciones la apreciación exacta de los hechos, pero no es imposible, a nuestro sentir, acercarnos a ella, a base de rigurosa crítica, sobre todo cuando esos mismos hechos aparecen apoyados por los testimonios menos interesados en su confirmación. Tal es lo que a nuestro juicio ocurre con los que acabamos de señalar durante el gobierno de Irala. Pero quedan por examinar los que análogamente se atribuyen, desde que llegó a la provincia, al segundo Adelantado.

VI

LOS PRIMEROS CONQUISTADORES Y EL SEGUNDO ADELANTADO

Contradicciones de las fuentes informativas.—Motivos que favorecieron la defensa de Alvar Núñez.—Origen y fundamento de los antagonismos.—Carácter del Adelantado.—Condiciones que le sobraron al cortesano y le faltaron al conquistador.

El carácter que en su gran mayoría tienen las fuentes informativas relativas a los primeros gobiernos asuncenos, dificultan como ya expresamos, la apreciación imparcial de sus principales acontecimientos. Esos informes, producidos a raíz de dicho período, en defensa de los enconados bandos que actuaron en él, difieren naturalmente en la exposición de los hechos y la determinación de sus causas; discrepancias que se acentúan desde el momento en que el Adelantado pisó el suelo de la Asunción.

Si nos guiamos por las referencias de sus émulos, el Adelantado inició su gobierno con temerarias pretensiones e inmoderada arbitrariedad, apropiándose sin consideración alguna de los bienes comunales, desconociendo las facultades del Cabildo, vejando a los regidores, destituyendo a los funcionarios más respetables y sembrando en su alrededor los

gérmenes del malestar y del desorden. Tales aseveraciones están apoyadas en hechos concretos: la construcción inmediata de su casa con los materiales acumulados para la defensa de la ciudad, la destitución del escribano Orué, la disolución del Cabildo, la prisión de los oficiales reales y la crueldad injustificada con los agaces. (1)

Pero si nos atenemos a las relaciones del Adelantado y sus partidarios, no tuvo la Provincia gobierno como el suyo, tan inspirado en la justicia y tan ajustado a las reales disposiciones en un medio más hondamente quebrantado por la inmoralidad, la indisciplina y los desaciertos acumulados por su antecesor. Y con tal motivo se citan las ordenanzas y mandamientos que expidió para el buen tratamiento de los naturales, el mejoramiento de las costumbres, el alivio de los pobres y el gobierno regular de la colonia (2).

La forma con que el Adelantado relata los hechos, desde su llegada a la costa del Brasil, con amenos pasajes y útiles observaciones, predispone indudablemente a su favor. Hay en su estilo cierta claridad y sentida animación, que contrastan con la confusa y seca relación de sus impugnadores y la monótona uniformidad de las informaciones sobre su conducta. Y no es extraño que esta circunstancia, unida a la prioridad de su aparición, haya influido marcadamente en su éxito. Los

(1) Informaciones de los Oficiales Reales. Cartas de Dorantes y de Cáceres en la «Correspondencia de los Oficiales Reales».

(2) «Relación» y «Comentarios» de Alvar Núñez.

panegiristas del Adelantado no han escaseado de tiempo atrás, en desmedro de sus oscuros adversarios; situación que no ha variado mucho en la generalidad del concepto histórico contemporáneo. Seguramente una crítica fundada e imparcial irá extrayendo la verdad del seno de ambos alegatos, sin atenerse exclusivamente a ninguno de ellos. Entretanto, sin pretender realizarla en esta síntesis inconciliable con la erudita prolijidad que la tarea requiere, trataremos de señalar algunas particularidades de los actores que originaron aquellos elementos de juicio.

Dentro de las modalidades de la época, de las condiciones sociales y geográficas en que se desarrollan los sucesos, la personalidad del Adelantado no presentó desde el principio los caracteres adecuados al medio, los que distinguían a los viejos conquistadores.

Los hombres que se habían congregado en aquel rincón del continente, atraídos por una inmensa ilusión, tenían, a pesar de sus hoscas pasiones, egoismos y malquerencias, peculiaridades comunes, afinidades que los enlazaban con mutua tolerancia, en la desamparada lejanía del nuevo centro. Endurecidos por la lucha incesante y cruel en climas distintos, con penurias sin término, los guerreros sobrevivientes de los siniestros pasados, que fijaron su residencia en la Asunción, estaban vinculados por la comunidad de sus azares y la participación igual en los duros episodios iniciales de la conquista. Y esos rudos soldados, acostumbrados a la igualdad en el heroísmo y la adversidad, que no conocían jerarquías en el sufrimiento, cuyo jefe legal era el compañero

en la acción, y estaban unidos por la solidaridad de sus vicios y de sus virtudes, formaban una sociedad completamente distinta de la que se imaginó regir el nuevo gobernante, con altanera arrogancia, más preocupado de los atributos externos de su autoridad que de los resortes fundamentales de su eficacia y de su prestigio.

Todos los datos coinciden para fijar este aspecto del gobernante.

Prescindiendo de las violencias que inauguraron el viaje de la armada en las islas de Palmas y de Santiago, para apoderarse de un galeón y de las mercaderías depositadas en otra nave, ese rasgo característico de su vanidad pudo ser observado por sus mismos soldados, al fijar en la costa americana el hito divisorio de las posesiones de España y de Portugal, en el que el Adelantado hizo grabar su propio escudo en lugar de las armas del Rey (1). Y ese acto, al que se atribuyeron subversivas intenciones, tuvo por desgracia su repetición, en forma todavía más grave, poco después de su arribo a la ciudad, concurriendo a persuadir del fundamento de aquel móvil las imprudentes expresiones de los allegados de Alvar Núñez con propósitos de realzar su persona, a costa de sus quisquillosos subordinados. Al Adelantado las incitaba con sus propias manifestaciones, si hemos de dar crédito a sus adversarios, mirando con despótico desdén las disposiciones superiores contrarias a sus miras. «El dicho Alvar Nú-

(1) Véase página 51.

fiez — dice una información con certificación de numerosos testigos, — muchas y diversas veces por muchos lugares e partes, acostumbraba decir cuando le hablaban sobre las provisiones y mandamientos de su Magestad sobre que no las guardaba, que pués las armas de espada e ballesta perdían la fuerza pasada la línea, que no era mucho que la perdiesen las provisiones de su Magestad; é asimismo el dicho Alvar Núñez, con gran desacato e menosprecio de la persona e corona real del rey, emperador nuestro señor, muchas y diversas veces y en muchos lugares y partes se llamaba e llamó: «yo soy el Rey é Príncipe e Señor desta tierra», e así lo llamaban sus criados e oficiales» (1).

Tenían posiblemente en estas imputaciones mucha parte el odio y el interés político, mas con ello no se desvanece su fondo de verdad. No es de creerse que hechos semejantes, voceados por tantos testigos, estuviesen desprovistos de todo fundamento. Y aún cuando tuvieran que ser atenuados y hasta desechados, por su sospechoso origen, no faltan otras pruebas de aquellas tendencias, ya expresadas del Adelantado y de su agresiva arrogancia, que provocaron desde el primer momento las prevenciones de la población y acabaron por minar completamente su prestigio. Muchas de esas pruebas surgen de los acontecimientos mismos que conmovieron su gobierno, sin que sea posible señalarlas sin anticipar su exposición.

(1) Información sumaria seguida a petición de los Oficiales Reales. «Archivo Colonial». Museo Mitre. Tomo I.

Pero concretándonos a las propensiones del gobernante, manifestadas acentuadamente antes de su llegada, su comprobación puede verse con claridad en sus primeros actos.

Las exterioridades del poder adquirieron desde su advenimiento una importancia extraordinaria; todo tendía a su aparatosa exhibición, así ante los españoles como ante los indios; y en medio del agreste caserío, donde imperaba la ruda energía y las blanduras habrían parecido debilidad, el Adelantado mostraba gran preocupación por su comodidad y su boato; tenía en su casa numeroso personal y vivía constantemente rodeado de sus servidores, mayordomos y maestresalas, que los conquistadores miraban con estupor marchar tras de él con una larga hilera de indios conduciendo muebles, cuando emprendía una larga campaña expedicionaria (1).

No había, seguramente en esos afanes, que ocupaban las atenciones del Adelantado, motivos para acreditar su reputación. (Y estos hechos que acaso habrían podido neutralizar otras dotes del gobernante se agravaron todavía más, no solo por la ausencia de esas cualidades, sino por la impulsividad y poca firmeza de su carácter. Los incidentes ocurridos con los religiosos Armentia y Lebrón durante el viaje, los que sucedieron después en la Asunción y sus choques iniciales con los oficiales reales, contienen a ese respecto pruebas inequívocas. Y si hemos de dar fe a lo

(1) Carta de P. Dorantes. «Correspondencia de los Oficiales Reales».

que escribieron los viejos pobladores, el agresivo carácter de Alvar Núñez se hizo sentir especialmente en ellos: «a los que de primero estuvimos aquí, nunca nos llamaba menos de bellaco», dice una de esas antiguas relaciones (1).

El gobierno que se iniciaba de ese modo, entre los veteranos de la conquista, no podía, indudablemente, haber inspirado desde luego su confianza, benevolencia o simpatía. Mediaban profundas diferencias en el concepto que recíprocamente tenían de su situación y sus deberes. Y mientras el Adelantado, acaso sin las intenciones que le atribuyeron, pretendía amoldar el levantisco núcleo colonial a las ideas que tenía de su poder y de sus fueros, los primeros pobladores no veían en aquella autoridad si no pretensiones arbitrarias, despóticas tendencias e irritantes arrogancias, sin las cualidades indispensables para dirigir la conquista. Uno de esos soldados que actuó desde los tiempos de Mendoza, escribía a este respecto, refiriéndose a Alvar Núñez, cuando ya se encontraba lejos del escenario y no tenía ningún interés en desvirtuar la verdad: «sienta mal y es bochornoso que un hombre acreciente honores y no también saber; tampoco deberá andar pavoneándose por su alto puesto, despreciando a los demás, como el muy fatuo y orgulloso soldadote «Traso» en Terencio. Por que cada capitán se nombra para bien de sus lansquenets y no se recluta la tropa para bien de su capitán» (2).

(1) Relación del río de la Plata. «Colección Garay».

(2) U. Schmidel. «Viaje al río de la Plata». Cap. XXXIX.

Puede decirse que estos juicios resumen el modo de pensar de los viejos pobladores. El Adelantado no tenía para ellos desde el primer momento las condiciones de un jefe, ni las que requería un guerrero de aquellos tiempos. No tenía, a su juicio, la contextura moral, la fibra de conquistador.

VII

LA PRIMERA EXPEDICIÓN HISPANO-GUARANI

Las relaciones con los autóctonos no guaraníes.—Las causas de la guerra contra los guaycurúes.—Colaboración guaraní.—Aprestos de la expedición. Concentración de fuerzas en Tapuá: 10,000 guaraníes y 200 españoles.—Marcialidad de los escuadrones indígenas.—Pasaje al Chaco.—Ceremonias guerreras de los guaraníes.—Marcha de la expedición.—Victoria de los aliados.

Establecidos los motivos fundamentales del distanciamiento moral que desde el primer momento existió entre el Adelantado y los viejos pobladores, proseguiremos nuestra rápida ojeada sobre la iniciación de ese gobierno, en cuanto se refiere principalmente a las relaciones con los autóctonos.

La situación en que éstas se encontraban, a la llegada de Alvar Núñez, a tal punto influía y se destacaba en las condiciones generales de la colonia, que sus propios informes no la pudieron disimular. Su comprobación hemos tenido ya oportunidad de verla anteriormente. Y sin apartarnos de ese mismo documento, podemos a la vez observar la ocasión favorable que este hecho ofrecía al supremo objetivo de los conquistadores. «Al tiempo que yo llegué a esta ciudad de la Asunción, dice el Adelantado, hallé que Domingo de

Irala tenía puesta bandera para que todos los que querían ir con él en la entrada se inscribieran e asentaran por lista». Y Pero Hernández agrega que hasta los bergantines estaban listos para la marcha.

Esos aprestos expedicionarios, de que se daba cuenta para acentuar la pesadumbre ocasionada por el advenimiento del gobierno que los frustró, revelan a las claras que las relaciones con los autóctonos permitían entonces, para la reanudación de los descubrimientos, el fraccionamiento de las reducidas fuerzas asuncenas, que habría sido de todo punto imposible con la general hostilidad indígena.

No habrían podido pasar inadvertidas tales circunstancias al Adelantado, ni el rudo esfuerzo que requería esa situación, bajó los auspicios de la alianza guaraní, cuya eficacia sostenían con la astucia y el amor los viejos conquistadores. Y era natural que el Adelantado hubiera buscado en ese mismo apoyo la persistencia de una situación tan indispensable para el éxito de la conquista como para su visible orientación, conforme a las órdenes del monarca. Aunque los expresados informes tienden a hacer destacar sobre ese punto la acción exclusiva del nuevo gobierno, surge de su propio contexto la importancia de esa colaboración, indispensable a todas luces, desde que los vínculos de parentesco, entre los autóctonos y los primeros pobladores constituían la base principal de la tranquilidad y estabilidad de la colonia. El concurso de los viejos capitanes fué, en tal sentido, tan valioso como sincero, al iniciarse la nueva autoridad, pudiendo señalarse en primer término

el que prestó el más prestigioso de los caudillos, Domingo Martínez de Irala, con su tacto habitual y su respetuosa moderación.

Según los testimonios de esa época, que ha conservado la tradición, el Adelantado procuró en seguida el apoyo de Irala, sobre todo su intervención personal con el grupo conquistador que había estado bajo su mando. Así lo dice Schmidel, testigo y actor de los hechos durante aquel período. Tal es igualmente la versión de Ruy Díaz de Guzmán, basada en el recuerdo no muy lejano aún de esos acontecimientos. Y este concurso contribuyó indudablemente a la tranquilidad inicial de su gobierno, tan contrario a las prácticas anteriores, y a la facilidad con que pudo realizar cuanto consideró prestigioso a su autoridad en las relaciones con los aborígenes.

Como ya tuvimos ocasión de indicar, formaban éstos, en una vasta zona circundante al asiento colonial, diversas agrupaciones, que diferían asimismo en su población y caracteres morales. Los más importantes por su número y estado de cultura eran los guaraníes de la banda oriental del río; los más peligrosos, los agaces y los guaycurúes de la margen opuesta, que dividían su zona de correrías, la una por agua y la otra por tierra, al sur y al norte de la Asunción. La antigua y perpetua enemistad que existía entre esas naciones, principalmente contra los guaraníes, había suscitado, al pactarse la alianza con éstos, la hostilidad general de las demás, cuya atemperación requirió cruenta guerra y esfuerzos improbables, porque los mismos aliados incitaban con frecuencia la continuación de

la lucha, en represalias de sus interminables choques con sus vecinos.

El tino y la habilidad de Irala habían podido, al fin, atenuar las hostilidades, obteniendo un período de relativa paz. Pero apenas el Adelantado se hizo cargo del gobierno reanudóse la guerra encarnizadamente, comenzando contra los guaycurúes a iniciativa de los guaraníes de Caaguazú, cuyo pueblo había sido asolado por aquellos indios.

Este hecho, que se cita como uno de los tantos episodios de la guerra indígena, tuvo no obstante, en el concepto del Adelantado, importancia muy marcada. Y a la verdad, si ella no se destaca en la influencia que le atribuyó, no ha dejado de tenerla por otros motivos. La guerra contra los guaycurúes abre uno de los períodos más interesantes de la historia colonial paraguaya: la expedición que la inició fué la primera que realizaron las armas combinadas de los españoles y los guaraníes, para el sometimiento de aquellos indios, en las tierras occidentales del río Paraguay. Y recordando los comienzos y la marcha de la expedición, según las relaciones del mismo Adelantado, podremos observar, siquiera ligeramente, a la vez que algunos aspectos ya expresados de su carácter, el alcance y la forma de esa colaboración indígena en la acción inicial de la conquista (1).

A principios de Julio de 1542, pocos meses

(1) A esa colaboración referíase ya Irala en su carta de 1541, citando el caso de los agaces, que fueron casi exterminados en las cercanías del Bermejo. Pero de dicha expedición, que fué fluvial, quedan muy escasas noticias. (Véase Schmidel, Viaje citado, cap. XXII).

después de su llegada, comenzó Alvar Núñez a hacer los aprestos para esta guerra, previas amplias informaciones levantadas a fin de justificar su necesidad. Nada omitió en el sentido de comprobar, según sus propias expresiones, «que se procedía conforme a derecho». Y aprovechando los motivos de aquella determinación,—que aparecía en interés directo de los guaraníes—se empeñó en dar a la campaña los caracteres de un gran movimiento indígena, en el cual quedara a la vez de manifiesto la eficacia de su apoyo y el prestigio de su poder. El Adelantado convocó a una junta a los caciques de las parcialidades vecinas a la Asunción: todos ofrecieron concurrir con fuertes contingentes, acordando que la reunión se efectuara en el pueblo de Tapuá, distante cuatro leguas de la ciudad, donde dominaba el viejo Moquiracé, suegro de Irala y de Garcí Venegas. El gobierno destinó, para el mismo efecto, 200 arcabuceros, 12 caballos y una parte de la «artillería de campo». Y en la madrugada del 12 de julio las fuerzas de ambas partes emprendieron la marcha simultáneamente, en dirección al paraje destinado a su concentración.

Las previsiones del Adelantado quedaron superadas por la realidad de aquella ostentación bélica con que se disponía a realzar el primer acto militar de su gobierno. Jamás la ciudad de la Asunción contempló nada parecido al despliegue de las fuerzas indígenas, realizado entonces, por los boscosos senderos que entrecruzaban sus alquerías desde las faldas de Itacumbú. Los «guarinihara» (combatientes) adornados de sus mejores pren-

das, con sus lucientes armas de combate, se sucedían sin interrupción, en apretados escuadrones, estremeciendo las selvas, en el silencioso alborear de esa mañana, con el rumor creciente de su marcha y los sonidos agudos de sus «mimbí». Dies mil guerreros desfilaron, en esa forma, hacia los valles de Caaguazú.

Las fuerzas españolas, que caminaban en idéntica dirección, se encontraron más de una vez con los contingentes guaraníes, y quedaron admiradas, según refiere Alvar Núñez, de su marcialidad y disciplina. «Fueron caminando, dice, y por el camino pasaban grandes escuadrones de indios de la generación de los guaraníes... Era cosa muy de ver la orden que llevaban, y el aderezo de guerra, de muchas flechas, muy emplumadas... y sus arcos pintados de muchas maneras y con instrumentos de guerra que usan entre ellos, de atabales y trompetas y cornetas y de otras formas».

Entretanto, en el pueblo de Tapuá, donde se había reunido ya gran cantidad de indios, aguardábase la llegada del gobernador para rendírsele los honores correspondientes, como a jefe elegido para la guerra; y cuando aparecieron las fuerzas españolas, y estuvieron «a un tiro de arco de su lugar», adelantáronse Moquiracé y los demás caciques, a la cabeza de toda la gente, y fueron a recibir al Adelantado y a darle el mando de sus guerreros. Sirvióse después un succulento almuerzo de «carne de venados y avestruces», producto de dos días de abundante caza; y luego «los indios principales, hecha su junta» entraron a deliberar sobre los preliminares de la campaña,

y aprobadas sus decisiones, fueron puestas en práctica inmediatamente, despachándose una pequeña partida para explorar la situación del enemigo.

Al subsiguiente día, muy de mañana, después de regresar los exploradores, el Adelantado hizo formar todas sus tropas, en la ribera del río, con el fin de comenzar su traslación a la margen opuesta: dos bergantines y varias balsas estaban destinadas a los españoles, la artillería y los caballos; y 200 canoas para los 10.000 combatientes guaraníes. El pasaje de tanta gente, en esa parte del anchuroso río, donde la corriente es muy rápida, ofrecía para los indios peligrosas dificultades. La tarea requirió ocho horas de continuo trabajo, desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde; pero se realizó con tanta destreza y orden que no dió lugar al menor incidente. No sucedió lo mismo con los españoles, a pesar de que sus embarcaciones eran más capaces y cómodas: «como procuraban, dice Alvar Núñez, embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente a un borde, hizo balance y se tornó de manera que volvió la quilla arriba y tomó debajo toda la gente, y si no fueran tan bien socorridos todos se ahogaran». Felizmente los indios acudieron con oportunidad y salvaron a nado a sus aliados, con excepción de dos, que fueron arrastrados por la corriente.

Efectuado el pasaje de las tropas, se disponía Alvar Núñez a tomar algún descanso, cuando los indios principales vinieron a manifestarle que en tales ocasiones los guaraníes

acostumbraban, antes de comenzar la guerra, hacer un presente a su capitán. El Adelantado consintió de buen grado someterse a esa costumbre, permaneciendo, con tal motivo, hasta muy tarde en la orilla del río. «Todos los principales, uno a uno, le dieron una flecha y un arco pintado, muy galán, y trás ellos todos los indios, cada uno trajo una flecha emplumada con plumas de papagayo, y estuvieron en hacer los dichos presentes hasta que fué de noche».

Habiendo descansado la gente el tiempo necesario, el Adelantado celebró nuevo consejo, con asistencia de capitanes y clérigos, para adoptar las disposiciones del caso, ya en plena tierra enemiga. Las terribles hordas guaycurúes, según avisaban los indios veteranos, mudaban continuamente de residencia, con pasmosa rapidez, distribuyendo sus espías a grandes distancias. El éxito del avance dependía en gran parte, de los exploradores y adalides indígenas, los cuales distribuidos, según el dictamen de los caciques, precedieron al grueso del ejército, que emprendió la marcha, formando la vanguardia el «escuadrón de los guaraníes», que ocupaba una legua de largo, «con mucho orden y concierto», siguiendo después la caballería y artillería, en medio de las cuales marchaba el gobernador, y ocupando la retaguardia la infantería española, trás de la que caminaban las mujeres y los sirvientes, «con las municiones y bastimentos».

Un incidente casual, ocurrido al atardecer, del que resultaron varios heridos y estuvo a punto de producir el retiro de los indios, determinó a Alvar Núñez a variar el orden an-

terior, a fin de desvanecer la naciente desconfianza indígena, colocando a los españoles en la vanguardia, con la artillería de campo a las órdenes de D. Diego de Barba y las tropas de infantería bajo el mando del capitán Salazar. En esa forma prosiguió la marcha, hasta la madrugada del 16, en que se avistó el aduar de los guaycurúes, defendido por cuatro mil indios. El choque de ambas fuerzas fué fatal para los fieros moradores del Chaco, que se dispersaron incendiando sus casas después de sufrir numerosas pérdidas, habiendo dirigido el ataque personalmente el Adelantado, que al frente de sus tropas iba, según su propia referencia, «trepellando cuanto hallaba adelante». De la relación de otro contemporáneo, el factor Pedro Dorantes, resulta, sin embargo, que la acción inicial correspondió a la infantería española y parte de los guaraníes, acudiendo después «la gente de a caballo», que completó la victoria (1). Pero sea como fuere, el éxito más completo coronó la expedición. Y pocos días después volvía a entrar en la Asunción el Adelantado, al frente de sus fuerzas victoriosas, con 400 indios prisioneros.

(1) «Correspondencia de los Oficiales Reales». Carta de Dorantes.

VIII

CONTINUACIÓN DE LA GUERRA INDÍGENA

Conducta impolítica y cruel de Alvar Núñez.—El cacique Aracaré: su estirpe y su prestigio.—Acusaciones injustas contra el caudillo guaraní.—Condenación de Aracaré.—Forma en que se ejecutó la inícuca sentencia.—Sublevación general de las parcialidades de Yyúá.

La expedición victoriosa contra los guaycurúes, en la forma y proporciones que hemos referido, permitió al Adelantado presentar su autoridad revestida con un extraordinario prestigio bélico, que satisfacía ampliamente una de sus propensiones dominantes. El esmero con que trató de acentuar esa impresión, fluye de sus propias referencias, y le llevó, si a ellas nos atenemos, a proceder respecto de los vencidos con cierta magnanimidad y buen tino, que a haberse mantenido en todas sus acciones, hubiera con seguridad influido sensiblemente a su favor en el agitado curso de los próximos sucesos.

Tan pronto como regresó a la Asunción, Alvar Núñez aprovechó en ese sentido todas las ventajas de su triunfo. De los numerosos prisioneros tomados en la acción, una gran parte fué puesta en libertad, a raíz de conferencias celebradas con sus caciques, en las que el gobernador, rodeado de los delegados

guaycurúes sentados sobre un pie, en señal de amistad, dictó sus condiciones de paz, y escuchó, «por lengua de los intérpretes», proclamarse su poder por los guerreros antes invictos de la tierra occidental.

El hecho tuvo, según Alvar Núñez, eficaz resonancia entre los aborígenes de la región, poniendo «grande espanto y temor en toda la tierra». Los yapirúes y guatataes acudieron en seguida espontáneamente a pedir la amistad y el amparo del gobierno. Y como consecuencia de esas mismas relaciones, que afectaban directamente a los aliados, establecióse entre éstos y aquellos indios un activo intercambio de productos, celebrándose periódicamente animadas ferias frente a la Asunción, donde los frutos de la agricultura guaraní se cambiaban por hermosas mantas, productos de caza y pieles de animales silvestres. (1)

Pero simultáneamente con estos hechos, que

(1) Alvar Núñez describe estas ferias, que tenían lugar en el Chaco, frente a la Asunción. «Su venida, dice refiriéndose a los guaycurúes, era de ocho a ocho días a la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asado en barbocúa... y traen mucho pescado y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos... muy pintados y así mismo muchos cueros de tigres y de antas y de venados... dura la contratación dos días... la cual es muy grande y son muy apacibles para los guaraníes, los cuales les dan, en trueque de lo que traen mucho maíz y mandioca y mandubíes... también les dan y truecan arcos y flechas... y pasan el río a esta contratación doscientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la más hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta priesa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercadería y ellas van al agua; y los indios a quienes acontece lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos días

parecían augurar, bajo el impulso eficaz del gobierno, el activo y fecundo acercamiento de las agrupaciones autóctonas, la actitud diametralmente opuesta, observada con otros aborígenes, a la par de aminorar los efectos de aquellas medidas, suscitó contra el Adelantado la perniciosa hostilidad de estos indios y las ya crecientes prevenciones de los primeros conquistadores. La lucha se reanudó, con tal motivo, contra los agaces, que estaban de tiempo atrás en buena amistad con los españoles, y contra quienes procedió con artera violencia Alvar Núñez, pretextando sus aisladas refriegas con los guaraníes cercanos. La intervención de Irala, que tenía antiguas vinculaciones con el cacique Abacotén, solo pudo evitar parte de las atrocidades cometidas contra dichos indios, al amparo de simuladas conferencias. La bárbara crueldad con que fueron inmolados en su prisión, sin perdonarse ni a las mujeres, llegó a provocar contra Alvar Núñez la indignación de sus mismos subordinados. «Doblose la mala opinión contra él», dice Oviedo, al relatar aquel sangriento episodio. Y un testigo, refiriendo ese mismo hecho, escribía al Emperador: «Cierto algo más conforme con Dios aunque no lo creen y rrey aunque no lo tienen usan y acostumbran estos indios salvajes que andan

no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir a contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el río abajo... y en la contratación tienen tanta vocería, que no se oyen los unos a los otros, y todos están muy alegres y regocijados». («Comentarios» de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Capítulo XXXI).

de aquella banda del río no teniendo asiento, ni sembrando ni comiendo otras cosas más que las silvestres frutas... que no nosotros que conocemos y creemos a Dios y tenemos a Vuestra Alteza por Rey nosotros haciendo estas cosas y otras semejantes o peores que en esta tierra han pasado» (1).

Estos actos de crueldad, que contrastaban con la moderación observada con los guaycurúes, fueron tan innecesarios y contraproducentes como completamente inmotivados; su justificación fué imposible a pesar del empeño que en ello puso Alvar Núñez, al asumir después en España la defensa de su gobierno. La circunstancia de que ambas naciones eran por igual enemigas irreconciliables de los guaraníes, aleja la hipótesis de que esa distinta actitud se hubiera debido a una política complaciente con estos indios, destacándose en ella tan solo los impulsos personales del gobernante. Favorecieron, sin duda, tan extraña conducta, su impericia agravada por su vanidad, y sobre todo su desconocimiento de la psicología indígena. Y el hecho se manifestó más acentuadamente todavía en la cruel e inconsulta medida que con evidente riesgo de la conquista adoptó poco después contra sus propios aliados, sacrificando injustamente a uno de sus jefes de mayor prestigio: el cacique Aracaré.

Ese acto, que conmovió profundamente a las parcialidades del alto Paraguay, dió ori-

(1) Carta de Dorantes de 1542. «Correspondencia» citada.

gen a una encarnizada guerra, cuya responsabilidad trató de esquivar el Adelantado, acumulando acusaciones contra su víctima, en la seguridad de que ya no era posible escucharse la voz de la defensa. Pero no es difícil que ella surja del seno de esas mismas acusaciones, si las consideramos a la luz de otros testimonios contemporáneos. Y a este efecto, no estará de más recordar de paso los antecedentes del indio, cuya corta y oscura historia consta, en gran parte, en las informaciones producidas para justificar su muerte.

El prestigioso caudillo figuró desde temprano entre los principales caciques guaraníes, con quienes se relacionaron los españoles, a raíz de la fundación de la Asunción.

Tenía sus dominios al norte de Tapuá-guazú, en las tierras que baña el Yyuí (Jejuí), cerca de los cacicazgos del Guacaní y de otros jefes guaraníes, entre los cuales descollaba tanto por su valor como por su abolengo ilustre. El padre de Aracaré había encabezado una de las mesnadas indígenas que invadieron a los caracaráes (Charcas), pocos años antes de la conquista española.

El joven cacique pertenecía, pues, a una estirpe también conquistadora y muy posiblemente había participado en aquella campaña, circunstancia que acrecentaba notablemente su prestigio entre las parcialidades circunvecinas.

Todos estos hechos constan en un sobrio informe del fundador de la Asunción, que tuvo con el cacique frecuente correspondencia. «El dicho indio Aracaré, dice Salazar de Espinoza, se hizo amigo de los cristianos y mu-

chas veces vino a tratar con este testigo, de cuarenta leguas de camino quando este testigo gobernaba la tierra, antes que fuese el dicho gobernador Cabeza de Vaca. E despues que Domingo de Irala mandó, fué a una entrada él y Alonso Cabrera, y oyó decir este testigo quel dicho indio Aracaré yba entre los otros indios amigos, e que hacian mucho caso dél, por ser valiente, e por que decian quel sabía aquella entrada, que su padre y un hermano suyo habían entrado por allí» (1).

Esta entrada a que se refiere Salazar es la que en febrero de 1540 emprendió Irala en busca de Ayolas, y, a este propósito, aquel conquistador, que informaba en España a favor de Alvar Núñez, arrojado del gobierno y de la provincia por la mayoría de los españoles del Paraguay, afirma que en esta ocasión el cacique guaraní correspondió con negra traición la confianza que todos depositaron en él, extraviándoles de intento en el trayecto por tierras anegadas y despobladas en que estuvieron a punto de perecer, y desapareciendo después, a su regreso, con todos sus allegados, en el puerto de Candelaria.

El informe de Salazar respondía a un interrogatorio presentado a favor del Adelantado, responsable del trágico fin de Aracaré, y cuyo objeto era, sin duda, agravar la culpabilidad del cacique, presentándole como un antiguo enemigo de los españoles. Otra explicación no tiene, a nuestro juicio, ese cargo completamente infundado y desmentido por

(1) «Naufragios y Comentarios» de Alvar Núñez. Documentos.

varios testimonios. El gobernador Irala, en una carta que escribió antes de aquel interrogatorio, no menciona para nada a Aracaré, al referir la expedición desgraciada de 1540, silencio que no se explicaría, a ser cierta la traición del indio y sus consecuencias desastrosas. Aún más, la carta de Irala no solo omite ese cargo sino que lo contradice. Los expedicionarios llevaron por guía, no al indio guaraní, como afirman los partidarios de Alvar Núñez, sino a los payaguáes del puerto de Candelaria: «dejando en el puerto, dice, a Juan de Ortega con setenta hombres... con lo restante partí en su seguimiento y socorro del dicho gobernador, llevando por guías a los dichos payaguáes». Y agrega enseguida que, desgraciadamente, se vieron obligados a volver, porque «fué Dios servido dar aquel año tantas aguas que como la tierra es baja y despoblada se hicieron tan grandes pantanos que en diez y ocho días que caminamos por ellas jamás salimos del agua hasta la cinta y aún acaecemos días de no hallar donde guisar de comer» (1).

La relación de Irala está plenamente confirmada por varios documentos insospechables de la misma época. Francisco de Villalta, testigo desinteresado e imparcial, escribía a este propósito en una carta suscripta el 22 de Junio de 1556 que «a la mencionada entrada hallaron tantas aguas... que apenas se hallaba tierra enjuta para dormir» y tuvieron que regresar, «la qual vuelta fué a causa de la

(1) Carta de Irala de 1545.

tierra estar empantanada y de la poca comida que teníamos». En igual sentido se expresa una relación ya citada del Río de la Plata de 1545 (1). Y, finalmente, el capitán Gonzalo de Mendoza informaba en ese mismo año que en la mencionada expedición los guaraníes «sirvieron bien a los cristianos», afirmación que el acusador en España, no contradecía entonces en sus declaraciones hechas en la Asunción.

En el fracaso de la expedición de Irala, no tuvo, pues, participación alguna Aracaré. Los cargos que en tal sentido hicieron contra él, para justificar a Alvar Núñez, resultaron evidentemente inciertos. Y a la verdad, serían de todo punto inexplicables, si tales acusaciones tuviesen fundamento, las buenas disposiciones que demostraba poco después y la confianza que a la vez inspiraba al gobierno el prestigioso caudillo de Yyuf. El hecho aparece con claridad en las mismas relaciones del Adelantado, al referir los antecedentes de la exploración que, en demanda de ese mismo descubrimiento, se efectuó a poco de su llegada, con suerte tan fatal para aquel indio. Numerosos caciques, dice en los «Comentarios», se ofrecieron reiteradamente para la empresa: «el primero fué un indio principal del río arriba que se llamaba Aracaré... y vista la voluntad de los indios se partieron con ellos tres cristianos lenguas, hombres prácticos en la tierra».

Esos tres cristianos, que eran los intérpretes Rodrigo Gómez, Alvaró de Chaves y Juan de

(1) «Colección Garay».

Fustes, salieron de la Asunción con la expedición encomendada simultáneamente a Irala para explorar la región del alto Paraguay; y al llegar a Piedras Partidas (24° de latitud) desembarcaron y entraron por tierra hacia el O. acompañados de 800 indios. Todos ellos «iban muy alegres y deseosos de demostrar a los españoles el dicho camino», según cuenta Alvar Núñez, que le escribió Irala desde aquel punto. A los pocos días, por causas que se ignoran, Aracaré regresó a su tierra, lo que determinó la vuelta de todos los expedicionarios, y dió pie a los cargos que el Adelantado comenzó a formular contra el cacique, hasta resolver su ejecución. Esas acusaciones, que presentan al indio como el agente de una inesperada hostilidad, están al igual que las anteriores, destituidas de fundamento. Un contemporáneo que no tenía por qué desfigurar la verdad, escribía, a raíz de aquellos hechos, que la presencia de Aracaré no había sido indispensable a la empresa: «aunque le quedaban otros principales y hartos indios, dice, por lo que le pareció a un cristiano se volvieron» (1).

Las agresiones contra los españoles, que se le atribuyeron posteriormente, no aparecen tampoco apoyadas por ninguna comprobación. Pero la suerte del cacique estaba ya decidida por el Adelantado. Al pasar por sus tierras, de regreso de la expedición del Norte, recibió Irala la orden de ejecutar a Aracaré; orden que

(1) «Correspondencia» citada. Carta de Pedro Dorantes.

cumplió inmediatamente, sin dificultad alguna, al amparo, sin duda, de la confianza con que el cacique, inocente de tales faltas, acogió al ejecutor de la sentencia.

Esta medida, tan inoportuna como inicua, repercutió hondamente en toda la región, provocando la sublevación de las parcialidades de Yyuí. Precisamente en ese tiempo un voraz incendio había reducido a cenizas las cuatro quintas parte de la Asunción, destruyendo casi todas sus provisiones. Los agentes del Adelantado, que acudieron a los pueblos indígenas en busca de víveres, fueron recibidos a flechazos por los indios, que al mando de Tataré, hermano de la víctima, se levantaron, proclamando la venganza del popular caudillo. Y fué necesaria la intervención de Irala para sofocar este nuevo incendio, todavía más devastador, que amenazaba devorar, no ya el endeble caserío, sino la vida misma de los conquistadores; hecho que el Adelantado no pudo menos que reconocer, al mismo tiempo que imputaba gratuitamente a dicho capitán los propósitos más siniestros contra su gobierno y contra su persona.

IX

LAS TENDENCIAS INICIALES DE LA CONQUISTA

Su dirección septentrional.—Primera tentativa de la repoblación de Buenos Aires.—Exploraciones de la región norte.—Deposición del Adelantado.—Preparativos de Irala para una nueva expedición. Hechos que la dificultan.—La oposición de Dorantes: su carácter e importancia.—La expedición a las Sierras de las Minas: su tardía llegada.—Nuevos rumbos de los descubrimientos septentrionales: el Dorado o Paytiti.—Persistente oposición de Dorantes.—Los portugueses y los tupés.—Repartimiento de los indios.—Las poblaciones del sur y del oriente.

Observando el itinerario de la conquista en las provincias del Río de la Plata hasta mediados del siglo XVI, vemos que las exploraciones, los descubrimientos y las campañas expedicionarias tendían invariablemente hacia el norte, rastreando el derrotero de la riqueza incáica, que con los nombres de Paititi, el Rey Blanco, los Candires o los Caracaráes voceaba el enjambre indígena de esas regiones, desde la costa del Atlántico. Los primitivos núcleos de población, siguiendo esa dirección persistente, fueron de ese modo, hacia el interior, escalonándose a orilla de los grandes ríos y alejándose paulatinamente del mar. Así se fundaron Buenos Aires, Corpus Christi, Buena Esperanza y Asunción, y concentrándose por fin en este último asiento las poblaciones

anteriores, por motivos que entrañaban su propia estabilidad, se lanzaran con tenacidad tan infructuosa como inquebrantable en demanda de la «sierra de las minas», por la tierra de los mbayaes, los xarayes y los tamacocis.

Las regiones norte y noroeste aparecían así en aquel turbulento y a veces trágico período como el supremo objetivo que absorbía todas las actividades de la conquista. Pero en medio de esas afanosas campañas, tras un emporio de riquezas que se desvanecía constantemente, no faltaron al principio insistentes tendencias para llevarlas también hacia otras direcciones, ya sea obedeciendo a idénticos estímulos, o a las aspiraciones de una comunicación más frecuente y segura con la madre patria.

No es nuestro ánimo indagar el proceso de esas aspiraciones, remotos antecedentes de las poblaciones del sur, que han sido ya objeto de eruditos estudios. Queremos tan sólo señalar las manifestaciones iniciales de aquellas tendencias, que alentadas en sus comienzos por los adversarios de Irala y sostenidas con firmeza y sincera convicción, después, han tenido marcada influencia en la dirección posterior de la conquista y la expansión efectiva de la población colonial.

La primera tentativa que en tal sentido aparece, después de la despoblación de Buenos Aires, correspondió indudablemente, según ya se ha establecido, a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. El Adelantado, como se sabe, al proseguir su marcha desde la costa del Brasil, dividió sus fuerzas, enviando una parte por mar, en la inteligencia de que aquella pobla-

ción subsistía; y tan pronto como llegó a la Asunción, donde se enteró de su abandono, despachó en su auxilio dos contingentes sucesivos al mando de Juan Romero y Gonzalo de Mendoza, con la orden de restablecer una población en las orillas del Plata. El refuerzo enviado con tal objeto era relativamente considerable: ambos capitanes llevaban abundantes provisiones y 150 hombres «prácticos en la tierra», pertenecientes en parte a los moradores de la abandonada ciudad. Pero el resultado de aquella tentativa sólo alcanzó a justificar el fundamento de la concentración asuncena. Después de variados incidentes, algunos no escasos de interés, en que ocurrieron los primeros choques entre la autoridad gubernativa y la del oficial real Felipe de Cáceres, los expedicionarios refugiados en «el paraje del río San Juan», declararon insostenible la población, y, remontando el río, se dirigieron a la Asunción después de haber perdido, por desertiones y muertes, cerca de cincuenta personas. (1)

(1) A poco de entrar en el Río de la Plata el resto de la armada de Alvar Núñez, se suscitó una seria desavenencia entre el contador Felipe de Cáceres y el Alcalde Mayor, Pedro Estopiñán, que anunciaban ya las tormentas desencadenadas después en la Asunción. El contador no quiso reconocer un auto judicial del representante del Adelantado en una demanda que se le entabló por retención de mercaderías ajenas, aduciendo que como oficial real no tenía otro juez que el Rey, ni otra autoridad superior después de la del Gobernador. (Véase «El Archivo Nacional», No. VI).

El jefe de la armada se vió abocado a ese conflicto, a mediados de Junio, en el asiento del Río San Juan, donde acababan de llegar los refuerzos que envió en su auxilio Alvar

Entretanto, el Adelantado concentraba sus atenciones en la guerra indígena y las exploraciones del territorio septentrional, cuyos episodios principales hemos esbozado anteriormente. Reunidos nuevamente los conquistadores en el asiento del Paraguay, Alvar Núñez ultimó los preparativos de su expedición a los Xarayes, cuyo fin poco afortunado coincidió con la terminación todavía más desgraciada de su poder, en medio de los enconados bandos que dividieron a la población. El 7 de Marzo de 1545, el Adelantado, depuesto, era despachado a la península a bordo de la carabela «Comuneros», y el nuevo gobernador, Domingo Martínez de Irala, elegido por la mayoría de la población, activaba los aprestos de una nueva entrada por los Xarayes, que, fijada para el mes de junio, tuvo que postergarse por dos años más a causa del levantamiento de los indios y las cuestiones suscitadas con los oficiales reales. Tal es, en síntesis, lo que se desprende de los documentos generalmente utilizados sobre la expedición

Núñez con orden de fundar una población en el Río de la Plata. Se resolvió establecerla en ese mismo sitio, permaneciendo en él algún tiempo; pero la hostilidad de los indios y la inclemencia del invierno crudo y lluvioso hicieron imposible la obra. Conformes todos, se embarcaron en los bergantines, remontando el río hasta la Asunción, donde llegaron el 20 de Diciembre de 1542. En el viaje desde Santa Catalina desaparecieron cerca de cincuenta personas, de las cuales veinticinco fugaron a las costas del Brasil, seis fueron muertas por los indios y catorce perecieron ahogadas; entre los muertos figuraban el capitán Alvarado y el piloto Francisco López de Aguiar, fallecido antes de la llegada al Río de la Plata.

de Irala de 1547, en lo que nada hay, ciertamente que objetar acerca de los hechos principales. Pero no cabe decir lo mismo respecto de algunos antecedentes de esos mismos hechos, que quedan en la sombra o no aparecen con el relieve que les corresponde desde el punto de vista que nos ocupa.

«Por junio de 45, dice Irala en su carta de 1556, conforme a V. A. escribí, previniéndome de las cosas necesarias... quedé en poner en efecto entrada y descubrimiento, siguiendo el río del Paraguay por los Xarayes». Pero «cesó la entrada por entonces», agrega, porque «permitió nuestro Señor que los indios amigos y comarcanos treinta leguas en derredor en esta coyuntura se levantasen». El propósito de efectuar la entrada y el levantamiento de los indios, que refiere la mencionada carta, están plenamente comprobados. Pero entre ambos hechos, indudablemente ciertos, mediaron también otros que tuvieron igualmente parte en la postergación de la empresa e influyeron en su derrotero posterior.

Listos todos los elementos de la expedición, firmemente apoyada por la mayoría de los capitanes, se disponía Irala a los trámites finales para el alistamiento de la gente, cuando se hizo sentir una sorda resistencia entre los partidarios del gobierno depuesto. Simultáneamente, las relaciones con los indígenas se presentaban cada vez más tirantes y peligrosas: los agaces estaban casi en estado de guerra, y los guaraníes aliados, profundamente agraviados por los desmanes de que fueron víctimas, en medio de las luchas políticas, no disimulaban sus amenazas. Y en estas

circunstancias, un hecho de mayor importancia aún vino a agregarse contra la jornada con la actitud resueltamente adversa del Factor Pedro Dorantes.

El 4 de julio del citado año presentó el Factor ante el escribano Bartolomé González y varios testigos su parecer sobre la proyectada expedición a los Xarayes, manifestando su completa oposición por diversos motivos, entre los que incluía, en primer término, la inminencia del peligro indígena, la disconformidad visible de muchos conquistadores y la conveniencia de fundar previamente una población en la parte meridional, como en cierto modo se conviniera al efectuarse la elección de Irala. El Factor aconsejaba que la entrada al norte se limitara a un viaje preliminar en descubrimiento del río Acaraity, en cuya banda opuesta había noticias de existir «el metal rico», y se enviara una pequeña partida, con idéntico fin, por el puerto de los payaguás, encomendándose al mismo tiempo a la pericia de Héctor de Acuña la exploración del Ipití (Bermejo), en cuyas riberas se habían encontrado muestras de plata (1).

El requerimiento del Factor fué ampliamente rebatido por el Contador Felipe de Cáceres; los demás votos consultivos apoyaron asimismo la empresa; y ella fué, finalmente, resuelta por el gobernador en el mismo mes de julio (2). Pero su realización quedó de

(1) Probanza de los méritos y servicios del Factor Pedro Dorantes. «Correspondencia» citada.

(2) Ibid.

hecho postergada, sin que el levantamiento de los indios, ocurrido ya a principios de setiembre, hubiera podido ser entonces su obstáculo inmediato.

A la verdad, la oposición de Dorantes, que parecía exenta de toda animosidad política, desde que emanaba de un decidido partidario del gobierno y estaba además prestigiada por su alto cargo y habitual moderación, no pudo ser indiferente a aquella actitud gubernativa, sobretodo por la repercusión que tuvo en una parte de la población, contraria a la entrada, entre la que comenzaba a destacarse el capitán Diego de Abreu, antiguo conquistador del tiempo de Don Pedro Mendoza. Constituían esta fracción, en gran mayoría, por lo menos, los partidarios de Alvar Núñez, que, aunque vencidos y al parecer impotentes, no habían renunciado a sus esperanzas, ni dejaban de tener importancia por su número y calidad. Y aprovechó esa coyuntura para apoyar en ella una viva campaña opositora. Las propagandas contra la proyectada expedición anunciaban las mayores violencias, incitando a la resistencia, a la desertión y hasta, según parece, a la fuga al Brasil, lo que determinó al gobierno a proceder con mano fuerte. A mediados de agosto, Diego de Abreu, Cristóbal de Acosta y otros conquistadores habían sido reducidos a prisión, activándose las pesquisas sobre aquellos hechos ya notoriamente subversivos (1). Y la exaltación de los ánimos

(1) «El Archivo Nacional», número XIII. Pesquisa de oficio, efectuada el 16 de Agosto de 1545.

parecía presagiar un nuevo período de enconadas turbulencias, cuando la guerra con los guaraníes de Guarnipitán vino a acallar, siquiera momentáneamente, los apasionados antagonismos, en bien de la defensa común.

En medio de esa lucha, que fué larga y trabajosa, nuevas rivalidades que estuvieron a punto de provocar sangrientos choques, tornaron contra Irala al más decidido partidario de la expedición por los Xarayes (1). La enemistad de Felipe de Cáceres fué decisiva contra el pensamiento primitivo del gobernador. Y así, cuando ajustada la paz con los guaraníes, volvía Irala a proponer la entrada por su proyectado derrotero, la oposición de Dorantes tenía ya de su parte a los demás oficiales reales, y el gobernador se vió obligado a transigir «para evitar muertes y castigos», según él mismo confiesa, optando por la exploración preliminar, indicada anteriormente por el Factor, desde el puerto de los payaguáes hacia la tierra de los Mbayáes.

Un hecho no consignado hasta ahora, según ya hemos expresado en otro trabajo (2), contribuyó poderosamente a la elección de aquel rumbo, y fué el ofrecimiento que hicieron los vencidos en la reciente guerra, gracias a la amistad del padre Lezcano, de revelar el verdadero camino a los Caracaráes (Alto Parú) tan ansiosamente buscado hasta entonces. El descubrimiento encomenda-

(1) «Colección Garay». Varias relaciones.

(2) «Los primeros eclesiásticos de la conquista». LA PRENSA, Julio 9 de 1922.

do a Nuflo de Chaves y al mencionado sacerdote con la cooperación de los indios, fué realizado con el mejor éxito. Y después de una exploración del Aracuay (Pilcomayo), efectuada por el mismo Chaves, y un viaje de Cáceres al sur, motivado por la presencia de algunos conquistadores del Tucumán, decidióse al fin, con parecer unánime de los oficiales reales y principales capitanes, la jornada hacia el Perú, que se realizó a fines de 1547, por el derrotero que indicaron los guaraníes.

Contemplados así, en rápida ojeada, los antecedentes de esa expedición, salta a la vista la descollante actuación que en ellos tuvo el Factor Pedro Dorantes y se pueden entrever ya algunos aspectos de su carácter. Su oposición a esa empresa tan anhelada, que consideró entonces inoportuna e inconveniente, reveló tanta independencia como sinceridad. Sus previsiones quedaron bien pronto justificadas. Y en medio de los tornadizos pareceres de sus colegas y el apasionamiento general, fué de los pocos que, a la par de Irala, sostuvo con firmeza sus convicciones. Algunas de ellas, como la inconveniencia de concentrar exclusivamente hacia el norte la acción de la conquista, no pudieron entonces prevalecer. Pero no por eso fueron abandonadas. Y la persistente entereza con que las sostuvo después influyó eficazmente, como trataremos de comprobar, en la dirección de los descubrimientos y fundaciones hacia el Sur y hacia el oriente.

Desde mediados de 1545, el gobierno que sucedió al segundo Adelantado, a raíz de su derrocamiento, habíase empeñado en tantear

nuevamente una entrada hacia el Perú, que diversas dificultades sobrevenidas sucesivamente fueron postergando durante más de dos años, hasta fines de 1547. Queda ya consignado el verdadero origen o el principal fundamento de esos obstáculos que, surgidos en medio de las luchas políticas, tuvieron, no obstante, un carácter distinto, señalando, a nuestro juicio, las primeras manifestaciones contra la absorbente y exclusiva tendencia conquistadora hacia la parte septentrional. Esas manifestaciones, que correspondieron al Factor Pedro Dorantes indicaban, además de otros rumbos, una población en el Sur; y aún cuando ellas no tuvieron el efecto que perseguían, no dejaron de influir en la orientación de la empresa. La exploración preliminar del Pilcomayo y el viaje de Cáceres a los timbús coincidieron, en cierto modo, con aquellas miras cuya ineficacia e inoportunidad pudieron tal vez ser entonces comprobadas; y fué el derrotero aconsejado por Dorantes, que los guaraníes se ofrecieron a revelar, el que se eligió, al fin, por la expedición que partió de la Asunción en noviembre de 1547.

Los principales episodios de esta jornada son bien conocidos. Llegados a los Tamacocis, ya próximos a las famosas sierras argentinas, los expedicionarios se informaron, con hondo desencanto, de que ellas «estaban ganadas y ocupadas» por otros conquistadores. Irala despachó de allí en dirección a Lima, a Nuflo de Chaves y algunos compañeros «con cartas y avisos de la justicia del Perú»; y acordando aguardar su vuelta en los Gorgotoquis — 52 leguas al oriente — los expedicionarios

retrocedieron hacia esa región. Era el pensamiento de Irala aprestarse allí para una entrada por las tierras septentrionales, donde los indios comarcanos y los guaraníes de las sierras señalaban otro centro de grandes riquezas. «La noticia que delante teníamos por la vía del Norte era muy grande, escribía al rey en 1555; esta noticia es la que se platica y aprende en el Perú, Santa Marta, Cartagena y Venezuela». Eran los reflejos fantásticos del Dorado y las Amazonas, que poco antes indicaban a Hernando de Ribera, en esa misma dirección, la información indígena al norte de los Xarayes. La oposición de los oficiales reales frustró ese propósito, y viéndose obligado a emprender en seguida el viaje de regreso, Irala renunció a su cargo, que reasumió poco después, por insistencia de los mismos expedicionarios, al conocerse en las riveras del Paraguay los graves sucesos ocurridos en la Asunción, donde Diego de Abreu, llevado al poder por sus adeptos, acababa de ejecutar a Francisco de Mendoza y parecía resuelto a no entregar el mando.

Restablecido el orden, y vuelto del Perú Nuflo de Chaves, con un pequeño refuerzo de población, el gobierno se aprestó a una nueva entrada, que tendía directamente hacia el norte, perdida como ya estaba la antigua, anhelada conquista de los caracaraes y los candiëres. El pensamiento de Irala estaba fijo en el nuevo derrotero hacia el Dorado o Paitití, que ya se había dispuesto a seguir cuando se encontraba en los Gorgotoquis. Pero, al mismo tiempo, las comunicaciones con el sur comenzaban a adquirir mayor continuidad, despachándose en

reiteradas ocasiones pequeñas flotillas bien aprovisionadas, hacia Buenos Aires, nombre que quedó designando a la comarca donde se asentara primitivamente la ciudad. Y aunque estos viajes tenían por principal objeto «el descubrimiento y socorro» de los contingentes que se aguardaban de España, constituyeron en aquel tiempo, las primeras tentativas para el restablecimiento de una población en las riberas del Plata, cuya iniciativa correspondió al oficial real Pedro Dorantes. Este propósito, ya firmemente sostenido por todas las autoridades asuncenas, de acuerdo con la voluntad del monarca expresada en la capitulación de Sanabria, había escollado, no obstante, en la indecisión de los conquistadores, a quienes el gobierno no podía apremiar, y se mostraban poco dispuestos a una empresa tan arriesgada como desprovista de alentadores incentivos. «Aunque el gobernador ha hechado bando para quien quisiera ir allí a poblar que le daría licencia» escribían al rey los oficiales reales, nadie acudió al llamamiento.⁽¹⁾ El asiento del río San Juan, de que habla Ruy Díaz y ha sido acogido por los historiadores, no parece haber tenido ni principio de ejecución, según se desprende del citado documento. Y esas mismas autoridades, a la par de Irala, indicaban con tal motivo la forma y los medios para que sin menoscabo del centro colonial, con la cooperación de nuevos elementos procedentes de la Península, pudieran establecerse las nuevas poblaciones, pidiendo a la vez

(1) Carta suscripta en la Asunción, a fines de 1556. «Colección Garay».

autorización para realizar la exploración del Ipytí (Bermejo), conforme lo aconsejara Dorantes en 1545.

Estos empeños, que coincidían con los trajines al Plata, en busca del nuevo Adelantado, y las interminables incidencias políticas provocadas por los partidarios de Abreu, retardaron bastante la expedición al Dorado, que tenía determinada irala desde 1548, y que, realizada en 1553, no tuvo más resultado que comprobar la profunda conmoción producida por su expedición anterior entre las naciones autóctonas, cuyas migraciones dejaron el trayecto despoblado «sin esperanza de mantenimiento». A su vuelta por Itatín, en la banda oriental del río Paraguay, donde moraban los guaraníes que iniciaron las migraciones a los Mojos y los Chunchos (1) y con quienes el infatigable caudillo concertó buena amistad, pudo en compensación obtener al fin noticias precisas, «camino cierto y seguro», según el mismo escribía, para aquel descubrimiento, que tenía firmemente resuelto, cuando llegó a la Asunción en setiembre de dicho año.

El trágico fin de Diego de Abreu y el desaliento de sus partidarios parecían entonces ofrecer al gobierno mayor vagar para esas atenciones. Pero otros motivos, que entrañaban, en parte, el principal estímulo de aquellas empresas, aparecían en esos momentos señalando distinta dirección a la empeñosa acción de la conquista.

(1) Véanse nuestros artículos sobre «Las Migraciones de los Guaraníes», publicados en LA PRENSA en Abril de 1922.

Las exploraciones y jornadas, que con im-probo trabajo y numerosos cōntratiempos se habían venido realizando durante ya un largo período, no solo resultaban constantemente infructuosas, sino que exigían dispendios relativamente crecidos, originando, sobre todo, sensibles mermas en la población guaraní, que sobrellevaba el mayor peso de las penosas campañas. La vuelta de cada expedición señalaba la desaparición de gran número de aliados. El servicio de los indios — que en la comarca asuncena habían perdido ya bastante de sus primitivas condiciones — constituía el único beneficio cierto de los vecinos. Y a esos motivos, que amenguaban notoriamente, en una parte de la población, el anhelo de aquellas empresas, vino a agregarse un nuevo peligro que con los tupíes y los portugueses aparecían hacia el oriente contra las poblaciones guaraníes. En la apropiación violenta y venta de indios en las costas del Brasil parece que no fueron ajenos, originariamente, los mismos pobladores, durante las convulsiones políticas. «Algunas personas que de esta tierra han salido sin licencia, fugitivamente, escribía Irala en una relación, nos ha llevado a la Isla de San Vicente algunos indios donde los han dejado en servidumbre y cautiverio» (1). El hecho fué adquiriendo paulatinamente mayores proporciones por iniciativa de los mismos portugueses; y ya en 1550 el nombre tupí tenía siniestra repercusión entre los indios del Paraná.

(1) «Revista del Instituto Paraguayo», número 30. Documentos.

A fin de contrarrestar esas incursiones, según decía, el Factor Dorantes representó a Ira-la en 1551 la necesidad de encomendar a los indios y fundar pueblos en sus tierras.

El gobernador, absorbido por la entrada al norte y las numerosas atenciones a que ya nos referimos, no pareció entonces dispuesto a esas tareas; pero a su vuelta de aquella expedición, desprestigiada por un nuevo fracaso, una fuerte corriente de opinión, a cuya cabeza estaba Dorantes, tendía ya firmemente sus miras hacia el oriente, donde varios conquistadores anunciaban haber encontrado muestras inequívocas de oro y plata. El primer ejemplar apareció a principios de 1553 en el cerro de Acaa'y, «doce leguas de la Asunción», donde el mismo Factor decía haber descubierto «ciertas minas de plata» (1). Y al siguiente año la aparición del metal se extendía ya a las regiones del Paraná. Las noticias de esas minas, que agigantaban las fantasías auríferas de los pobladores, y cuyo entusiasta propagandista continuaba siendo todavía el tesorero Montalvo, a fines del siglo XVI, fueron sin duda la causa inmediata y principal de la fundación de Ontiveros, atribuida hasta hoy a otros motivos, y dieron luego impulso vigoroso a la conquista y población de la provincia del Guayrá.

La influencia de Dorantes en esas fundaciones aparece con evidencia en varios documentos de la época y especialmente en la Probanza, de sus méritos y servicios publicada

(1) Probanza de los méritos y servicios del Factor Pedro Dorantes. «Correspondencia» citada.

en la Correspondencia de los Oficiales Reales del Río de la Plata.

Y en esos mismos documentos puede comprobarse la firmeza de sus opiniones, sostenidas sin apasionamientos pero con inquebrantable decisión, desde 1545. Sus miras, contrarias a las entradas al norte, adquirieron desde la expedición al Dorado, marcada acentuación. En 1558, cuando se preparaba la expedición de Nuflo de Chaves a los Xarayes, Dorantes manifestó su oposición, abogando por la población de San Francisco, que a la par del gobernador y los demás oficiales reales proponía de tiempo atrás. Su opinión era extender las poblaciones hacia el sur y hacia el oriente, entre los indios amigos. Y cuando varios años después Juan de Garay aprestaba su expedición de 1573, fué la intervención decidida del Factor Dorantes el apoyo más eficaz para la empresa que dió origen a la fundación de Santa Fe. «Se decir a V. A., escribía con este motivo el escribano Orué, que yo no he sido de tal parecer y lo mesmo los oficiales de V. A. y otros muchos, sino fué el Factor Pedro Dorantes, por ser cosa de tantos muchachos y mal pertrechados de lo que se requiere para semejante jornada» (1).

(1) «Colección Garay». Documentos XIII.

LA EXPANSIÓN ASUNCENA

Afianzamiento de la colonia durante el gobierno de Irala.—La acción de este gran gobernante.—Crecimiento y progreso de la ciudad.—El principal resorte de sus energías.—Caracteres de la nueva raza.—Su expansión.—Ontiveros, Villa Real la Nueva Asunción y Santa Cruz de la Sierra.—Proyecto de una población sobre el Pilcomayo.—Fundación de nuevas ciudades.—Repoblación de Buenos Aires.

A pesar de las enormes dificultades con que desenvolvió su existencia inicial, la Asunción siguió afirmando su situación y entró en un período de sensible progreso, a mediados del siglo XVI. Obra fué esta de las iniciativas del conquistador y de la cooperación indígena, en la que la mujer tuvo papel preponderante. La ciudad de la Asunción, ya sólidamente asentada, era producto del común esfuerzo. Pero en las condiciones de su formación, en su constitución como grupo social permanente, fuerza será reconocer la intervención superior de un hombre: Domingo Martínez de Irala.

A Irala se debió la concentración de los dispersos elementos de la conquista en el núcleo asunceno; y a él se debieron igualmente su cohesión, su permanencia y su vitalidad.

El afianzamiento de la colonia, sin perjui-

cio de los descubrimientos y las exploraciones, en medio de los enconados bandos que la dividían y de los impulsos descentralizadores que surgían en su seno, era tarea impropia, llena de complicaciones, superior de todo punto a las meras cualidades guerreras de un capitán de aquellos tiempos.

El incesante guerrear, sin fruto alguno, las ansias de inmediatas riquezas, que no llegaban nunca, y la inmensa lejanía del centro, que aparecía como un destierro sin término, avivaban las malquerencias, las rivalidades, el espíritu de subversión, provocando continuos conflictos. Y hasta las tendencias de la segregación empezaron a manifestarse con insistencia, bajo las inspiraciones o el patrocinio del oficial real Pedro Dorantes.

Pero todos esos peligros los dominó Irala con entereza indomable, valor a prueba y extraordinaria sagacidad. Su propósito no era, por cierto, la incomunicación, el aislamiento, como le acusaban sus enemigos y le atribuyen todavía, en forma atenuada, los escritores modernos. Irala no contrarió las fundaciones del Sur; las propició, por el contrario, extendiendo sus miras hasta el Mbyazá y San Francisco. (1) Pero las propició a base de nuevos contingentes procedentes de España y no de la dispersión de la colonia; no permitió nunca que esas poblaciones se tantearan con segmentaciones prematuras de la Asunción. Y ese hecho es seguramente el que más enaltece la memoria del gran vizcaíno, que llegado

(1) Carta de Irala. «Revista del Instituto Paraguayo», número 30.

a esa tierra, cuando ya se esfumaba su juventud, le dedicó con amor y constancia inquebrantables todas las energías de su fecunda madurez y de su vigorosa ancianidad.

Gracias a esos esfuerzos, que vencieron todas las dificultades y oposiciones del inquieto y levantisco enjambre colonial, la Asunción pudo asentar con firmeza los cimientos de su existencia. Y aseguradas su estabilidad y su cohesión, pudo asimismo elaborar con agluna solidez su paulatino progreso, que se manifestó, como ya dijimos, en forma apreciable durante los últimos tiempos del gobierno de Irala.

«Ocupaba antiguamente la población, dice Ruy Díaz de Guzmán, refiriéndose a esta época, más de una legua de largo y más de una milla de ancho». Este crecimiento extraordinario del perímetro urbano, realizado en menos de cuatro lustros, en un estado de guerra casi permanente, era evidente prueba de esfuerzo impropio y signo de prosperidad, cuya expresión visible estaba, sin embargo, muy lejos de ofrecer la impresión real de sus vigorosos fundamentos.

Aquella oscura colonia, enclavada en el corazón del continente, en medio de inmensas regiones incógnitas o desiertas, incomunicadas casi con la madre patria, sin más perspectivas que la ruda labor de la tierra y la guerra incesante con los indios, no podía ofrecer las lucidas apariencias de otros centros, emporios de riqueza fácil, que en continuo contacto con las anchas vías del mar, recibían constantemente las influencias del viejo mundo. En este sentido, la ciudad de la Asunción con

todo su crecimiento, no pasaba de ser una vasta ranchería. Mas, a pesar de su póbrrimo aspecto, aquel conglomerado de rústicas viviendas constituía un centro de importancia real, de actividades fecundas, de vigorosa vitalidad. Afianzada sólidamente en el orden económico, asegurada su constitución social, la Asunción contenía en su propio seno los poderosos medios de expansión que perseguía la conquista.

Pero el resorte de sus energías no había que buscarlo principalmente ni en la abundancia de sus cosechas, ni en la fecundidad de su suelo, ni en la extraordinaria procreación de su ganado, ni en los efectos sensibles de su inicial florecimiento económico. No estaba tanto en la superficie visible de las cosas como en las condiciones y caracteres íntimos de su población. Esa población formada de una noble estirpe guerrera y conquistadora, engendrada con amor y con violencia, entre los azares del campamento y las rudas faenas del campo; que conoció desde su infancia los rigores de la vida y no se doblegó jamás a la adversidad, era el elemento básico, permanente e indestructible, de aquel lejano centro de pobres apariencias, germen de una nacionalidad que surgía en medio de las selvas. Esa población constituía una nueva raza, cuyos caracteres principales se destacaron desde el primer momento. Y ella no solo dió vida a la nacionalidad paraguaya, sino que extendió también su acción en una inmensa zona del continente.

La primera colonia que marcó la expansión de las energías asuncenas fué Ontiveros, es-

tablecida en la región del Guayrá, por el capitán García Rodríguez de Vergara, y a la que siguió poco después Ciudad Real, fundada por Ruy Díaz de Melgarejo, en 1557, tres leguas al Norte del Gran Salto, en la confluencia del Pequiry con el Paraná. Simultáneamente con la fundación de esta ciudad, se activaba en la Asunción una importante expedición destinada a asentar una población en el norte, hacia el Puerto de los Reyes, conforme a las postreras disposiciones del gobernador Irala (1). La expedición compuesta de 150 españoles y gran cantidad de guaraníes partió al mando de Nuflo de Chaves, a principios de 1558, remontando el río Paraguay hasta el puerto de Santiago, en los Xarayes, comarca donde debía establecerse la nueva fundación. Pero Nuflo de Chaves, desatendiendo sus instrucciones, se largó hacia el occidente, en demanda del portentoso reino de los Candires, que voceaban las parcialidades indígenas del territorio; y después de terribles choques con los tapuymiríes, en que se salvó gracias al empuje de los guaraníes, la expedición, fraccionada por el regreso de una parte al Paraguay, llegó hasta la ribera del Guapay, donde Chaves asentó su primer pueblo con el nombre de Nueva Asunción, el 1º de agosto de 1559, y al oriente del cual fundó siete meses después, entre los Gorgotoquis, la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, como centro de la gobernación de Mo-

(1) Carta de Irala. «Revista del Instituto Paraguayo», número 30.

jos, cuya creación y tenencia había obtenido recientemente.

Entretanto que Chaves se ocupaba de su nuevo gobierno, la ciudad de la Asunción determinaba establecer otra población en el interior del Chaco, a orillas del Pilcomayo, cuya realización se fué postergando por varias circunstancias, hasta que en 1564 se produjo un gran movimiento migratorio hacia el Alto Perú, al que contribuyeron en gran parte las incitaciones del fundador de Santa Cruz y el espíritu inquieto y aventurero del obispo La Torre. Casi todas las autoridades, los principales conquistadores y clérigos, buen número de mestizos y gran cantidad de indios guaraníes, componían la extraña caravana, que atrajo Chaves hábilmente hacia sus dominios, con propósitos de separarla definitivamente de la Asunción, y cuyo resultado final fué el advenimiento de un nuevo Adelantado, don Juan Ortíz de Zárate, en el gobierno de la provincia del Paraguay, y la trágica muerte de aquel capitán en manos de los mismos indios cuyo éxodo había provocado.

Vueltos a la Asunción, en su mayor parte, los pobladores que marcharon al Perú, y constituido en su gobierno el representante de Ortíz de Zárate, las miras de la conquista comenzaron a manifestarse francamente hacia el sur, conforme a las viejas aspiraciones del Factor Dorantes. Después de una nueva entrada hacia el Tebicuary, el teniente Felipe de Cáceres emprendió una expedición río abajo hacia la desembocadura del Plata, reconociendo de vuelta el antiguo fortín de Ca-

boto, donde pensó, según dicen, establecer un pueblo. La deposición de dicha autoridad, ocurrida a su regreso, frustró ese pensamiento, si es que existió. Pero pocos meses después el nuevo teniente de gobernador Martín Suárez de Toledo daba a conocer por medio de un bando su resolución de asentar una población en la banda oriental del Río de la Plata, empresa cuya dirección fué encomendada al capitán Juan de Garay, conquistador de la región altoperuana que había asistido a la fundación de Santa Cruz de la Sierra y llegó a la Asunción en 1568.

La campaña que proyectaba esta vez la ciudad de la Asunción, aunque en apariencia más fácil que las anteriores, por las ventajas de la vía fluvial, que aminoraba las distancias, ofrecía no obstante en otro orden, dificultades muy superiores. Mientras las expediciones hacia el norte y el noroeste, si bien erizadas de peligros contaban frecuentemente en su derrotero con parcialidades indígenas amigas y agricultoras, que proporcionaban abundante alimentación, la que iba a tantear una población en el sur tenía que bregar, en medio de idénticos peligros, con tribus hostiles, en una vasta región casi desprovista de recursos inmediatos para la subsistencia. Y a esa circunstancia agregábase que mientras aquellas empresas fueron acometidas por los veteranos de la conquista, los que se alistaban entonces a las órdenes de Garay eran en gran mayoría «mancebos de la tierra», nacidos en ella, que no conocían de aquellas campañas sino la heroica participación de sus progenitores.

El número de soldados alistados alcanzaba apenas a 84, de los cuales 75 eran jóvenes mestizos. Los pobladores miraban con profunda inquietud la debilidad de los medios con que se intentaba realizar aquella empresa. «Sé decir a V. A., escribía con tal motivo un conquistador, en una carta a que ya nos referimos, que yo no he sido de tal parecer, sino fué el factor Pedro Dorantes, por ser cosa de tantos muchachos y mal pertrechados de lo que se requiere para semejante jornada». Y el mismo Dorantes, que patrocinó la expedición, expresaba en otra carta dirigida igualmente al Rey, los peligros que ella entrañaba por la inexperiencia y corta edad de los soldados. Pero cuando esos acentos llegaron a oídos del rey hallábase ya asentada la población que puso a prueba la decisión y la resistencia de los criollos: la ciudad de Santa Fe, que estableció Garay al Occidente del Paraná, aunque sus instrucciones le indicaban las actuales costas uruguayas.

La fundación de un pueblo en la banda oriental del río de la Plata era un antiguo deseo de las autoridades de Asunción, y constituía entonces una de las condiciones de la capitulación de Ortiz de Zárate. Y cuando el adelantado regresó de España, llevó a cabo dicho establecimiento asentándolo, a mediados de 1574, con el nombre de Ciudad Zaratina de San Salvador, en la margen izquierda de este río, cerca de su desembocadura en el Uruguay. Si bien esta fundación fué obra directa de Ortiz Zárate, contribuyeron a ella apreciables elementos asuncenos; estaban presentes «dos bergantines bajados de la Asun-

ción» y esta ciudad se esforzó en su conservación con reiteradas remesas de provisiones (1). Pero los pobladores de San Salvador, restos de la armada del adelantado, no demostraron el temple de los mestizos, y dicho centro se disolvió y desapareció a los tres años.

A la verdad, las miras de las autoridades se dirigían entonces más insistentemente que nunca hacia la banda occidental del Plata, provista de puertos más seguros, según los pilotos, y más fácilmente accesibles a las poblaciones del noroeste. «El puerto más principal que en ellas ha de haber es el de Buenos Aires que es la tierra firme que va al Tucumán y al Perú», decía proféticamente el tesorero Moltalvo en 1579. Ese era igualmente el pensamiento del fundador de Santa Fe, que ejercía entonces la tenencia del gobierno del Paraguay; y conforme a él, emprendió Garay, a principio de 1580, al frente de sesenta soldados de la Asunción, una nueva expedición al sur, cuyo resultado fué el restablecimiento de la ciudad de Buenos Aires, media legua del sitio donde la fundara primitivamente el primer adelantado del Río de la Plata.

Poco tiempo antes se habían erigido las ciudades de Villa Rica del Espíritu Santo, al Este, y Santiago de Xerés, al Norte; y transcurridos algunos años, se fundaban también la de Concepción, a orillas del Bermejo, y la de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, en la margen izquierda del Paraná.

(1) P. Groussac. «Mendoza y Garay».

En el último cuarto siglo XVI la expansión asuncena alcanzaba así, por el norte hasta el Guapay y hacia el sur hasta las márgenes del Plata, asentando a la vez los primeros centros coloniales en el territorio del Chaco y en las regiones orientales bañadas por el Ybay. Las fundaciones establecidas en esta inmensa zona requirieron, además de sus núcleos de población, los medios económicos para su mantenimiento, cuyas proporciones, considerables para esa época, significaron un sensible desgaste de las energías de la ciudad. Y coincidentemente, otros motivos, en parte ya señalados, concurrían a acentuar sus efectos, dificultando una tranquila y eficaz labor reparadora.

XI

LA AGRICULTURA Y LAS PRIMERAS INDUSTRIAS

Los primitivos centros rurales.—Influencia guaraní.—La producción nativa.—Importación de los frutos del viejo mundo.—Procedimientos primitivos para la elaboración de la miel. El primer trapiche.—Los primeros productos industriales: el lienzo, la miel, el azúcar y el vino.—Sensible progreso: datos reveladores.—Aislamiento de la colonia.—Miras económicas de la población.—Importancia de las nuevas fundaciones.

Al esbozar la formación inicial de la Asunción en nuestro estudio sobre los orígenes de la ciudad, hemos tenido ocasión de señalar, a la par que la forma y dirección de su incipiente crecimiento, la distribución de las pequeñas heredades que simultáneamente constituyeron las primitivas tierras cultivadas por los conquistadores.

Esos pequeños centros de explotación rural, situados en derredor del primitivo núcleo urbano, ocuparon al principio, en las cercanías del río Paraguay, los amenos valles y boscosos terrenos de Tapuá e Itacumbú; y extendiéndose después con preferencia en la primera región, determinaron el sentido de la expansión agrícola en los contornos de la ciudad.

La manera como se manejaban esas chacras, su forma de explotación, revelaron por bastante tiempo una marcada influencia de los há-

bitos indígenas, derivada fatalmente de las condiciones en que surgió la nueva población. Fruto de una alianza, para una conquista próxima, en que los españoles aportaron la superioridad de su cultura y su poder bélico, la ciudad, base y amparo de esa suprema empresa, recibió por parte de los autóctonos, a más de la cooperación masculina, el contingente de las mujeres indias, como compañeras en el hogar y a la vez agentes de producción. Era la costumbre indígena a que se sometieron con notorio provecho los conquistadores. Y mientras éstos elaboraban los toscos elementos constitutivos de la ciudad y preparaban su expansión conquistadora, fueron las indias, esposas y siervas de esos mismos guerreros, quienes velaban en los rústicos albergues, rodeados de sus sembrados, por la vida económica de la colonia. Más de setecientas mujeres, según Irala, se encontraban en esas condiciones, a poco de fundada la Asunción, para «servir en las casas y en sus rozas». Alvar Núñez refiere que, a su llegada en Marzo de 1542, cada español tenía consigo «treinta, cuarenta y cincuenta mujeres», número que el clérigo Martín González hacía ascender años después a cien indias por cada conquistador (1).

Encadenadas en un vasto semicírculo, que arrancaba de los dos parajes mencionados en las cercanías del río, entre frondosos bosques, alcores y valles poblados igualmente por numerosos «capiaes» indígenas, esas chacras o «ro-

(1) «Comentarios» de Alvar Núñez y Carta de Martín González, clérigo, el Emperador Carlos V. de 25 de Junio de 1556.

zas» formaban no sólo los pequeños graneros de la ciudad, sino animados centros de atracción de los guaraníes vecinos, que acudían con frecuencia donde moraban sus parientes mujeres, a prestar voluntariamente sus servicios, a título de cuñados (tobayá) del dueño de la propiedad.

Las relaciones que en esta forma se iniciaban entre esos pequeños centros rurales y la población indígena, con frecuentes colisiones e incidentes domésticos, no exentos de crueles abusos, de que dan cuenta los documentos de la época, se afianzaron no obstante al poco tiempo y dejaron huellas profundas en las costumbres, que se manifestaron todavía vigorosas al principio del siglo XVII. El oidor don Francisco de Alfaro expresaba en 1610, en sus ordenanzas para la provincia del Paraguay, que los indios resistían a sus reformas del servicio personal «porque dizen que ellos sirven quando quieren y como quieren... que vienen a ayudar a los españoles, no a título de tassa ni servicio, sino como parientes».

Los antecedentes y el régimen expuestos, que las encomiendas no modificaron mayormente, manifiestan a las claras el predominio que al principio tuvieron a la par de los productos guaraníes, sus procedimientos de cultivo. En esto, como en la utilización de las maderas y las fibras, los guaraníes aportaron su viejo caudal de conocimientos y experiencias, que aprovechó ampliamente la población.

Los productos principales de las chacras eran el «abatí» (maíz), «el trigo de la tierra»

como le llamaba Alvar Núñez, y «el mandiog» (mandioca), que proporcionaba la preciosa harina alimenticia, que constituyó la provisión predilecta de la conquista; el «cumandá» (porotos), casi de tantas variedades como el maíz; el «manduví» (cacahuete), «especie de ave-llana», según decían los españoles; y por fin el «yety», el «andaí» y el «curapepé». Y juntos con ellos, el «mandyyú» (algodón), amorosamente cuidado, que suministraba en abundancia esa utilísima materia prima, genuinamente guaraní, a la incipiente manufactura de la ciudad.

La introducción del hierro (cuñas), que servía a la vez como moneda, arma e instrumento agrícola, y la mejor organización de los trabajos, constituyeron en ese orden los progresos más importantes; pero los productos antes nombrados continuaron por varios años siendo los únicos abastecimientos de la Asunción.

Las comunicaciones más frecuentes con las costas del Atlántico y con España dieron motivo, desde mediados del siglo XVI, a la introducción de varios productos de procedencia extranjera, cuyo cultivo se generalizó al poco tiempo. Uno de los primeros fué la caña de azúcar, proveniente seguramente del Brasil, cuya aparición coincidió con la del ganado vacuno, en los últimos años del gobierno de Irala. Más o menos en ese mismo tiempo se introducían también el trigo, el arroz, la cebada y la vid. Según Francisco Ortiz de Vergara, abundaban ya en su época no sólo esos productos, sino «granadas, higos, naranjas, limas, cidras y todo género de agua y de verdura». Y en

1573, Martín de Orué incluía los melones entre las frutas más cultivadas en la Asunción (1).

La extraordinaria fertilidad del suelo y su abundante producción, eran objeto de mención frecuente dentro y fuera del país. «En esta ciudad y su tierra se da mucha comida — decía aquel conquistador — en tal manera que casi todo el año se provee de la heredad, por que el maíz da dos veces en el año», agregando que cerca de la Asunción hay «los mejores y mas hermosos pastos y aguadas del mundo y tierras de labor» (2). Un oidor de Charcas informaba al rey en 1566: «La tierra es muy apacible y larga y muy fértil... donde se dá trigo y hay viñas y todas frutas de Castilla y arroz en gran cantidad» (3). Y el arcediano Barco Centenera escribía en 1580: «Esta tierra en constelación, qualidad, disposición, mantenimiento... y en todo lo que se puede conseguir para el sustento de la vida humana es la mejor, a dicho de todos los que han estado en la nueva España, en el Perú y en otras partes del mundo que se ha descubierto».

La introducción de los productos agrícolas del viejo mundo impulsó el progreso de los cultivos que se extendieron al S. E. hacia Tapyperí y Capiatá. Al finalizar el siglo XVI, existían en los alrededores de la Asunción 158 alquerías y granjas, número que, siete años después, se elevó a 399, según pudo comprobar en una visita, el gobernador Hernandarias de Saavedra (4). El cultivo de las

(1) Carta del 14 de Abril de 1573. «Colección Garay».

(2) Ibid.

(3) Carta del licenciado Pedro Ramírez. «Colección Garay».

(4) Cervera, Historia de Santa Fe.

plantas importadas, especialmente el de las naranjas, las limas y las sidras, se aumentó, asimismo, con rapidez, dentro y fuera del radio urbano de la Asunción.

Los frutos originarios de la región siguieron, no obstante, por bastante tiempo constituyendo los principales renglones de la producción asuncena, y algunos de ellos, como el algodón y el caraguatá, continuaron desarrollando las primitivas manufacturas indígenas, cuyos productos — el lienzo principalmente — reemplazaron bien pronto al hierro y al acero en sus funciones monetarias. Con los impuestos obtenidos de esos renglones se satisfacían en gran parte, los sueldos de los empleados civiles y los emolumentos eclesiásticos, figurando en primera línea, el algodón, el maíz, los frisoles, la mandioca y la cera, sin contar con el ganado. El producto de los diezmos, por los dos primeros conceptos, durante el bienio de 1567 a 1568, fué de 10.800 libras de algodón y 9.000 fanegas de maíz (1).

De los frutos importados el que dió vida a la primera industria, fué la caña de azúcar, cuyo trabajo corría a cargo de las indias. La elaboración de la miel requirió al principio los procedimientos más rudimentarios, obteniéndose el mosto por la presión de las cañas por medio de alzaprimas. El primer instrumento algo más eficaz para exprimir la caña dulce, se debió, según su propia referencia, a Diego Martínez, conquistador que se hizo clérigo a mediados del siglo XVI, y que aparece asimismo, como un hábil indus-

(1) M. S. del Archivo Nacional.

trial que proveyó a la colonia de los primeros anzuelos, agujas, tijeras, cuchillos, dagas y fuelles de fabricación asuncena (1). En la misma época se producía también azúcar en abundancia para el consumo interno, de la que, en 1556, se envió una pequeña partida, como muestra, a los oficiales de Sevilla. «El azúcar se hace sin haber maestro ni ingenio, ni trapiche», decía, con tal motivo, el fundador de la Asunción, Juan de Salazar. La falta de maquinarias y personas competentes para la industria dificultó bastante su desarrollo hasta la llegada de Juan de Garay, quien trajo consigo del Perú «el primer maestro de hacer azúcar», dando ocasión a un sensible progreso en la producción de miel, azúcar y dulce, que comenzaron a ser objeto de exportación.

La introducción de la vid, y su cultivo, que se inició con éxito, dieron asimismo nacimiento a otra de las industrias más antiguas de la provincia. El vino que se producía en los primeros tiempos fué, según parece de excelente calidad. «Dáse todo viduño y se coje mucho y buen vino» dice López de Velasco en su «Geografía y Descripción Universal de las Indias». de 1571. Y Martín de Orué escribía al rey en 1573 que la cosecha alcanzaba ese año a más de 6.000 arrobas, agregando que el «vino es bueno y cada día va en alzaamiento» (2). En 1602 existían en el espacio de seis leguas alrededor de la Asunción, 127 viñedos con 1.778.000 cepas.

(1) Cartas históricas. Apéndice de la obra de Schmidel.

(2) Carta citada de Martín Orué. «Colección Garay».

Desde mediados del siglo XVI, el incipiente progreso agrícola e industrial de la ciudad fué adquiriendo así sensible afianzamiento. Y en tal sentido, la expansión efectiva de la conquista, que se iniciaba entonces, con la fundación de nuevas ciudades, especialmente hacia el Atlántico, si bien mermó bastante sus energías, abría en cambio amplios horizontes a su desarrollo económico. La producción de la ciudad había llegado ya en esa época rebasar los límites de las necesidades locales. A la par de los frutos originarios, los de extranjera procedencia, firmemente adaptados, daban resultados espléndidos y abundante cosecha. Las vides, multiplicándose dentro y fuera del radio urbano, producían ya vino de buena calidad; no escaseaba la harina y abundaban la miel y el azúcar, juntamente con los ricos frutos importados de España. Y agregando a ellos los productos de la ganadería, de la caza y de las pequeñas industrias, sobre todo de dulces, resultaba el mercado asunceno extremadamente estrecho como único centro de consumo.

La vista certera de los viejos capitanes había percibido ese hecho con claridad, y ya en 1556 el fundador de la Asunción manifestaba al rey que «por falta de puerto donde se poder aprovechar», tenía que limitarse la producción asuncena. El establecimiento de nuevos núcleos de población constituía, pues, desde ese punto de vista un hecho de indiscutible trascendencia, anhelado de tiempo atrás. Tales miras constan en los documentos de aquel tiempo, y parecían que iban a realizarse apenas asentadas las nuevas pobla-

ciones del sur, donde afluyeron enseguida los productos asuncenos y estuvieron, al menos en cierta época, protegidos de la competencia brasileña (1).

El vino procedente del Paraguay tenía en Buenos Aires, todavía en 1620, un precio superior al que se introducía de Chile y de Córdoba (2). Y ese mismo producto, así como otros no menos apreciados, se exportaba a las poblaciones del interior. Santa Fe era el punto intermedio del comercio asunceno con las ciudades del occidente; «es puerto de muchas mercaderías, escribía el tesorero Montalvo, que vienen de la Gobernación de Tucumán para subir de ally a la ciudad de la Asunción y de ally bajan otros muchos a Santa Fe de azúcares y confituras y diacitriones y diversidad de conservas y vinos y otras cosas para los llevan a la gobernación del Tucumán y al Perú» (3). A los pocos días de fundada Buenos Aires, despachábanse también para España en una carabela una buena partida de productos análogos, procedentes de la Asunción.

Roto así el persistente aislamiento de la metrópoli colonial, gracias a sus enérgicos esfuerzos, diseñábanse las mejores perspectivas para sus industrias en formación y su naciente comercio. Pero, por desgracia, no

(1) «Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires». Tomo III, página 230.

(2) «Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires». Tomo IV, El vino del Paraguay valía 12 pesos la arroba y el de Córdoba y Chile 10 pesos.

(3) Carta de 12 Octubre de 1586. «Correspondencia de los Oficiales Reales».

tardaron en surgir los factores adversos, que no sólo interrumpieron esas corrientes iniciales, sino que llegaron a cegar su propia fuente. Y un largo período de estagnación y decadencia comenzó para la provincia desde el primer cuarto del siglo XVII.

XII

ORÍGENES DE LA GANADERÍA

El primer ganado asunceno y su importancia en las expediciones.—Introducción del caballo.—La primera mula procedente del Perú.—El ganado pecuario: su origen y rápido desarrollo.—Los campos de uso común.—Primeros centros: Tapuá y el Chaco.—Importancia, progreso y resistencia del ganado caballar.—Intervención de las autoridades en su cuidado y procreo.—Las «manadas consejiles».—Situación de las principales desde Ñu-Guazú hasta Paraguarí.—Dispersión del ganado asunceno.—Origen de la riqueza pecuaria de las ciudades meridionales.

En los breves apuntes sobre la agricultura y las primeras industrias asuncenas, hemos indicado los variados productos que desde la fundación de la Asunción aparecieron en las chacaras de los pobladores, formando el primitivo acervo agrícola de la ciudad. Esos productos provenientes exclusivamente de la misma región, sembrados y utilizados conforme a las prácticas indígenas, constituyeron por varios años el principal abastecimiento de la colonia. Indagando su vida económica inicial, la producción agrícola tuvo así una influencia preponderante en los primeros tiempos. Pero no fué la única. En tal sentido debe también mencionarse la parte que le correspondió al ganado que, aunque en pequeña escala y re-

ducido a una de las especies menores, contribuyó desde el principio al mantenimiento de la ciudad y a las provisiones de la conquista, y aumentando poco después, figuró como eficaz elemento de las campañas expedicionarias, constituyendo finalmente una de las bases más importantes de la riqueza provincial.

Puede decirse así que la agricultura y la ganadería, aunque en distintas proporciones, tuvieron simultáneo origen en la metrópoli colonial. Pero mientras la primera se formó a base de los productos indígenas, que constituyen todavía en gran parte el sólido alimento del pueblo paraguayo, la existencia ganadera se debió a los ejemplares provenientes de Europa y su aparición en la provincia data de la primera fundación de Buenos Aires.

El primer ganado existente en el Río de la Plata fué el caballar, que como es sabido, vino con la expedición de don Pedro de Mendoza. A pesar de las hondas investigaciones hechas acerca de esta época, no se ha podido establecer, en forma definitiva, el número de animales que arribaron entonces a las playas rioplatenses. Schmidell dice que en esa expedición vinieron «72 caballos y yeguas», cifra cuya exactitud no ha sido comprobada y en la que parece no incluirse los caballos de guerra pertenecientes a varios capitanes e hidalgos (1). Pero de cualquier modo, el ganado que trajo el Adelantado, lejos de prosperar, disminuyó bastante en medio de las calamidades que azotaban a los conquistadores.

(1) El maestre de campo Juan de Osorio trajo dos caballos Véase «Mendoza y Garay», por Paúl Groussac.

Y cuando se efectuó la despoblación de Buenos Aires, en 1541, los caballos y yeguas existentes, en número de 44, según el cálculo más probable (1) fueron abandonados por sus dueños en los campos circunvecinos. Dicho ganado pertenecía, según un testigo que pudo apreciar, medio siglo después, su extraordinaria multiplicación, «a la casta de Córdoba y Xeres de la Frontera». (2).

Aunque no falta historiador que atribuye a esa misma época la introducción de las primeras vacas al Río de la Plata, parece hoy fuera de duda la ausencia absoluta del ganado vacuno durante la primera ocupación de Buenos Aires. Las eruditas investigaciones que han comprobado este hecho, agregan que en la expedición de Mendoza tampoco vino ningún ganado menor; y en ese caso la aparición del porcino antes del abandono de la ciudad, debió tener otra procedencia. La existencia de este ganado en el Río de la Plata está comprobada por la carta de Irala de 1541. Y de allí, sin duda, procedió el primer plantel de dichos animales en la ciudad de la Asunción.

El primer ganado que hubo en el Paraguay fué así el porcino, pues los caballos y yeguas que vinieron en la expedición de Mendoza, fueron, como ya dijimos, abandonados por los conquistadores en las pampas de Buenos Aires.

El chancho representó como alimento un papel importante en las exploraciones, siendo

(1) Paúl Groussac, ob. cit.

(2) Carta citada de Hernando de Montalvo de 1585.

su propagación fomentada por las autoridades, no sólo en los pueblos sino en los lugares de posible tránsito. Cuando se despobló Buenos Aires, Irala dejó un casal de puercos en la isla de San Gabriel, con la recomendación escrita a los que llegasen «que no los maten, y si hubieren muchos tomen lo que ha menester y dejen siempre para casta».

El pequeño ganado fué abundante en la Asunción, donde el conquistador lo tenía a mano, dentro del corral de su casa, con sobrados recursos para su mantenimiento y procreación.

Pero no es cierto, como algunos creen, que ningún otro ganado existiera en la Asunción hasta la introducción del vacuno, pues en 1542 llegó a la capital paraguaya con la expedición de Alvar Núñez Cabeza de Vaca una pequeña partida de potrillos y yeguas, que fué el origen de la riqueza caballar de esta parte de la provincia.

Las autoridades intervinieron desde el principio en la procreación del ganado, señalando los animales que debían servir de padres, cuyos dueños cobraban por cada potrillo o potrancia que nacía de las yeguas la cuarta parte de su precio. Los mejores padrillos y yeguas pertenecían al Adelantado.

No hay noticias de que entonces hubiera asnos en el país. En 1552 existía en la Asunción una mula procedente del Perú, que pertenecía al gobernador Irala, y adquirió después cierta notoriedad, como ejemplar único, y cabalgadura predilecta del impetuoso obis-

po la Torre (1). En esta época hicieron también su aparición las primeras ovejas y cabras, conducidas desde Charcas por el Capitán Nulfo de Chaves.

El ganado que más tardíamente se introdujo en la Asunción fué el vacuno. Ateniéndonos a la relación de Ruy Díaz de Guzmán, la primera partida — siete vacas y un toro — fué traída del Brasil por «dos hidalgos portugueses», Scipión y Vicente Goes, que por ese tiempo se trasladaron al Paraguay en compañía de Juan de Salazar y Ruy Díaz de Melgarejo. No sabemos si ese fué el único ganado importado entonces al país; sólo se tiene constancia de que en el decenio siguiente las vacas no eran muy escasas entre los vecinos de la ciudad.

Pero la abundancia relativa del ganado pecuario correspondió a años posteriores y fué debida a la introducción del que poseía Juan Ortiz de Zárate en el Alto Perú. Es sabido que una de las condiciones en que dicho señor obtuvo el gobierno del Paraguay, fué la de «meter en la dicha Gobernación por la Provincia de los Charcas, donde tiene su casa y vecindad quatro mil cabezas de vacas, quatro mil ovejas, caballos, yeguas y cabras». El nuevo Gobernador, que se dirigió a España con el fin de confirmar su nombramiento, encargó a su teniente, Felipe de Cáceres, la traslación del ganado, que se efectuó en 1568, por la vía de Santa Cruz de la Sierra y el Alto Paraguay. Junto con el

(1) Cartas, memorias y relaciones acerca del gobierno del Capitán Domingo de Irala. «Colección Garay».

ganado de Ortiz de Zárate venían también los de algunos conquistadores que regresaban a sus hogares; pero no se conoce el número total de animales que alcanzó a llegar a la Asunción. En el viaje, lleno de incidentes que culminaron en la matanza de Itatín, con la muerte del infatigable Chaves, se perdió gran cantidad de vacas. Antes de llegar a Santa Cruz ya habían desaparecido 600; muchas otras se perdieron en el pasaje del río Paraguay; y los expedicionarios mismos corrieron grandes peligros, en que descollaron el valor y la entereza del mestizo asunceno Juan de Salazar, hijo del fundador de la capital paraguaya (1).

A pesar de todos esos contratiempos, el re-fuerzo ganadero procedente de Charcas debió haber sido importante, pues en 1573 la abundancia del ganado había ya hecho necesaria la designación de campos de uso común — ejidos, — para el pastoreo de los animales. Uno de los campos elejidos con tal objeto estaba en las cercanías de Tapuá, y otro en el Chaco, frente a la Asunción. Al finalizar el siglo XVI, existían varias haciendas particulares para la cría de animales, que adoptaron desde entonces la denominación de estancias. Pero el «stock» ganadero de la Asunción había sufrido ya sensibles mermas con el abastecimiento de las ciudades que fundó en la parte meridional.

El ganado que resistió más a la dispersión producida con este motivo fué el caballar,

por ser el más antiguo y el más abundante. El caballo, utilizado desde el principio en las exploraciones, comenzó a ser extraño en número relativamente considerable desde mediados del siglo XVI. Cuando el gobernador Francisco Ortiz de Vergara emprendió su desdichado viaje al Perú en 1564, llevó consigo más de 800 caballos, habiendo podido, según decía el mismo, «sacar dos mil sin en la tierra hacer falta». La cantidad empleada posteriormente en las poblaciones mencionadas, comprueba esa afirmación; pues sin contar los que exigieron la fundación de Santa Fe y Buenos Aires, salieron de la Asunción con objetos análogos, desde 1582 hasta 1588, alrededor de cuatro mil caballos.

A la prosperidad de este ganado contribuyó indudablemente el cuidado de que fué objeto, desde que se introdujo en el país. Las autoridades intervinieron, según ya se dijo, para asegurar su buena procreación inicial.

Posteriormente el Cabildo de la Asunción designó varios campos especialmente destinados al ganado caballar, formando lo que se llamaba «manadas consejos». Todos los vecinos estaban obligados a concentrar en ellos sus yeguas y potrillos. Cada manada estaba a cargo de una o más personas, que obtenían su empleo en remate público, haciendo valer las condiciones menos onerosas al vecindario y más ventajosas al ganado, y estaban obligados a cuidar los animales, amansar los potros y hacer un rodeo los martes de cada semana, encerrándolos en el corral, a fin de que cada vecino pudiera re-

coger los que necesitaba para su servicio (1).

A fines del siglo XVI, las manadas conserjiles más cercanas estaban en Campo Grande, Lambaré y Tupuypery, y las más distantes en Guarnipitán y Paraguari

La expansión ganadera hacia el sur de la provincia se inició en 1573 con la fundación de la ciudad de Santa Fe. Los primeros caballos, en número de 55, según el factor Pedro Dorantes, fueron llevados de la Asunción por los pobladores de la nueva ciudad, correspondiendo a su fundador, Juan de Garay la introducción del ganado vacuno, igualmente de procedencia asuncena. A los pocos años, nuevas partidas de ganado volvían a salir de la Asunción, para la repoblación de Buenos Aires y la fundación de Concepción y San Juan de Vera de las Siete Corrientes. Para la población de esta última ciudad, Alonso de Vera llevó consigo 190 hombres, 1.500 vacas e igual cantidad de caballos.

La prosperidad del ganado vacuno se manifestó al poco tiempo en las nuevas ciudades. Al ganado procedente de la Asunción, los pobladores de Santa Fe agregaron los que introdujeron de Córdoba; y en los comienzos del siglo XVII la ciudad exportaba vacas al Perú y Tucumán. «Tiene buenas tierras y mucha cantidad de ganado vacuno cimarrón», decía igualmente de Corrientes, en 1622, el gobernador Góngora.

El centro más importante del ganado caballar estaba destinado a ser la ciudad de

(1) M. S. del Archivo Nacional.

Buenos Aires, cuyas feraces campiñas contenían numerosas manadas de padrillos y yeguas, provenientes de los que dejaron allí los primeros conquistadores. Los vecinos de la Asunción estaban bien impuestos de esa riqueza, que vagaba libremente en los campos rioplatenses, pues, según una información hecha en 1590, Garay hizo pregonar antes de su partida para dicha fundación que hacía merced a los pobladores y sus descendientes, «en nombre de Su Majestad, del ganado silvestre yeguno que quedó en tiempo de don Pedro de Mendoza». A 80.000 ascendía su número en 1585, según el tesorero Hernando de Moltalvo. Y el Cabildo de Buenos Aires, por acuerdo de 16 de octubre de 1589, reconoció como propietarios de dicho ganado a los «hijos de los dichos conquistadores que vinieron a su costa y misión sin ayuda de nadie con sus armas, caballos y ganados a poblar de nuevo dicha ciudad» (1).

El ganado caballar procedente de la Asunción, continuó, no obstante, durante el siglo XVI, proveyendo, en cantidades relativamente crecidas, a las nuevas poblaciones. En 1582 Garay volvió a sacar de aquella ciudad para su expedición al Sur, más de 1.000 caballos, de los cuales cedió 300 a Don Alonso de Sotamayor, gobernador de Chile (2). En 1585, la Asunción contribuyó con 1.000 caballos a la fundación de Concepción del Bermejo, y

(1) «Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires». Tomo I.

(2) P. Groussac, obra citada.

poco después otra partida de 1.500 caballos era destinada para la población de Corrientes (1). Y todavía, en los comienzos del siglo XVII, a pesar de la decadencia ya sensible del Paraguay, la relativa abundancia del ganado caballar permitía su exportación en cambio de otros productos (2).

(1) «Correspondencia de los Oficiales Reales» y Trelles, «Revista Patriótica del Pasado Argentino», tomo III.

(2) M. S. del Archivo Nacional.

XIII

PRIMEROS EFECTOS DE LA EXPANSIÓN ASUNCENA

Antiguas aspiraciones de la población.—Actitud persistente del Factor Dorantes.—Necesidad de la expansión colonial.—Su importancia económica para la metrópoli de la Provincia. Corrientes iniciales del comercio asunceno: halagüeñas perspectivas.—Aparición de los factores adversos.—Caracteres de las relaciones intercoloniales.—Los egoísmos localistas.—Constantes choques de intereses.—Restricción y clausura del comercio de exportación.—Otras causas y agentes de la paulatina decadencia de la ciudad.

Una de las miras más antiguas y persistentes que se manifestó en el centro asunceno, señalando las divergencias iniciales de la conquista, fué el restablecimiento de una población en la costa del Plata, abandonada desde 1541.

Correspondió a Alvar Núñez la iniciativa del pensamiento y la primera tentativa de su ejecución, disponiendo, a poco de su llegada, la refundación del primitivo asiento de Mendoza, que no pudo sin embargo realizarse, a pesar de contar con abundantes medios. Pero el fracaso de la empresa, que abonaba poco su oportunidad, no logró influir contra la firmeza de dicho propósito, que reapareció

con intensidad todavía mayor después de la deposición del Adelantado. Y cúpole ser su más destacado sostenedor el oficial real Pedro Dorantes, que desde 1545 procuró con decisión la prioridad de las fundaciones del sur, pretendiendo anteponerlas al objetivo mismo de la conquista, que flotaba con fascinante prestigio en las ignotas lejanías del noroeste (1).

El retorno hacia el Atlántico de una parte de la colonia aparecía entonces como el único medio de ampararla con eficacia, facilitando sus comunicaciones con la metrópoli, y se atrajo desde luego a los adversarios de la situación creada por las recientes luchas políticas. De innegable fundamento, esa aspiración implicaba, no obstante, una tendencia de disgregación prematura y peligrosa, contra la que se opusieron los viejos pobladores, bajo la influencia o la acción directa de Irala, concitando contra el gobierno enconadas acusaciones por aquel enclaustramiento inicial. Pero los hechos justificaron sus previsiones. Estos períodos de aislamiento tienen su utilidad, como señala Bagehot, al indagar el origen de las naciones. En este caso, ella fue evidente, permitiendo la labor básica, constructiva de la colonia. Y cuando el viejo captián descendió a la tumba, el núcleo colonial, sólidamente asentado, pudo sin resentirse soportar esos impulsos de expansión, que inició con fines netamente separatistas el espíritu inquieto, romancesco y heroico

(1) Ver capítulo «Tendencias iniciales de la conquista».

de Nuflo de Chaves, en sus raudas peregrinaciones tras el fantástico reino de Paitití.

A la verdad, ese movimiento que tomaba el rumbo de los primeros descubrimientos estaba ya preparado en tiempo de Irala, que se proponía la población de la región norte, a la vez que la extendía por el oriente a las márgenes del Paraná y empezaba a dirigir, con iguales fines, sus miradas hacia el estuario del Plata (1) Tales propósitos, en que le sorprendió la muerte, revelaban la influencia de aquel antiguo anhelo que renacía entonces estimulado por el mismo afianzamiento del centro colonial. La incomunicación y el aislamiento ofrecían entonces caracteres más graves que el desamparo primitivo: la agricultura y las nacientes industrias rebasaban con creces las necesidades del consumo local, y al mismo tiempo el grupo étnico primitivo, ampliando sensiblemente, en medio de cruentas luchas con escasos ejemplos de moral doméstica, ofrecía año tras año contingentes cada vez más peligrosos a la levantisca e intemperante población nativa.

La expansión colonial planteábase así como una necesidad económica y social, impuesta a la vez por las limitaciones del consumo interno, y la congestión disturbadora de los mestizos (2). Y dentro de esas tendencias, el acercamiento al mar fué sin duda lo que con más amplias miras, y mayor conformidad con las disposiciones reales, representó asimismo

(1) Capítulo citado, y Carta de Irala. «Revista del Instituto Paraguayo».

(2) Carta de Dorantes. «Colección Garay».

el anhelo más persistente de la colonia. Postergado por los motivos expuestos, reapareció auspiciado por las más altas autoridades. En 1556, vivo aún el organizador de la colonia, los oficiales reales renovaban ante el rey las antiguas vistas de Dorantes, expresando a la vez a influencia depresiva de la falta de puerto en las excelentes producciones de la tierra (1). Y ese mismo pensamiento, sostenido invariablemente, alentó después su ejecución, allanando todas las dificultades, cuando, en medio de la inquietud de los viejos conquistadores, aprestaba Garay su arriesgada expedición al Paraná (2).

La fundación de las ciudades del sur, principalmente la de la más próxima al Atlántico, constituía así el cumplimiento de una antigua aspiración, y sus primeros efectos parecieron, en verdad, justificarla, señalando con las mejores perspectivas las corrientes iniciales del comercio asunceno. A los pocos años de fundada Santa Fe, llegaban a la Asunción navíos de registro con las mercaderías más necesarias, como ropas y herramientas. Y en seguida de la refundación de Buenos Aires, partía de dicho puerto con rumbo a España una carabela conduciendo productos asuncenos. La situación intermedia de Santa Fe facilitaba asimismo la comunicación con otras ciudades, estimulando el intercambio de sus frutos: en 1586 el oficial real Hernando de Montalvo indicaba dicho puerto como el punto de afluencia de los

(1) Carta de los Oficiales Reales. «Colección Garay».

(2) Carta de Dorantes. «Colección Garay».

navíos de la Asunción y las carretas de Tucumán, que tornaaban al interior con miel, azúcar, conservas y vinos del Paraguay. Por esas vías los frutos asuncenos empezaban a introducirse en el Perú, en tanto que en el mercado de Buenos Aires obtenían ventajosa colocación, protegidos por las autoridades de sus similares brasileños(1) Y las maderas del Paraguay, conocidas de antiguo en sus variadas aplicaciones, llegaban también a Santa Fe y Buenos Aires, donde se utilizaban principalmente en la construcción de obras públicas.

El incipiente comercio, que empezaba a animar la estagnación económica del primitivo centro iniciaba así una doble corriente, que se extendía por un lado hacia los pueblos del Pacífico y llegaba por otro hasta la madre patria, comunicándose también con las costas del Brasil. Pero esa situación no pudo sostenerse; se desvaneció en seguida ante la oposición de las demás ciudades, y la oposición todavía más poderosa de otros intereses, que se sintieron amenazados, no tanto por el reducido intercambio asunceno, como por el posible incremento del puerto de Buenos Aires.

Ese movimiento inicial, que halagó cándidamente la esperanza lugareña tenía en realidad su destino ya marcado dentro del criterio económico de la época. El comercio intercolonial, defendido por cada localidad con un proteccionismo agresivo, nacía lleno

(1) Ver el capítulo «Agricultura y primeras industrias asuncenas».

de embarazos, adquiriendo en breve los caracteres de una hostilidad general. La importación o la exportación estaban sujetas a las necesidades del momento, y el interés de los pobladores, muy lejos de vincularlas, dificultaba con frecuencia su mutua comunicación. La prohibición de las harinas de Córdoba en el mercado bonaerense originó igualmente la de los medios de transporte, obligados a seguir necesariamente la vía de Santa Fe (1), de donde las mercaderías sólo podían llegar por agua a Buenos Aires, originándose de este modo las primeras medidas del Puerto Preciso, que tan opresivamente gravitó después sobre el comercio del Paraguay. La producción asuncena no tardó en sentirse afectada por esta despiadada lucha. Y ya en 1598 los vecinos de otra gobernación reclamaban el acceso de sus productos a la plaza de Buenos Aires, con postergación de los procedentes de la Asunción (2).

En medio de los egoísmos locales, que se manifestaban sin cesar, el nuevo puerto del Plata apareció desde un principio como el centro de atracción de aquellos encontrados intereses. Las aspiraciones económicas de los núcleos nacientes convergían a él con idénticas miras, que llegaron a pretender hasta incluirlo en otra gobernación. En 1587, el Cabildo de Santiago del Estero solicitaba del rey que el puerto de Buenos Aires quedara

(1) «Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España», publicada por R. Levillier. Tomo II.

(2) Manuel M. Cervera. «Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe», tomo II.

sujeto al gobierno de Tucumán, invocando la cercanía de Córdoba y la larga distancia de la Asunción (1). El comercio marítimo, que alentaban un tanto las permisiones de intercambio con el Brasil y Guinea, estimuló poderosamente aquellos intereses. Los vecinos de la Asunción y de Santa Fe se estacionaban en el mismo puerto, para defender personalmente la situación de sus productos. Y a la par de las ciudades del litoral, los pueblos mediterráneos, de otra jurisdicción, procuraban con ansiedad la participación en aquel tráfico, que se imponía, a pesar de las prohibiciones, animando sus nacientes rivalidades.

Este oscuro drama de pobres actores, desarrollado en un modesto villorrio de sesenta vecinos (2), no parecía dar motivos a las preocupaciones de la Corte; pero no pasó inadvertido a los comerciantes del Perú. Los excesos ilegales del permitido intercambio llegaron hasta Lima, donde se vió con alarma que aquellas mercaderías competían ventajosamente con las internaciones procedentes de España. El peligro apareció claro ante aquellos ojos expertos y vigilantes. La oposición que suscitaba se acentuó. Y antes de finalizar el siglo XVI, una real cédula prohibió la continuación de aquel comercio, sujetándolo a las contrataciones de Sevilla (3).

La clausura de este puerto, en que empe-

(1) «Correspondencia de los Cabildos de Tucumán en el siglo XVI», publicada por R. Levillier.

(2) Tal era el número de los vecinos, según una información de la época. «Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires». Tomo I.

(3) Ibid.

zaba a destacarse la poderosa influencia que combatió su desarrollo, repercutió hondamente en las poblaciones interesadas, sobre todo en la que de antiguo tenía puestas en él sus miras e invocaba a su favor sus perseverantes esfuerzos. En virtud de su reciente fundación y sus condiciones primitivas, la población de Buenos Aires fué sin duda de las que más sufrieron. Su producción todavía limitada no podía competir con la de las demás ciudades, ni proporcionar por el cambio los artículos más necesarios. Una información de ese tiempo reducía casi toda la existencia de la ciudad «a trigo, maíz y vaca». Y los artículos que podrían obtenerse llegaban a precios exorbitantes, valiendo algunos, que se reputaban carísimos en Tucumán, ocho veces más dentro del puerto clausurado (1).

Los efectos de la prohibición no afectaron en seguida, de modo tan oneroso, a la población asuncena. Formada en el aislamiento y el desamparo, no le tomaba de sorpresa aquel cambio, que restablecía en cierto modo su antigua situación. Pero si el daño material no fué por ese lado tan sensible, el quebranto de sus antiguas energías, sin compensación ni tregua, suscitaba motivos iguales de inquietud.

Hemos señalado ya los esfuerzos desplegados en la fundación y sostenimiento de nuevas ciudades. La dispersión de elementos ocasionada entonces se agravó aún más con las empresas de descubrimientos y conquis-

(1) «Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires».

tas ideadas a favor de las mismas. A poco de establecida Buenos Aires, Garay se dispuso a efectuar su expedición a las Pampas, y subió con ese objeto a la Asunción, trayendo gente, provisiones y más de 1000 caballos, de los cuales alrededor de trecientos fueron utilizados por Sotomayor en su viaje a Chile (1). Y no había transcurrido un año de la fundación de Concepción de Bermejo, cuando el teniente de gobernador Juan Torres de Navarrete hacía pregonar en la Asunción la expedición a Elelín o los Césares y el comienzo de otras fundaciones en Mbiazá y San Francisco. Simultáneamente, los vecinos de la Asunción, y su bulliciosa población mestiza, estimulados por otros incentivos, se desparrramaron por los nuevos centros, abandonando a veces para siempre sus hogares y sus haciendas. La despoblación de la ciudad adquirió proporciones alarmantes: sus habitantes, que al comenzar la conquista incluían cerca de 600 españoles, no contaban con 200 a fines del siglo XVI (2).

Este continuo éxodo de los varones, que llegó a provocar la intervención algo tardía del gobierno, con agravar los males que se creyó podría atenuar, refluyó igualmente contra el interés económico, tan vanamente perseguido, del viejo centro. «Por haberse sacado mucha gente de ella, escribían sus autoridades en 1594, no ha ido en aumento la grandeza que esperaba». Sus esperanzas

(1) Paúl Groussac. Obra citada.

(2) M. S. Archivo Nacional y Correspondencia de los Oficiales Reales.

se desvanecían por todos lados. Y el fracaso sucesivo de sus antiguas miras acrecentaba en su concepto, con la intensidad del desengaño, la magnitud del esfuerzo que aquellos propósitos requirieron.

A la par de esos hechos, que agotaban la población y los recursos de la ciudad, manifestóse muy luego la acción desordenada, imprevista y hasta destructora de las autoridades que ejercían su gobierno. Esas autoridades, que desde la llegada de Ortiz de Zárate fueron completamente ajenas al ambiente asunceno, constituyeron en su mayoría los agentes más eficaces de la decadencia de la Asunción, originando o permitiendo la succión desmedida y permanente de sus energías. Es posible que en las acusaciones que provocaron tuviera alguna parte la pasión. Pero parece bien fundado que con fines personales invadieron despóticamente las atribuciones del Cabildo, y acabaron por establecer, en provecho propio, el monopolio de los transportes fluviales, arruinando el comercio asunceno.

«Antes que del Perú vinieran tenientes pobres, escribían con ese motivo los oficiales reales, parecía que en alguna manera tenían a Dios y a vuestra majestad... más agora solamente en las lenguas lo publican y en las obras hacen todo lo susodicho» (1). La obstrucción comercial aparecía así no sólo en el Plata sino en el mismo puerto de la Asunción. Y juntamente con esos hechos presentábase, con motivo de las nuevas funda-

(1) Carta de los Oficiales Reales de la Asunción, de Marzo 2 de 1586. «Correspondencia de los Oficiales Reales».

ciones, una cuestión todavía más importante, que afectaba los intereses permanentes de la ciudad.

Esa cuestión implicaba su extensión jurisdiccional, y de ella nos ocuparemos en otro capítulo.

XIV

LOS LÍMITES DE LA ASUNCIÓN

La obstrucción comercial.—Retorno al aislamiento primitivo.—Importancia de sus antiguos medios económicos.—Las encomiendas y las vaquerías.—Situación creada por las ciudades limítrofes.—La imprecisión de sus términos afectaba especialmente a la Asunción.—Presentación del Procurador General de la Ciudad.—Auto del gobernador Hernandarias, que fijó en forma precisa los límites de la Asunción.

El esfuerzo que requirió la fundación de nuevas ciudades y la situación de los puertos del sur, habían variado sensiblemente las condiciones del centro colonial.

Vinculada de antiguo a los anhelos de la población, esa campaña, vigorosamente estimulada por sus aspiraciones económicas, apenas pudo diseñar un efímero período de alentadoras perspectivas. Las segmentaciones del centro primitivo, núcleos a la vez de nuevos centros, de intereses propios y a veces antagónicos, lejos de favorecer aquellas aspiraciones, las embarazaron bien pronto en una lucha de tendencias locales, que se avivó al amparo del régimen existente. Los primeros efectos de ese movimiento de expansión, resumidos en nuestro último capítulo, coincidían, al finalizar el siglo XVI, con la prohi-

bición del tráfico, que, por intermedio del puerto de Buenos Aires, iniciaban entonces las poblaciones de la provincia. Y esta clausura, que afectó hondamente a todas, tuvo para la más antigua y la menos favorecida por su posición geográfica un alcance mayor que sus inmediatas consecuencias económicas.

La obstrucción comercial, motivada en ocasiones por aquella lucha, originada en otras por sus mismas autoridades, hería esta vez el principal objetivo de sus antiguas miras. Al cabo de un cuarto de siglo de constantes afanes, en que se destacaron ya los factores predominantes de su desarrollo ulterior, la Asunción retornaba en cierto modo a su aislamiento primitivo. En esta situación, la ciudad retornó igualmente su preferente atención a sus propios intereses, que en las condiciones creadas por la erección de nuevas ciudades, suscitaba a veces cuestiones relacionadas con su extensión jurisdiccional. Su primera y más importante consecuencia fué la fijación precisa de esos términos, dentro de los cuales emprendió después la provincia su larga y cruenta campaña de constitución interna y de afianzamiento territorial. Y no será inconducente para la mejor apreciación de ese hecho trascendental, la exposición resumida de sus primeros antecedentes.

Desde que el ganado comenzó a generalizarse en la Asunción, los vecinos habían tendido al aprovechamiento de los hermosos campos extendidos en la banda occidental del río. El primer ganado que pastó en esa región fué seguramente el caballo, introducido en

1542 (1), al cual siguió el vacuno, acrecentado poco después considerablemente con el ganado de Ortíz de Zárate, que trajo, a su regreso de Charcas, el teniente de gobernador Felipe de Cáceres. En 1563 Martín de Orué expresaba al rey la bondad de aquellos campos «para vacas y caballos que hay para el servicio del pueblo». (2). Y en esa misma época el Cabildo de la Asunción señalaba en dichas tierras, a solicitud de los vecinos, los sitios concedidos para sus establecimientos ganaderos (3).

El extraordinario procreo del ganado vacuno, comprobado por sus exiguos precios, aún después de su dispersión por las nuevas fundaciones, diseminó el ganado cimarrón en una vasta zona circundante, con la mayor despreocupación de los pobladores, que apenas podían obtener entonces por el valor de una becerra dos varas de lienzo del país (4). Pero la situación cambió cuando las primeras corrientes comerciales asignaron alguna importancia al rendimiento de aquel ganado. Y precisamente en esa época los vecinos de los pueblos meridionales inmediatos a la Asunción comenzaban a acudir a esas mismas tierras, con iguales propósitos, al amparo de la imprecisión de los términos de sus respectivas ciudades.

(1) Véase el capítulo «Orígenes de la ganadería».

(2) «Colección Garay».

(3) Aludiendo seguramente al uso de esas tierras, Ruy Díaz las designa en su mapa «el campo Redondo».

(4) M. S. del Archivo Nacional y «Correspondencia de los Oficiales Reales».

A esa concurrencia, de importancia aún accidental, dentro de las limitadas extracciones suspendidas en sus comienzos, agregábase otra que, favorecida por esas mismas circunstancias, originaba enojosos pleitos y afectaba un interés capital de la colonia: la utilización del trabajo indígena.

La disminución de la población guaraní en la comarca asuncena, sensible ya a mediados del siglo XVI, se había acentuado después de las nuevas fundaciones, con el acrecentamiento del tráfico fluvial, su explotación desordenada por parte de las autoridades y el éxodo de los encomenderos, que llevaban tras sí a los indios de sus encomiendas (1). Este hecho, cuyas graves consecuencias tuvimos ocasión de señalar, planteaba a la vez la necesidad de reemplazar a esos agentes desaparecidos de la producción rural, fuente casi exclusiva de los recursos comunales y privados. Y ante la lejana y menguada posibilidad del contingente africano acreció el interés por esa región, donde se situó el primitivo ganado asunceno, y en cuyas selvas y planicies vagaban numerosas agrupaciones indígenas en inestable relación con los habitantes de la ciudad.

Varias de esas naciones, generalmente indómitas y feroces, habían sido sojuzgadas desde los primeros tiempos de la conquista. Los yapirúes y los guatataés, atraídos por la influencia de dos antiguos compañeros de Caboto, apoyaron enseguida

(1) Hecho comprobado por las Ordenanzas de Hernandarias, de 1598. M. S. del Archivo Nacional.

a los españoles y no tardaron en abandonar su propia morada, incorporándose a la población indígena de la banda oriental (1). Parte de los agaces sobrevivientes, a raíz de sus cruentas guerras, tuvo después idéntico destino. Y de las remotas tierras que atravesaban los expedicionarios llegaban también partidas más o menos apreciables de indios, de que se apropiaron los conquistadores. Pero estos advenedizos, sometidos a dura servidumbre, resistieron menos que los autóctonos regionales. Cuando se iniciaban las poblaciones del sur, la destrucción de esos indios estaba confirmada por las autoridades (2); y en esta misma época, las encomiendas comprendían ya a otras naciones de la banda occidental. Una de las primeras fué la de los calchinas, situados, según Ruy de Guzmán, entre los mahomas y los mangolas, en el Chaco Central (3). Y varias parcialidades del sudoeste, que ocupaban las márgenes del Bermejo y las fronteras de Tucumán, contribuían también, según el padre Barzana, al servicio de los vecinos de la Asunción (4).

La posesión de las encomiendas, que los asuncenos se disputaban con empeño, invocando los méritos de su stirpe conquistadora, no tardó en suscitar la competencia de los mercaderes y armadores enriquecidos por el

(1) «Colección Garay». Documento XXVI.

(2) Bando de Juan de Garay, del 17 de octubre de 1582. R. Trelles, «Diccionario de Apuntamientos».

(3) M. Domínguez, Paraguay-Bolivia. Cuestión de límites. «Anales del Gimnasio Paraguayo». No. 3.

(4) Carta de P. Barzana. «Relaciones Geográficas de Indias».

tráfico fluvial. Las reclamaciones que provocó no parece que tuvieran efecto práctico, a pesar de insistentes órdenes reales (1). Y a la par de esa competencia, que produjo honda irritación, aparecía otra más importante y peligrosa, que, fundada en los mismos privilegios acordados por el rey, ejercían los pobladores de las ciudades más cercanas. A poco de fundada Concepción del Bermejo, sus vecinos encomendaron a los indios de esa región, incluyendo a los calchinas, encomendados años atrás a los pobladores de la Asunción. Los frentones, que servían a esta ciudad, se repartieron también entre los vecinos de la nueva población y la que fundó después Alonso de Vera. Y los indios mahomas, de la desembocadura del Bermejo, que la Asunción comprendía en su distrito, fueron repartidos igualmente a los pobladores de Corrientes. (2).

Las mismas encomiendas quedaban en esa forma adjudicadas a dos y tres partes distintas, ocasionando fatalmente el choque de intereses tan valiosos para los lejanos centros coloniales. Pero los pleitos que se originaron con tal motivo no tuvieron seguramente mejor fundamento que su prioridad, pues, como ya señalamos, las jurisdicciones de las ciudades, que pudieran determinar, por la situación de los indios, sus respectivos derechos, no estaban fijadas con precisión. Al efectuarse las nuevas

(1) M. S. del Archivo Nacional. Real orden para que en las encomiendas sean preferidos, los conquistadores y sus descendientes, reiterada infructuosamente en 1594, y seguramente con igual resultado en 1604.

(2) M. S. del Archivo Nacional, y M. Domínguez, *Anales citados*.

fundaciones, expresóse simplemente que sus términos llegaban, por el lado de la Asunción, hasta los de esta ciudad (1). Y dicha extensión jurisdiccional, aunque bien conocida, no constaba en ningún documento, porque el acta de fundación de la Asunción había desaparecido hacía más de medio siglo, a consecuencia, seguramente, del gran incendio de 1543.

Esa imprecisión, origen de tales litigios, afectaba muy especialmente a la metrópoli, que en la extensión de sus primitivos límites había efectuado ya, con rudo esfuerzo, aquellos y otros actos posesorios, y dentro de los cuales reanudaba entonces sus antiguas campañas de pacificación, cuya prestigiosa eficacia acreditaban las autoridades altoperuanas, solicitando o estimulando su concurso, para la conquista de los indómitos chiriguanaes (2). Pero dicha situación no duró mucho tiempo, pues el 7 de diciembre de 1598 el procurador general de la ciudad, Diego de Olavarrieta, solicitó y obtuvo del gobernador Hernando Arias de Saavedra la fijación precisa de los límites de la Asunción.

La solicitud de Olavarrieta coincidió con la presencia en la ciudad de los procuradores de Corrientes y de Jerez, y resumía en sus fundamentos el hondo sentir de los viejos asuncenos. «Esta ciudad, decía, ha más de

(1) El acta de la fundación de Concepción, dice: «...la cual dicha ciudad y asiento confina con los confines que son su comarca... por la una parte los términos los de la ciudad de la Asunción y Santa Fe...».

(2) Escrito del gobernador de Santa Cruz, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, y Actas del Cabildo de la Asunción, de 1596.

sesenta años está poblada... y de los quarenta años a esta parte se han poblado otros pueblos de españoles... emanados y procedidos de esta ciudad y a mucha costa della, descartándola como parece al presente pobre. E pués como cabeza e primera e más antigua... tomó por jurisdicción e distrito más de cien leguas por todas partes... encomendando indios de repartimientos como aprehendiendo posesión e jurisdicción en el dicho término... aunque no parece por autos e diligencias, por tanto a V. S. pido e suplico mande hacer e poner los dichos límites e jurisdicción conforme a las ordenanzas y fueros que sobre ello está fecho, dando a cada Cibdad su término con citación de las cibdades».

El gobernador Hernandarias ordenó la citación de los procuradores arriba mencionados, y dictó después su resolución en los siguientes términos: «

«El dicho gobernador habiendo bien considerado y visto los que más conviene... dijo que devia señalar y señaló por término y jurisdicción de la ciudad de Vera de las Corrientes a lo tocante hazia a esta ciudad hasta la boca de este Río del Paraguay y a donde el dicho río cae en el río del Paraná amparando a esta ciudad en lo que toca desde allí acá hasta esta dicha ciudad en su antiguo término y jurisdicción en que está en posesión desde su fundación y por el Paraná arriba ochenta leguas que se extiende de aquella parte donde está la dicha ciudad fundada y frontero de la otra banda del río del Paraná ocho leguas la tierra adentro que se extienda cortando la tierra por derecho

desde el río del puente hasta la derecha de la dicha boca del río del Paraguay».

«Item en lo que toca amojonar y departir a la ciudad de Xeres S. S. dixo que le señalaba y le señaló por término hasta donde la tomó el capitán Ruy Díaz de Guzmán... y que se ade de entender que correel dho término y jurisdicción por la loma de la cordillera abajo hacia Maracayú aguas vertientes hacia la dicha ciudad de Xerés y por la parte de la cordillera arriba tirando al Norte por la misma orden vaya por la misma lomada corriendo aguas vertientes hacia la dha ciudad de Xerés y en todo los demás aguas vertientas aesta parte del río del Paraguay...

«Y por que en todo haya claridad pa agora y en todo tiempo no obstante que en esta ciudad no hay procurador de la ciudad de la Concepción de Buena Esperanza señalaba y señaló por término y jurisdicción de la dha ciudad de la Concepción hasta el medio y la mitad de la tierra que hay de tierra entre el río de Araguay y el de Bermejo de donde corran el término y jurisdicción hasta la dicha ciudad y bajando al dicho del Paraguay le señalaba y señaló por jurisdicción conforme y de la manera está señalado a la ciudad de Vera que se entienda para la dicha jurisdicción y término ocho leguas antes de llegar al río del Paraguay donde se ha de poner y señalar mojón a su tiempo y lugar y desde la boca del río del Paraguay ade venir la tierra cortando por derecho hasta mitad y en medio de la tierra que ay entre los dichos dos ríos, por término y jurisdicción de esta ciudad en todo lo qual y en los de-

más ampara a esta ciudad en nombre de su Magestad en la antigua posesión que desde su fundación ha estado en ella, lo cual su Sado que mandava e mandó se guarde y cumpla sin yr ni venir contraste...» (1).

El acto gubernativo, a que dió motivo la presentación de Olavarrieta, estableció así los límites precisos de la Asunción con Xerez, Corrientes y Concepción del Bermejo. Con la primera las fronteras fueron determinadas por las aguas vertientes de la cordillera de Maracayú, correspondiéndole a Xeres las que corrían para el norte; los términos de Corrientes se fijaron en el Paraná y las tres bocas, con ocho leguas dentro del Chaco desde esa altura hasta el río del Puente, correspondiéndole a la Asunción todas las tierras septentrionales; y respecto de Concepción, se dividió la tierra entre el Pilcomayo y el Bermejo en dos partes iguales, adjudicándose a la Asunción la zona septentrional con todo el resto del Chaco arriba del Pilcomayo y a Concepción la parte meridional hasta «ocho leguas antes de llegar al río Paraguay, las que en todo el curso de este río, desde los términos de Corrientes, quedaron dentro de la jurisdicción asuncena (2).

(1) M. S. del Archivo Nacional, entre las actas capitulares de 1598, y M. Domínguez. «Anales», citados.

(2) A esta disposición nos referimos en nuestra obra «Paraguay-Bolivia». Tomo II, 1917, diciendo que «la extensión territorial de la ciudad de la Asunción fijada con anterioridad (del siglo XVII), abarcaba la banda occidental del río Paraguay con toda la región del Chaco arriba del Pilcomayo».

El Dr. Manuel Domínguez comentó luminosamente dicho auto gubernativo en sus conferencias sobre la cuestión de límites con Bolivia, publicadas en «Los Anales», citados. Tomo III, No. 3, 1919.

XV

LA DIVISIÓN DE LA PROVINCIA

Antecedentes.—Proposición del Factor Pedro Dorantes en 1545.—Proyecto del Tesorero Moltalvo en 1579.—Su reiteración posterior.—Situación de las ciudades septentrionales.—Aislamiento y abandono de las ciudades del Guayrá.—Propósito de Hernandarias de segregarlas del Paraguay.—El proyecto de Hernandarias implicaba la subordinación de la Asunción a un nuevo centro gubernativo.—Miras de otras autoridades.—Proyecto del Visitador Alfaro.—Informe del Virrey Marqués de Montes Claros.—Real cédula de 1617 ajustada a este informe.—La división se efectuó por agrupación de ciudades. Los límites del Paraguay con el alto Perú y el nuevo gobierno de Buenos Aires fueron los mismos límites de la Asunción fijados en 1598.

A los pocos años de haberse fijado la jurisdicción de la Asunción y sus límites precisos con Concepción y Corrientes, promovíase en la Corte la división de la Provincia del Río de la Plata en dos entidades gubernativas, a base de las ciudades establecidas en su vasta comprensión territorial. La consecuencia de esas gestiones, tramitadas durante dos lustros, fué la conocida real cédula de 1617, que dividió en dos fracciones la primitiva gobernación, y cuyos principales fundamentos han sido igualmente objeto de amplia publicidad. Pero el alcance de esta me-

dida, en cuanto a los términos de los nuevos gobiernos, no ha podido por mucho tiempo tener idéntica divulgación, por el desconocimiento del auto gubernativo que motivó nuestro anterior capítulo. Y, según creemos, tampoco ha sido aclarada suficientemente la tendencia originaria de aquellas gestiones, muy distinta, por cierto, de la división que ordenó después el rey, con visión más exacta de los intereses coloniales y mayor conformidad con sus remotos antecedentes.

La real cédula de 16 de diciembre de 1617, que dispuso aquel fraccionamiento, se ajustaba, en efecto, más que a los propósitos que directamente la ocasionaron, a las antiguas vistas, seguramente ya olvidadas, de algunas autoridades de la Asunción, manifestadas desde la época inicial de la conquista.

Aunque las nociones geográficas de la provincia eran entonces bastante imprecisas, el conocimiento paulatino de la etnografía regional, y la veraz información indígena, permitían apreciar aproximadamente la extensión y condiciones del territorio, que comprendía en su derredor el centro gubernativo. Cuando se despoblaba Buenos Aires en 1541, Irala señalaba con relativa exactitud el rumbo de la conquista de los caracarás (el Perú), en las lejanas tierras del occidente. De la amplitud de la zona oriental pudo cerciorarse en 1542 la expedición de Alvar Núñez, a la que siguió poco después el reconocimiento de la región norte, en la jornada poco feliz de los Xarayes. Y a las experiencias aún recientes de la parte meridional agregábanse entonces las noticias que dos antiguos compañeros

de Caboto suministraban sobre las tierras del sudoeste, donde llegaran, acaudillando hordas indígenas, antes de incorporarse a la colonia (1).

Con los extensos términos de la gobernación se destacaban igualmente los limitados medios para su rápida conquista, sobre todo cuando, con motivo de la prisión de Alvar Núñez, estallaron las desavenencias políticas, que dividieron a los conquistadores, provocando, con amenazantes proyecciones, el descontento de los aliados guaraníes. La posibilidad de una cruenta lucha, con violentas represiones, inquietaba visiblemente a una parte de la población. Y fué precisamente con esos motivos que surgió el pensamiento de la división de la provincia, iniciado por la misma autoridad que oponía entonces empeñosamente a los descubrimientos del noroeste la prioridad de las poblaciones del sur (2).

El 5 de marzo de 1545, dos días antes de ser embarcado para España el segundo Adelantado, escribía al rey el oficial real Pedro Dorantes, solicitando para la conquista un refuerzo de 400 hombres, que debían seguir el mismo itinerario de la expedición de Alvar Núñez, fundando, a su paso, un pueblo en el Río de la Plata, y agregaba: «Según la tierra es larga me parece que convenía que se hiciesen dos conquistas o gobernaciones que las parta el Paraná e río Ypaty, una a la banda del estrecho e otra a la de Santa Catalina, por que más ayna se descubriría e conquistaría... e viendo los gobernadores que

(1) Información de servicios de Pedro Dorantes.

(2) Véase «Tendencias iniciales de la conquista».

si maltrataban su gente se les podría pasar a otra gobernación serían mejor tratados... e habíasele de mandar que tubiesen poblado puerto de mar...» (1).

Los centros de estos dos gobiernos quedaban claramente insinuados: al norte del Bermejo y oriente del Paraná, sería la Asunción, y al sur de aquel río, «a la banda del estrecho», el puerto de Buenos Aires.

La proposición de Dorantes coincidía con las versiones que los mencionados europeos, del tiempo de Caboto, recogieron en sus correrías acerca de las riquezas del Bermejo, y tuvo sin duda con ellas alguna conexión, desvaneciéndose no obstante silenciosamente, ante los poderosos estímulos que empujaban las expediciones a la «tierra rica» de los Candires. Pero a mediados del siglo XVI, análogos incentivos, basados en pruebas más reales, atraían nuevamente la atención hacia otras regiones. En 1553 creía descubrir Dorantes en el cerro de Acaay, poco distante de la Asunción, un importante filón de plata. Un año después, anunciábase la aparición del mismo metal al oriente del Alto Paraná, fundándose en sus cercanías el pueblo de Ontiveros. Estos descubrimientos no fueron extraños al interés de Ortiz de Zárate por el gobierno del Río de la Plata. Y cuando se iniciaban las poblaciones del Sur, tenían gran resonancia las fantásticas minas del Lilín, Elelín, o los Césares en las tierras meridionales de la banda occidental del Plata.

El vastísimo territorio de la gobernación, en

(1) «Correspondencia de los Oficiales Reales».

cuyos términos aparecían, con tan diversas direcciones, las noticias de esas riquezas, volvió a suscitar el propósito de su fraccionamiento; y esta vez, como la anterior, correspondió su iniciativa a uno de los oficiales reales. A fines de 1579, exponía al rey el Tesorero Montalvo, en dos cartas de una misma fecha, la imposibilidad de ejercer provechosamente una sola persona el gobierno de la provincia, proponiendo su división en tres gobernaciones, que tuvieran respectivamente «más de ochocientas leguas de longitud y latitud a donde en cada una de ellas se tiene gran noticia de haber minas de oro y plata en abundancia».

El proyecto de Moltalvo, que se reiteró en 1790, establecía las tres gobernaciones, como sigue:

- 1.º «Desde la ysla que dicen de la Cananea que serán cuarenta leguas de la Villa de San Vicente», con inclusión de San Francisco, Santa Catalina y la provincia del Mbyazá hasta la boca del río de la Plata, y «entrando por este río arriba a la mano derecha siempre tierra firma que va al Brasil yran por él entre diversidad de yslas hasta la provincia que dicen de Guayrá, que en solo este distripto puede haber muy buenos pueblos y puertos»;
- 2.º Desde el río de la Plata al Sur «hacia el estrecho de Magallanes y cordilleras de Chile aguas vertientes y a la noticia que se tiene de la Provincia que llaman Lilin tierra rica de minas de oro y plata», y en la misma banda hacia el Norte hasta la desembocadura del Paraguay»; y
- 3.º Desde la boca del río Paraguay, «yendo por el río arriba a todas dos bandas de él al puerto que dicen de la pi-

mienta y al puerto de los reyes y a los indios llamados Jarayes y a los indios chiquitos y noticia de las Amazonas», agregando que en estas tierras anduvieron los españoles más de seiscientas leguas y vieron «muestras de muchos metales» (1).

«El puerto más principal que en ellos ha de haber, agregaba Montalvo, ha de ser el de Buenos Aires», señalando su ventajosa posición para el comercio colonial y la anhelada conquista de los Césares. Estas predicciones, en gran parte cumplidas, resumían las principales miras de los que se aprestaban para esa población. A poco de fundar Buenos Aires, emprendía Garay su expedición al sur, en demanda de aquella conquista, y se preparaba después a repetirla con mayores elementos, cuando ocurrió su muerte. Y no tardó tampoco en destacarse la privilegiada situación del nuevo puerto en la confluencia de las grandes vías marítimas, fluviales y terrestres de la costa oriental de América, donde convergían a la vez los intereses económicos de los puertos más lejanos en sus iniciales anhelos de expansión.

En medio de las incidencias que originaban esas aspiraciones, tenían lugar, al finalizar el siglo XVI, la clausura del puerto de Buenos Aires, que repercutió hondamente en las demás ciudades, y simultáneamente casi el deslinde jurisdiccional de la Asunción, que con menor resonancia y más limitado interés, diseñaba, no obstante, al declinar su influencia en la colonia, los primitivos contornos de una nacionalidad.

(1) «Correspondencia de los Oficiales Reales».

Los indios habían variado entonces sensiblemente, a consecuencia de las nuevas poblaciones. A las causas ya expuestas en otros capítulos, agregábase la asistencia obligada de los gobernadores a los pueblos del sur, especialmente al de Buenos Aires, cuya atención y guarda recomendaban las órdenes reales. El alejamiento del asiento administrativo y judicial agravaba la lejanía del antiguo centro, en medio de las dificultades que originaban, a la par de la tenaz hostilidad indígena, los intereses contrarios de las nuevas localidades. Y esta situación oprimía en forma aún más acentuada a las poblaciones septentrionales del Guayrá. Situados a quinientas leguas de Buenos Aires, según el cálculo de la época, dentro de una región completamente apartada de las nacientes corrientes comerciales, aquellos villorrios, de escasa población española, vivían en una incomunicación casi permanente. «Jamás han visitado ni visto aquella tierra obispo ni gobernador», decía, a este propósito, un contemporáneo. Y los pobladores «que bajaban a pedir justicia», según el mismo testimonio, tenían que atravesar «bosques y montañas, cordillera muy espesa, bañados y anegadizos» transportando por ellos sus embarcaciones y mercaderías «a fuerza de brazos», para continuar después por ríos, de «furiosas corrientes», en que los tripulantes debían bogar perpetuamente de pie, «al sol y al agua y de ninguna manera sentados» (1).

(1) Presentación del capitán Manuel de Frías en 1615. «Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires». Tomo I.

A las barreras naturales, que aislaban á esas poblaciones, no tardaron en unirse, con idénticos efectos, los egoísmos de las demás ciudades. Del restablecimiento del comercio marítimo no tuvieron seguramente sino muy escasa participación, y al comienzo del siglo XVII, el Cabildo de la Asunción impuso un gravamen a la yerba introducida del Guayará (1). El descontento de sus habitantes, que acrecía con su constante abandono, llegó hasta inspirarles el pensamiento de substraerse al gobierno de la provincia, para «sujetarse al estado del Brasil». Y fué debida a esa situación que renació el propósito de la división, iniciado esta vez por uno de sus gobernadores más prestigiosos, Hernando Arias de Saavedra.

Por ese tiempo, se aprestaba dicho gobernador para la expedición a los Césares, que efectuó en 1604, y ese mismo año despachaba dos partidas exploradoras, que llegaron por el occidente a la cordillera de los Chiriguanaes, y por el oriente hasta la costa del Brasil. Según decía en sus cartas, Hernandarias había concebido un plan de poblaciones en las regiones exploradas (2). Y relacionándolo sin duda con la situación de aquella región, escribió al rey en mayo de 1607 significándole la conveniencia de segregar de la provincia las ciudades de Jerez, Villa Real y Villa Rica, y formar con ellas un gobierno separado. No aparecen muy claros los medios con

(1) Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Copias de manuscritos del Archivo de Indias. C. 34. N. 1.000.

(2) Ibid.

que se podían realizar las nuevas poblaciones del oriente; pero resulta indudable que la división propuesta, al desvincular más aquellas ciudades de su antiguo apoyo, afirmaba la situación ya decadente de la Asunción, subordinándola a un nuevo y distante centro gubernativo.

No debieron escapar al rey esos inconvenientes, y, antes de adoptar una resolución, ordenó que informaran a ese respecto otras autoridades. Los informes que conocemos convenían en la necesidad de la división, pero no en la forma propuesta por Hernandarias. El visitador don Francisco de Alfaro fué de parecer que la división se efectuase formando el gobierno del Paraguay las ciudades de Corrientes, Asunción y las tres del Guayrá, y el del Río de la Plata, Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba de Tucumán, sin determinar en qué distrito quedaría Concepción del Bermejo (1). Y con anterioridad a este informe, enviaba el suyo el Virrey del Perú, Marqués de Montes Claros, en los siguientes términos: «Juzgo muy conveniente hacer la nueva gobernación, pero porque si quedase con solas las tres ciudades, de Guayrá, Villa Rica, y Xeréz, como Hernando Arias escribió a vuestra magestad, sería de poca consideración... es mi parecer que se le agregase la de la Asunción... con lo que quedaría cada uno de los dos gobiernos con cuatro ciudades, el del Guayrá con las referidas y el del Paraguay con la de la Trinidad, Santa Fe, San Juan de

(1) Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Copias de Manuscritos del Archivo de Indias. C. 99, N. 2.046.

Vera o Siete Corrientes y la Concepción del Bermejo...» (1).

El proyecto quedó sin resolverse algunos años todavía. En 1615, el procurador don Manuel Frías lo reiteraba en la Corte, en el sentido indicado por el gobernador Hernando Arias de Saavedra. Pero el informe que prevaleció fué el del Virrey del Perú, al cual se ajustó la real cédula del 16 de Diciembre de 1617, que dividió la provincia en dos gobiernos, dando al que formaban las ciudades meridionales el nombre de Río de la Plata. (en vez de Paraguay, como aparece en el informe) y conservando para el otro la denominación de Guayrá, motivo originario de la real disposición.

Esa división, que se efectuaba «por agregación de ciudades», como expresó muy bien don Ricardo Trelles, suponía la determinación ya bien precisa de sus respectivos términos. Esa determinación la había realizado en 1598 el gobernador Hernandarias, según vimos en nuestro capítulo anterior. La línea divisoria de ambos gobiernos quedaba así establecida por la que separaba la jurisdicción de la Asunción de las de Corrientes y Concepción. Y las manifestaciones gubernativas de esa época confirmaban con claridad la extensión de esas jurisdicciones (2).

(1) M. S. del Archivo de Indias.

(2) Entre otras, podemos citar la del gobernador Góngora, de 1622, que escribiendo de los indios de Concepción, incluía a los guaicurúes, en la provincia del Paraguay, y mencionaba una reducción de Corrientes, situada en su jurisdicción, en el Chaco, en la zona que le señaló el auto de Hernandarias, arriba del río del Puente.

XVI

LA CIUDAD Y LOS ABORÍGENES

Condiciones primitivas del desarrollo asunceno.—Los aliados guaraníes y las razas enemigas.—Causas que determinaron la dirección de la zona agrícola.—Importancia de Tapuá.—Prosperidad de esta región.—La selva virgen y el autóctono aliado.—Su influencia decisiva en la seguridad de la ciudad.—Cambios ocasionados por el decrecimiento paulatino de la población guaraní.

Rastreando las huellas de los antiguos conquistadores, hemos señalado anteriormente que su primera vinculación con los autóctonos del Paraguay tuvo lugar en el puerto de Tapuá, dominio del cacique Moquiracé, pocas leguas arriba del sitio en que se fundó la Asunción. Martínez de Irala, el futuro organizador de la colonia, fué quien inició esas relaciones, uniéndose con una hija del cacique, y a ellas contribuyeron también otros capitanes de sonada actuación en los turbulentos orígenes de la ciudad. Debido seguramente a esta circunstancia, al diseñarse los primeros esbozos de su zona rural, alrededor del diminuto núcleo urbano, los viejos pobladores manifestaron su preferencia por esa región, donde los lazos del parentesco aseguraban la cooperación de los indios para las faenas del

campo, el progreso de los cultivos y los primeros ensayos de la manufactura local.

La situación y las condiciones de la nueva población influyeron también acentuadamente en el sentido expresado. Asentada entre los guaraníes de la banda oriental del río, a raíz de una alianza con dichos indios, la ciudad tuvo que participar de las antiguas enemistades de sus aliados con las belicosas naciones autóctonas, que señoreaban en una vasta extensión de la banda opuesta. Dos poderosas agrupaciones, de indudable parentesco étnico, ocupaban los extremos de esa zona, frente a la tierra de los guaraníes: los paguayáes al norte y los agaces al sur. El poder de ambas era eminentemente fluvial, dominando el río con sus escuadrillas de canoas, que manejaban con extraordinaria destreza, permitiéndoles gran movilidad en sus continuas guerras; y sus respectivas ubicaciones interceptaban con frecuencia, originando sangrientas colisiones, la expansión migratoria de los guaraníes hacia el imperio incáico, o sus comunicaciones con los aborígenes del Plata. A la llegada de los españoles, que, con análogos fines, siguieron el mismo derrotero, la hostilidad de aquellas naciones se manifestó con igual pujanza. Los payaguáes del puerto de Candelaria señalaron con el exterminio de la expedición de Ayolas, el primer episodio trágico de la conquista. Y cuando el pequeño destacamento que se libró de la hecatombe tornó al sur, agrupándose alrededor del primitivo núcleo asunceno, fueron los agaces quienes señalaron la resistencia inicial contra el empuje victorioso de

la nueva raza. La lucha fué sañuda y sin cuartel. En 1541, al despoblarse Buenos Aires, Irala mencionaba a los agaces como una generación casi extinguida. Pero, aunque diezmadas por la guerra, las parcialidades sobrevivientes, concentradas en las inmediaciones del Picomayo, mantuvieron sin desaliento su implacable hostilidad que se hacía sentir principalmente al Sur de la Asunción, donde los aliados indígenas, si bien numerosos, ofrecían más fácil acceso a los continuos e inopinados asaltos del enemigo. Desde Itacumbú hasta Guará, los cultivos guaraníes y su población femenina estaban constantemente amenazados por las irrupciones de los agaces.

En esa situación, los españoles se substraieron, naturalmente en lo posible, a la zona peligrosa, estableciéndose con preferencia hacia el lado opuesto, en las cercanías de las espesas selvas de Tapuá y los pequeños valles y boscosas lomadas que, con el mismo nombre, se extendían al nordeste de la Asunción. La fertilidad del suelo, la abundancia de agua y la topografía del lugar, tan apropiadas á la defensa de los incipientes centros rurales, contribuyeron también bastante a esa marcada predilección, que persistió durante el período inicial de la colonia, determinando la dirección primitiva de su expansión agrícola.

Diseminada la población entre los teyupaes indígenas, a la vera de la selva protectora, de apacible sombra y potente fecundidad, sus chacras rebosaron enseguida de los sabrosos frutos de la tierra. La vida, holgada y fácil en los intervalos de las rudas campañas, y fuertemente influenciada por el medio nativo,

fué en general atrayente para aquellos aborígenes, que con más facilidad que otras parcialidades se conformaron con su destino, aceptando el dominio y las creencias de los nuevos señores.

Si en el puerto de Tapuá se inició el mestizaje hispano guaraní, fué asimismo en sus tierras donde se esparcieron las primeras cimientos de cristianismo. Entre sus pobladores más antiguos figuraron los sacerdotes a la par de los conquistadores. La primera iglesia y escuela rural, de que se tiene noticia, la estableció en esa región el clérigo Martín González. Entre sus indios asentó inicialmente su prestigio el padre Juan Gabriel Lezcano, influyendo en forma decisiva en el éxito de los descubrimientos, y en sus inmediaciones fijaron igualmente su residencia los franciscanos Lebrón y Armenta, que, a pesar de las acusaciones de Alvar Núñez, fueron seguramente los religiosos que en ese tiempo tuvieron más extendida relación y ascendiente entre los guaraníes.

El contingente de pobladores que trajo el segundo Adelantado acrecentó las vinculaciones de la colonia con las parcialidades de Tapuá, donde en 1542 se realizó la primera gran concentración de las fuerzas hispano guaraníes, que comenzaron la conquista del occidente. La situación de su antiguo puerto en el camino de las expediciones, estimuló sus comunicaciones con el centro asunceno, constituyéndolo en eficaz apoyo de la acción gubernativa durante el período de las convulsiones políticas. Y los espesos bosques que desde la ribera del río se extendían

hacia el oriente, bordeando, entre pintorescos valles y numerosa población indígena, la amplia llanura de Nu-Guazú, ofrecían una barrera casi infranqueable a las agresiones de las naciones enemigas. Entre éstas, los agaces del sur continuaron por algunos años siendo las más obstinadas y terribles, pues los guatataes y yapirúes, de siniestro prestigio entre los autóctonos, habían sido atraídos con facilidad, gracias a sus relaciones con dos antiguos compañeros de Caboto, acabando por incorporarse a la colonia.

Estimulada por esas ventajosas condiciones, la población persistió en sus primitivas tendencias, afirmando el progreso de la región. El fecundo mestizaje, que reanimó con creces las extenuadas huestes de la conquista, permitió también alentar el acrecentamiento agrícola, en medio del continuo trajín de las expediciones. A mediados del siglo XVI, numerosos frutos del viejo mundo se cultivaban ya con éxito en los alrededores de la Asunción. Y cuando la expansión colonial alcanzó a las márgenes del Plata, las incipientes industrias asuncenas empezaron a abrirse camino a los nuevos centros del sur. «Azúcar, miel, dulces y diacitriones» llegaban hasta la madre patria, y todavía en el primer cuarto del siglo XVII, el vino del Paraguay era reputado en Buenos Aires superior al de Chile y de Córdoba. Gran parte de estos productos provenía de los fértiles valles de Tapuá, que amparados por la selva virgen y la vigilancia guaraní, pudieron substraerse por más de medio siglo al peligro inminente y constante de las feroces tribus de la banda occidental.

Pero esa situación no pudo sostenerse por mucho tiempo. Las condiciones en que se inició el desarrollo de la colonia sufrieron modificaciones sensibles, que influyeron decisivamente en el proceso ulterior de su existencia. Esos cambios ocurrían precisamente cuando las energías asuncenas, bastante quebrantadas por la fundación y sostenimiento de nuevos núcleos de población, requerían una labor reparadora, tranquila y paciente, que estuvo muy lejos de realizarse. Y la fatal repercusión que aquéllos tuvieron luego en el orden económico, hizo destacar en sus orígenes, como factores determinantes, los hechos más visibles relacionados con esas mismas fundaciones. Sus causas fueron, no obstante, más numerosas y complejas. Y siguiendo el curso de los hechos que venimos examinando, podremos ver cómo una de esas causas derivó, en gran parte, de las variaciones ocurridas en la situación de los aborígenes.

El repartimiento de los indios, que realizó Irala por iniciativa de los oficiales reales, y, según parece, contra su voluntad, si bien oportuno y ventajoso en cierto sentido, no favoreció el crecimiento de la población indígena. En tanto que acrecía el mestizaje, los autóctonos iban a menos. Las continuas y lejanas expediciones, en que los guaraníes tenían parte principal, contribuyeron bastante a ese decrecimiento. Y después de la fundación de las ciudades meridionales, la dispersión continuó todavía, llegando a preocupar la atención del gobierno. El populoso dominio de Moquiracé, donde Alvar Núñez reunió un día 10.000 guerreros, estaba casi despoblado.

Según una antigua «Memoria de las poblaciones», al finalizar el siglo XVI, los indios encomendados a los vecinos de la Asunción y reducidos en pueblos, a 7 leguas a la redonda, no pasaban de 3.000. Simultáneamente con este hecho, dos indómitas naciones, inaccesibles a toda tentativa de conversión — los guaycurúes y los payaguás — empezaban a dirigir sus hostilidades, en forma cada vez más alarmante, a los alrededores de la Asunción. En frecuente comunicación con la colonia, sobre todo los guaycurúes, que pasaban a la ciudad a vender sus prisioneros indígenas, y eran famosos por sus ardides guerreros, no tardaron en apreciar la ventajosa posibilidad de sus asaltos, cuando por cualquier motivo se rompía la paz. Esas instables relaciones tenían así, frecuentemente, epílogos sangrientos, que no siempre obedecían a la innata propensión de los salvajes. En 1620, el gobernador de Buenos Aires informaba al rey que la guerra con los guaycurúes, había sido provocada por los asuncenos, que deliberadamente, vendieron a dichos indios bebidas envenenadas, causando entre ellos gran mortandad. Y a estos motivos que incitaban a la venganza, se agregó bien pronto el incentivo de las degradaciones en las tierras cercanas, como un móvil permanente.

Desde el primer momento, la colonia procuró refrenar a los guaycurúes, atacándolos en los sitios que ocupaban en la margen occidental del río; pero los enemigos, sin morada fija, vigilantes, astutos y de extremada movilidad, esquivaban fácilmente el encuentro, escurriéndose en las fragosidades de la

región. Y cuando, terminada la campaña, los soldados tornaban a sus hogares, a reanudar su labor interrumpida, los guaycurúes abandonaban sus madrigueras, se acercaban cautelosamente a la ribera y, en combinación con los payaguás, cuyo elemento era el río, tornaban a extender sus acechanzas a lo largo de la costa asuncena.

En tiempos anteriores, los puertos guaraníes, que desde Guará hasta Itatín cubrían la zona ribereña, en medio de populosas parcialidades, constituían en las cercanías de la Asunción un cordón defensivo, difícilmente accesible a la sorpresa, en la boscosa costa de Tapuá. Dos pequeños fuertes, establecidos a dos leguas del río, en los parajes denominados Tapuamirí y Tapuaguazú, completaban la vigilancia en el interior, observando a la vez los movimientos de los mismos aliados. La vida rural, relativamente tranquila, pudo desarrollarse así con cierta normalidad, permitiendo el florecimiento inicial de la agricultura asuncena. Y la ganadería, en creciente abundancia, aprovechaba asimismo los hermosos campos de la banda opuesta, donde durante muchos años los vecinos pasaban a vaquear y recoger ganado para sus granjas. Pero desde principios del siglo XVII, el decrecimiento incesante de la población guaraní empezó a señalar una regresión sensible, que se acentuó sobre todo en aquella región predilecta de los cultivos.

Al desaparecer paulatinamente las parcialidades de la costa, el frondoso muro, que protegía los valles próximos, fué perdiendo igualmente la fuerza de su antigua eficacia. El

autóctono aliado era el alma de esa selva. Sólo él conocía sus secretos, los recursos ignorados de su rumorosa soledad. Animada por su presencia, la intrincada espesura, impenetrable a la vista, aparecía como una valla temible ante las hordas enemigas. Y al desaparecer el indio, llevó consigo el aliento de su defensa. Detrás del tronco secular ya no velaba vigilante el fiel autóctono guaraní. El desierto se extendió en su antiguo dominio, y la selva protectora se tornó hostil. Al amparo del despoblado, los guaycurúes atravesaban sigilosamente los grandes bosques y caían de improviso sobre las granjas casi inermes, saqueando sus graneros, arreando sus ganados y cautivando a los pobladores que no lograban escapar. En cierta ocasión, dichos indios, después de incendiar varias estancias, llevaron cautivas a una hermana y una sobrina del gobernador Hernandarias.

Las campañas de represión que, en la forma ya dicha, iniciaron los asuncenos, si bien con éxitos pasajeros, no lograban entonces sino avivar las hostilidades. Las condiciones de la lucha eran por cierto bien desiguales, y deshechas las barreras que se oponían a sus devastaciones, las hordas nómadas, en constante acecho sembraron la inseguridad y la zozobra en el corazón mismo de la zona agrícola.

XVII

LA ASUNCIÓN DESPUES DEL SIGLO XVI

La historia abreviada de la ciudad abarca, durante la conquista, la historia de la provincia.—Su situación posterior.—Variación de sus condiciones. Desarrollo de las actividades provinciales.—Hechos vinculados indisolublemente al núcleo primitivo.—El viejo espíritu asunceno.—Vida guerrera del agricultor. Las expediciones al Chaco: cruzada secular de expansión civilizadora y de estabilidad interna.—Consolidación del dominio paraguayo.

Realizado el fraccionamiento de la primitiva gobernación, de que nos ocupamos en otro capítulo, la ciudad de la Asunción, si bien prosiguió como centro del nuevo gobierno, no pudo conservar en sus nuevas condiciones el mismo carácter con que la consideramos en nuestros breves estudios anteriores.

Durante el período de la conquista, en que todas las energías de la provincia estaban concentradas en la Asunción, la vida de la ciudad contenía en su desarrollo inicial los gérmenes constitutivos de la nacionalidad futura. La historia abreviada de la Asunción pudo así abarcar, dentro de su estricto marco, los principales aspectos de la sociedad en formación. Pero a medida que la expansión

central se hizo más efectiva dentro del territorio, se formaron nuevos centros de población, variaron las condiciones económicas primitivas y surgieron, en fin, nuevos factores en la evolución del organismo provincial; la historia de la Asunción, como núcleo local, bien que preponderante, tiene por fuerza que reducirse a su propio radio, para no confundirse con la historia del país en general.

Las manifestaciones de la actividad asuncena, vinculadas en esta forma indisolublemente con los hechos que presidieron el desarrollo del Paraguay colonial, constituyen así partes de un proceso general que sería impropio considerar aisladamente, por grandes que hayan sido su importancia y su influencia.

En el orden económico, la muerte de algunas industrias, como la del vino, limitadas con su escaso comercio a las cercanías de la ciudad, llevó su preferente atención hacia otras nuevas, como las de la yerba y el tabaco que, a pesar de infinitas trabas, constituyeron la principal riqueza del país, imponiéndose como «monedas de la tierra» hasta los últimos días coloniales. El acrecentamiento de la población, sus tendencias originarias y las condiciones de su desenvolvimiento dentro del medio geográfico, llevaron hasta los más apartados rincones las acentuadas modalidades del viejo espíritu asunceno, germen indestructible de la nacionalidad, que se manifestó vigorosamente desde el principio en la homogeneidad de los sentimientos populares. Y las explosiones tumultuosas y casi siempre sangrientas de esos sentimientos, avivadas a veces por móviles económicos, como la

revolución de los comuneros, que desafió por más de un decenio los poderes combinados del Virrey y la Compañía de Jesús, tuvieron su más firme baluarte en la ciudad de la Asunción, cuna de la raza tanto tiempo incomprendida, tolerante hasta el sacrificio en sus voluntarias concesiones como levantisca e indomable contra la opresión impuesta, «firme, resuelta siempre, como decía un comisariado del virreynato, a defender el país y la razón de sus causas».

Pero el examen de estos hechos, como el de tantos otros que simultáneamente contribuyeron a la formación social y económica del Paraguay, traspasan, según ya dijimos, el limitado espacio de aquella breve ojeada histórica. Cabe, no obstante, exceptuar algunos que en forma más directa correspondieron a la Asunción o tuvieron en ella su más amplio desarrollo. Y entre esos hechos debemos consignar, en primer término, la campaña secular que, en su incesante marcha por desiertos inclementes y contra los indios más bravos de esta parte de América, consolidó en forma real y efectiva la constitución territorial de la nación paraguaya.

Esta empresa, iniciada desde la fundación de la ciudad, tuvo lo que podíamos llamar su expansión externa, durante el siglo XVI, llevando a impulsos de la Asunción, las bases de nuevas poblaciones, a una vasta zona de la América Meridional. Y cuando posteriormente, fijados los términos de la provincia, la ciudad quedó abandonada a sus propias energías, agotadas casi después de aquel esfuerzo y por el que le siguieron imponiendo las

nuevas autoridades, cerróse el período denominado de la conquista, para abrirse otro, que fué de lenta restauración económica y afianzamiento interno, dentro de su comprensión. Pero este período no pudo, en ciertos órdenes, diferenciarse mucho del anterior, por la persistencia de los factores predominantes en el origen de la colonia. El hecho se destacó sobre todo en las relaciones con los aborígenes, que continuaron cada vez más peligrosas, ocasionando igualmente la persistencia de aquella campaña, cuyo centro directriz fué la ciudad de la Asunción. Y donde ella se manifestó en forma más ímproba y tenaz fué en la banda occidental del río, teatro de sangrientas e incesantes luchas, que han pasado a la historia con la denominación de «Expediciones al Chaco».

Constituídos los gobiernos del Paraguay y del Río de la Plata, la preeminencia de éste estaba señalada en los mismos acuerdos y dictámenes del Consejo de Indias, que asignaban anticipadamente el título de «principal» al que tendría por capital el puerto de Buenos Aires (1). La situación secundaria del centro primitivo, de que derivaron en gran parte sus primeras trabas comerciales, acentuaba los efectos de su lejanía y escasa comunicación. Y a la par que surgían las ligaduras que oprimieron su desarrollo económico, acrecían en su derredor los motivos que le obligaban a un continuo y costoso apresto militar: por el oriente y el norte, las agre-

(1) «Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires». Tomo II, página 96.

siones de los paulistas; por el occidente, la feroz hostilidad de los indios.

Concretándonos a estos últimos, debemos recordar que, al finalizar el siglo XVI, el decrecimiento de los guaraníes, que resguardaban las regiones agrícolas y la situación de las tribus enemigas, habían variado sensiblemente las antiguas condiciones de la colonia. En los primeros tiempos, algunas de esas naciones, ya casi extinguidas, o sojuzgadas por los españoles, habían abandonado sus posiciones, incorporándose a los aliados de la banda oriental. Pero a medida que éstos fueron disminuyendo, en el período de las fundaciones del sur, otras agrupaciones indígenas provenientes del interior, se habían ido acercando al río Paraguay, empujadas por el movimiento migratorio que provocaron el avance de la conquista y las sangrientas irrupciones de los chiriguanaes en la populosa región de los gorgotoquis (1). Ya a mediados del siglo XVI informaba Irala que los mbayaes y los layanas, situados en el derrotero de sus expediciones al Perú, se habían alejado de sus tierras. Parte de los samacocis, de las cercanías del Guapay, emigró igualmente hacia el oriente, apareciendo después con el nombre de Zamucos, y por fin el de chamacocos, entre otras parcialidades de análoga procedencia. Igual movimiento realizaron algunas tribus más meridionales. Y, de este modo, al extinguirse o aminorarse por el empuje de la conquistista parte de los autóctonos enemigos, nuevos contingentes indígenas iban ocupando pau-

(1) Véase nuestro estudio sobre Geografía Etnográfica.

latinamente sus antiguos sitios en la banda occidental del río Paraguay.

Posiblemente entre los advenedizos más antiguos figuraron los mbayaes, que, prosiguiendo su migración acompañados por los guanaes (los layanas de Irala), llegaron hasta las márgenes del río, se situaron, cerca de los payaguaes, a la altura de su anterior morada (1), y constituyeron una de las agrupaciones más numerosas y más aguerridas de la región. Todas estas naciones, que durante la conquista vivieron generalmente alejadas o en frecuentes guerras, habían ido estrechando paulatinamente sus relaciones, en los azares de sus luchas con los pobladores de la Asunción; y al finalizar el siglo XVI, aquellos inmigrantes, unidos con los payaguaes, los naperúes y los guaycurúes, formaban contra la colonia una vasta coalición indígena, que se extendía al occidente del río hasta los 18° de latitud. De este modo, cuando a raíz de las nuevas fundaciones, la ciudad retornaba a su antigua situación, la guerra con los indios adquiría proporciones que no había tenido antes, en las condiciones también más desfavorable para la colonia.

Los vecinos, que poseían hacienda en la banda opuesta, no podían, sino con grandes riesgos, procurar el aprovechamiento de su ganado, que le disputaban los indios, y lo arreaban al interior, acrecentando sus medios de subsistencia y extremada movilidad. La caballería guaycurú imprimía nuevo carácter

(1) Nuestro estudio citado. Datos posteriores al siglo XVI.

a la lucha. La navegación del río obstruída por los payaguáes, ocasionaba sangrientos choques, aumentando esas dificultades y la incomunicación de las poblaciones del Guayrá. Y en las cercanías de la ciudad, la ausencia o dispersión de los auxiliares guaraníes facilitaba el acceso a las zonas agrícolas, a través del espeso bosque que constituyeron su defensa. Amparados por el despoblado, las hordas enemigas, en constante acecho, caían inopinadamente sobre la región menos prevenida, asolando los sembrados, saqueando las estancias y exterminando o cautivando a los pobladores. Esta situación, que provocó el abandono de las fértiles tierras de Tapuá, se hizo sentir bien pronto en los valles vecinos. Y así, entre las numerosas trabas que embarazaban la vida asuncena, la hostilidad indígena aparecía como la más opresiva e intolerable.

Para resguardar esas poblaciones, que constituían el sostén económico de la colonia, el gobierno y el Cabildo procuraron afanosos todas las medidas a su alcance. Se establecieron guardias en la costa del río, se mudaron los antiguos fortines a sitios más aparentes, se erigieron castillos y presidios al norte y al sur de la ciudad, y se creó una contribución especial, que, con el nombre de «Ramo de guerra», duró hasta después de la dominación española. Pero el medio más eficaz no pudieron ser esas medidas de defensa. Su fuerza estaba en las milicias, en las que cada poblador, con el arma siempre lista cerca de su sembrado, aguardaba atento el primer aviso, para concurrir con su persona y sus recursos, no sólo a defender su

tierra, sino a extender en su derredor la seguridad de su dominio.

La guerra con los indios no se circunscribió así a la zona ocupada. Una real disposición la autorizaba entonces ampliamente (1). Y, basada en ella, la ciudad, a la vez de precaverse de sus agresores, emprendió contra ellos una campaña ofensiva, ímproba y tenaz, de que pueden dar idea el tiempo que duró, el carácter de aquellos indios y la situación casi siempre inerme de la provincia. Desde antes de su división, en 1617, los gobernadores habían reanudado la guerra contra los guaycurúes, en la que actuó como capitán el historiador Ruy Díaz de Guzmán. En 1616, Juan Resquín, por orden de Hernandarias, emprendió otra por el río, contra los payaguáes, y poco después, el maestre de campo Juan de Abalos destrozaba a estos mismos indios, mientras el gobernador Frías reducía momentáneamente a los guaycurúes en la banda occidental. Tres años después, las tropas asuncenas, divididas en dos partidas, marchaban nuevamente al Chaco, contra los mahomas al sur, y los payaguáes al norte. En 1631, el gobernador Céspedes Xeria enviaba otra armada contra aquellas naciones; igual hicieron los gobiernos que siguieron hasta 1650, y en la segunda mitad del siglo XVII otras veinticinco expediciones recorrieron otra vez el Chaco, donde en todo el siglo siguiente las milicias asuncenas continuaron sin interrupción aquel interminable y sangriento avance contra los indomables aborígenes, ca-

(1) Real cédula del 16 de abril de 1618.

si a razón de una expedición cada dos años (1).

Esas campañas no eran, por cierto, ligeras excursiones por la tierra enemiga, favorecidas por la inferioridad de los elementos indígenas. Estos, más experimentados y en mayor número que antes, habían mejorado también sus medios para la guerra. Y las milicias mal armadas (a veces sólo con lanzas y «palos aguzados»), sin instrucción militar y costeadas por sus propios donativos, tuvieron con frecuencia que emprender jornadas parecidas a las que señalaron la marcha inicial de la conquista. En 1645 el gobernador Hinestrosa reanudaba la guerra contra las naciones coaligadas, y todavía en junio del año siguiente preparaba refuerzos para las tropas que combatían en la banda occidental. La expedición de Lázaro Ortega Vallejos, de 1662, penetró en el Chaco, arriba del Jejuí, estableció seis fuertes en la región que recorrió, persiguió a los mbayaes y naperúes durante cinco meses; y después de dispersarlos en reñidos combates, en que pelearon hasta las mujeres y murieron más de 300 indios y 12 caciques, regresó a la Asunción con 135 prisioneros, 400 vacas y 200 caballos tomados al enemigo (2). En 1677 Juan de Fleytas, al mando, de otra expedición, anduvo más de 100 leguas en dicho territorio, y las que se realizaron después, en ese siglo y el siguiente, recorrían con frecuencia extensas zonas de la misma

(1) Los informes acerca de estas expediciones constan en numerosos manuscritos del Archivo Nacional.

(2) M. S. del Archivo Nacional, N. 116, nueva encuadernación.

región, durando a veces cuatro y cinco meses.

Ese esfuerzo persistente e infatigable fué señalando asimismo la ampliación paulatina del dominio provincial. Limitado al principio cerca de la Asunción, fué extendiéndose por el norte, arriba de los payaguáes, ya casi sojuzgados, y al finalizar el siglo XVIII, las expediciones tenían por teatro la tierra de los chamacocos, al occidente de Borbón y de Coimbra.

Las expediciones al Chaco tienen así una importancia especial en la historia de la provincia. Constituyeron una verdadera cruzada de expansión civilizadora a la vez que un esfuerzo victorioso de estabilidad interna; y a la par que refrenaban el impulso devastador de las hordas indígenas, iban extendiendo el dominio efectivo del gobierno en los dilatados términos de la provincia. Así se exploró su territorio, se difundió su población y se promovió su lento progreso, en un batallar de siglos, sin tregua ni descanso, en que los factores adversos no fueron sólo el indio indomable y el desierto inclemente, sino el aislamiento, la pobreza y, el desamparo.

XVIII

LA CIUDAD COLONIAL

Breve ojeada sobre el perímetro urbano.—Persistencia de su antiguo aspecto.—Los edificios, las calles, el centro y los arrabales: sus caracteres distintivos.—La zona intermedia entre el campo y la ciudad.—La zona Norte.—La barranca.—La plaza de Armas y los edificios públicos.

Si bien los progresos de la Asunción fueron un tanto sensibles desde el último cuarto del siglo XVIII, puede decirse que ellos se referían exclusivamente a sus condiciones económicas y al acrecentamiento de la población, sin que pudiera señalarse hasta entonces el menor indicio de transformación urbana.

La ciudad conservaba íntegramente su antigua característica y su fisonomía tradicional: sus altas barrancas ribereñas del río, sus zanjones profundos y sus alcores arbolados, en cuyas cimas y laderas los edificios uniformemente bajos, de amplia techumbre y ciclópeos muros de adobe, parecían desparrramados al azar. Las calles, apenas esbozadas, sin pavimentos ni aceras, diseminábanse en tortuosos callejones, de general desnivel y caprichosas encrucijadas, por donde

las grandes lluvias precipitaban sus aguas como torrentes impetuosos, que socavaban los cimientos de las casas, invadían los patios y arrasaban los huertos y gallineros de los vecinos imprevistos.

Dentro de esas condiciones generales, en que se debatían sin sosiego ni eficacia las menguadas energías del municipio, podían no obstante, distinguirse, así por su edificación como por sus habitantes, las partes que podríamos llamar el centro y los arrabales de la ciudad. Formaba la primera un gran polígono, que apoyando uno de sus lados en la margen del río, tenía sus ángulos principales en los conventos de la Merced, de San Francisco, de Santo Domingo y en la parroquia de la Encarnación. Dentro de este polígono, que abarcaba el primitivo núcleo de la ciudad, tenían su residencia la flor y nata de la aristocracia y de la fortuna, las familias de vieja prosapia conquistadora, los ricos hacendados de noble estirpe, los funcionarios públicos, los comerciantes acaudalados, los miembros distinguidos del clero y de las milicias. Y a su derredor se extendían, circundándolo en un vasto semicírculo, las casas de los vecinos más modestos, de los viejos hidalgos empobrecidos, de la clase más humilde y de los pequeños negociantes.

No había, sin duda, una absoluta diferenciación entre las dos zonas concéntricas de la antigua sede colonial; pero, en general, ofrecían muy marcadamente esos caracteres distintivos que, en igual forma, podían observarse también en sus respectivas edificaciones. En el interior de la primera, donde residía la más

alta representación social de la ciudad, la arquitectura asuncena, bien que uniformemente desprovista de toda apariencia artística, se distinguía por su mayor elevación, sus macizos pilares de ladrillo y sus amplios tejados; en rededor, los humildes solares, rodeados por sus cercos de «ybirapemby», que reforzaban floridas lianas y arbustos espinosos, conservaban más el sello de los antiguos tiempos, con sus casas de bajos aleros, cupial redondeado, techo de paja y horcones de urunday. Contemplado a la distancia el extenso y desperdigado caserío, destacábase bien la sinuosa línea que separaba el dominio de la teja y el ladrillo, y el de la paja y la madera. A un lado predominaba el color de la teja y al otro el gris, los que, emergiendo de entre el verde perenne de los naranjos, los enhiestos guayayvís y los copudos ybyrayú, daban sus tonos característicos a aquellas dos fracciones adyacentes de la capital paraguaya.

Pero esas diferencias se atenuaban visiblemente a medida que ambas fracciones se alejaban de su línea divisoria, concretándose la una alrededor de la plaza de Armas, centro de la actividad burocrática, eclesiástica y civil, y diseminándose los contornos ya vagos del arrabal entre las residencias campestres, que ostentaban sus viejos caserones de teja, a la sombra de frondosas arboledas, en medio de extensos sembrados, ganado selecto y abundante esclavatura. En ambos extremos, y sobre todo en el último, era donde por lo general pasaba su vida, encontraba sus goces el opulento vecino de la Asunción. Algunas de

esas residencias poseían comodidades que se envidiarían en el centro; porque esa región intermedia entre el campo y la ciudad, que reflejaba por entero las condiciones de su formación originaria, fué siempre para el paraguay colonial el lugar predilecto de su solaz y sus placeres. Las crónicas galantes del tiempo aquel, a haber existido, no ofrecerían seguramente otro teatro de más fecundos episodios, como nos dan una idea las fugaces referencias que surgen a veces de las viejas relaciones.

Fué allí donde los jesuitas localizaron el campo de los esparcimientos de Antequera, a quien le atribuían tanta pasión en contra de ellos como a favor del bello sexo de la Asunción. Y fué allí seguramente, en esa zona intermedia, en que la linajuda juventud se dió la mano con las criollas del arrabal, donde nacieron las picantes coplas hispano-guaraníes, y donde la guitarra preludió los primeros aires nacionales, cuyos acordes penetran tan hondo en el sentir del paraguayo y animan su soledad y sus nostalgias, vibrando perpetuamente dentro de su corazón como el eco lejano del terruño.

Por el lado opuesto de estas mansiones campestres, cuyos poblados contornos recordaban los antiguos albergues rústicos de la conquista, se extendía, asentada sobre la alta barranca del río, la extremidad norte de la ciudad, donde estaban agrupados, alrededor de la plaza de armas, los principales centros de la actividad gubernativa, educadora y eclesiástica de la provincia, tal como en los primeros tiempos de la fundación de la Asun-

ción. Formaba esa plaza un espacio oblongo un tanto irregular, cuya parte más extensa paralela al río tenía por ese lado el edificio del Cabildo, a orillas de la barranca, y en frente el Palacio del gobernador y las Cajas Reales, que ocupaban una manzana, á cuyo costado izquierdo, mediando un estrecho callejón, se elevaba la Factoría de tabacos, que, doblando hacia el río, tocaba el edificio del Real Colegio Seminario de San Carlos, formando de ese modo uno de los ángulos y el límite occidental de la plaza. En la extremidad opuesta, hacia el oriente, estaba la Catedral, que destacaba en medio de un gran espacio vacío su desgarbada torre y entejada techumbre de no muy altos aleros. Y llenando en parte, el gran hueco existente hasta el Palacio de gobierno, varias casas ocupaban la manzana que forma actualmente la Plaza Constitución.

Tal era, vista en rápida ojeada, la ciudad de la Asunción, en los últimos tiempos de la dominación española. De más estaría, decir, como rasgo final, que en materia de edificación predominaban los edificios de un solo piso. Los únicos algo elevados eran las residencias de las campanas en las iglesias de la Asunción. Y también la torre del Cabildo. Pero de ella nos ocuparemos después, pues esa torre tuvo también su historia y su pequeño papel en los episodios de aquel tiempo.

XIX

EL CABILDO Y SU TORRE

Las grandes lluvias.—Traslación constante de los edificios. Situación permanente de la Casa Capitular.—Local primitivo del Cabildo.—Su lucha secular con las aguas del río y las aguas del cielo. El Cabildo a principios del siglo XVIII.—Aparición del primer reloj.—La torre del Cabildo.—Su accidentada historia incluye el primer cambio radical en el régimen de la construcción urbana.

Al señalar, tras una rápida ojeada, la situación y los rasgos característicos de la Asunción a fines del siglo XVIII, hemos podido notar la persistencia con que sus primitivos centros o establecimientos conservaron su antigua posición en la zona ribereña del río.

Pero no estará demás advertir que ese hecho referente a la ubicación de los respectivos edificios, no habría podido atribuirse a las construcciones mismas ni al terreno en que se levantaron. Porque si aquellas modestas fábricas, de precaria existencia, tuvieron que pasar por interminables renovaciones, no fué más consistente la base de sus primitivos asientos, franja de arenosa tierra, que, desgastada sin cesar por las crecientes del río y las tormentosas lluvias, ocasionó más

de una vez la traslación forzosa de esa importante sección del municipio. Es así como algunos conventos, cuyas ruinas subsistían aún en las cercanías del río, habían emigrado hacia el interior, señalando por ese lado el límite del polígono que encerraba la parte central de la ciudad.

Semejante dispersión, en que podían incluirse también las moradas particulares, no alcanzó sin embargo a producirse entre aquellos edificios, que conservando sus relativas situaciones, fueron resbalando, si así puede decirse, con el espacio oblongo de la plaza en medio, sobre el terreno contiguo a sus anteriores sitios. Y de seguro ninguno ofreció mayor firmeza en su ubicación como el viejo Cabildo, que invariablemente situado sobre el extremo de la barranca, con el Chaco al frente y el río a sus pies, parecía condensar en su propio destino y sus persistentes anhelos la silenciosa quietud de las inmensas selvas y el perpetuo rodar de la corriente. Ese pequeño centro, a la entrada de la ciudad, fué ciertamente el guardián avanzado de su seguridad y de sus fueros; su vida resumió no pocas veces la vida de la ciudad misma, las energías de toda la provincia; y por allí, por esa entrada, tendrán forzosamente que pasar quienes aspiren a entrever en las oscuras entrañas de la historia algo de nuestra antigua existencia, antecedentes inexcusables de nuestras presentes modalidades. Pero fué su destino la silenciosa obscuridad, en que apenas se distinguen, por sus impresionantes relieves, las huellas de tumultuosos episodios; y es así como, en estas mismas líneas, tócanos an-

ticipar a ese estudio, que tantearemos alguna vez, el modestísimo recuerdo de su viejo local, que, a pesar de sus años, no correspondió; sin embargo, ni a la antigüedad, ni al prestigio de la institución.

El Cabildo de la Asunción, que se constituyó, según parece, bajo el gobierno de Irala, a poco de la despoblación de Buenos Aires, fué, en efecto, tan pobre en sus comienzos, que careció por bastante tiempo de un edificio propio, habiendo inaugurado sus funciones en el recinto de la iglesia, celebrando también posteriormente sus acuerdos en la casa del gobernador. No era indudablemente el hecho extraño a otras ciudades menos aisladas y lejanas, que diseñaban ya su próspero porvenir: el Cabildo de Buenos Aires funcionó por muchos años en el fuerte de la ciudad, y hasta hubo un gobernador que se quejaba de que los cabildantes le recibieran en una sala de la cárcel pública, donde «a la sazón tenían allí presos todo género de españoles, indios y negros... y allí estaba el cepo y el burro en que se da el tormento». Pero lo que en los orígenes de la gran metrópoli fué sin duda un accidente, un tanto recargado por la susceptibilidad del gobernador, se manifestó con bastante permanencia en la antigua sede colonial. El primitivo asiento del Cabildo debió ser bien mezquino y deleznable; en 1607, la casa de la ciudad, reconstruida probablemente, estaba todavía inconclusa (1). Y su terminación no significó sino

(1) M. S. del Archivo Nacional.—El 17 de diciembre de dicho año el Cabildo «acordó pregonar la conclusión del edificio».

la pronta reanudación de las reparaciones, que se sucedían sin término, bajo la confluyente acción de las aguas del río y las aguas del cielo. En 1743, según consta en el acuerdo correspondiente al 13 de mayo, el edificio del Cabildo «estaba amenazado de inminente ruina» por el avance de las zanjas laterales, que requirieron una seria defensa de cal y piedra. En situación parecida siguió algunos lustros más; pero desde el último cuarto del siglo XVIII, pudo notarse, a ese respecto, una reacción favorable, debida, sin duda, al mejoramiento económico de la provincia, que refluendo directamente en la capital, se hizo sentir desde luego en las condiciones materiales de su predilecta institución. Su antiguo mobiliaje sufrió transformaciones de importancia; el edificio recibió sensibles mejoras, y hasta se renovaron las deshiladas alfombras de los regidores en la iglesia catedral. Pero el hecho que, en tal sentido, hizo época en los fastos del Cabildo fué la adquisición de un reloj, destinado a distribuir regularmente el tiempo en aquella población acostumbrada a medir el curso del día por las sombras de los campanarios y los aleros de sus casas.

Era el reloj del Cabildo, según refieren los documentos, una máquina de gran tamaño y acabada ejecución, «con una campana grande que da las horas y otras más pequeña que da los cuartos». Y de su advenimiento al dominio capitular quedan constancias bien precisas en las actas de las sesiones de 1773. Pero la adquisición de ese precioso instrumento, que acogió con complacencia toda la ciudad,

tuvo que plantear en seguida el problema de su ubicación: el reloj necesitaba espacio, sobre todo altura, para repartir sonoramente las horas a la población asuncena. No era el asunto muy sencillo dentro del presupuesto municipal y las crecientes exigencias de las obras públicas. Más la ciudad no manifestó por ello la menor vacilación, y previa la asignación de los recursos correspondientes, resolvió de común acuerdo, a principios del citado año, la erección de una torre para «el reloj del Cabildo».

Coincidió esa determinación con el comienzo del gobierno de don Agustín Fernando de Pinedo, que no dejó amables recuerdos en la sociedad, ni fué de la devoción del Cabildo, circunstancias favorables a la sospecha de su perniciosa intervención contra aquella medida. Así se desprende en cierto modo de algunos testimonios, cuya imparcialidad es, sin embargo, discutible. Lo cierto es que, durante toda la administración de Pinedo, la obra apenas pudo comenzarse; un año después de su retiro todavía ella estaba sin concluirse; y fué al cabo de siete años, durante el gobierno de Melo de Portugal, que el Cabildo pudo, al fin, inaugurar la torre, donde se colocó el reloj con su doble campana, bajo una grande y vistosa cúpula trabajada por el arquitecto don Antonio Martínez de Viana (1).

Esa obra, que de tal modo pusiera a prueba la paciente entereza del Cabildo, estaba, em-

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo del mes de marzo de 1781.

pero, muy lejos de probar la pericia arquitectónica de su constructor. Formada ella de un alto armazón de madera, cubierta interiormente de un ligero revestimiento de adobe, terminaba en un amplio capitel, que en igual forma, asentaba su pesada mole sobre sólidos soportes de urundey. La consistencia de la construcción no ofrecía así reparos en apariencia, sobre todo en las tranquilas horas en que los cabildantes se dedicaban a sus tareas. Pero no sucedía lo mismo cuando se desencadenaban los torrenciales aguaceros con fuerte viento. En las noches tormentosas, en que arreciaba con furia el temporal, los vecinos más próximos podían escuchar las sordas trepidaciones del monumento, cuya colosal cabeza oscilaba pausadamente, entre los zumbidos del viento por sus desgastadas claraboyas. Y mientras los embates del aire conmovían el recio maderamen del armazón, las aguas realizaban labor no menos importante en su deleznable capa de adobes.

A mediados del año 1786, se dió cuenta el Cabildo de que algo grave ocurría dentro de la torre, cuyas paredes, surcadas de numerosas grietas, deshechas o desconchadas en varias partes, ofrecían a la vista grandes fragmentos de su desvencijada armadura. La máquina del reloj no funcionaba normalmente, y hasta las campanas parecían sonar con vibraciones extrañas, más tenues de lo acostumbrado. En el acto fué ordenada una minuciosa inspección, comisionándose, al efecto, «al inteligente negro Pachí», un gran perito en la materia, quien informó en seguida que la morada del reloj estaba herida de muerte por la

acción combinada de los vientos y de las lluvias, que la batían constantemente por fuera como por dentro. No había otro medio que rehacer la obra, cambiando sus materiales: a la madera y el adobe debían reemplazar el ladrillo y la cal. Y el Cabildo, ajustándose a ese dictámen, resolvió inmediatamente el comienzo de los trabajos, cuya dirección se encomendó, «para evitar cualquier imperfección en la nueva obra», al ingeniero de la 3.^a partida de límites con Portugal, don Julio Ramón de César. La construcción de la nueva torre, realizada con la mayor vigilancia y esmero, terminó, por fin, en diciembre del mismo año (1).

Y fué así como el Cabildo de la Asunción pudo comprobar una vez más que las aguas, que eran la bendición de la ciudad, así corrieran a sus pies como viniesen de arriba, y constituían entonces (como constituyen hoy) su poderoso elemento de comunicación externa, de limpieza, higiene y salubridad públicas, eran a la vez los agentes más activos de los estragos municipales, el origen secular de sus afanes sin término. Y pudo sobre todo comprobar que, para luchar contra ellas, no había más remedio que sustituir el régimen del palo y el adobe por el de la piedra y el ladrillo. La construcción definitiva de la torre del Cabildo aparece así estrechamente vinculada a la visible reacción que en tal sentido se notó desde entonces, siendo sin duda su más elevado exponente. A los rollizos y tirantes de laurel o urunday reem-

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo de 1786.

plazaron la piedra, la caí y el ladrillo, en los arreglos de las calles y las defensas de las barrancas, como puede comprobarse revisando las «Cuentas de las obras públicas», que corrían a cargo del síndico procurador general de la ciudad.

Pero esa torre, que se erguía, al fin, con firmeza frente a la casa del gobernador, al cabo de trece años de persistentes esfuerzos, tenía, sin duda, en el concepto del Cabildo una significación más alta: era la expresión tangible de su paciente tenacidad, comprendía algo de su propia importancia, que dañada en ocasiones bajo el ingrato recuerdo de pasados tumultos, fué mantenida con serenidad inquebrantable por los miembros de la vieja institución.

XX

LA CASA DEL GOBERNADOR

Su origen, situación y primitivo destino.—Breve descripción del edificio.—Su estratégica ubicación para percibir las pulsaciones de la ciudad.—Centro de inercia espiritual, que culminó en tiempo del Dr. Francia.—La acción gubernativa durante la colonia.—Los verdaderos resortes de la autoridad provincial.—La vida pública.—El Gobernador y el Cabildo.

Cuando don Joaquín Alós se hizo cargo de la Intendencia del Paraguay, el Cabildo de la Asunción acababa precisamente de dar cima a la construcción definitiva de la torre, que erguida sobre el extremo de la barranca, ostentaba bajo su amplio y esbelto capitel el reloj de la ciudad.

La Casa de gobierno, donde se instaló el nuevo intendente con su familia, era una gran fábrica de adobes y ladrillos, de entejada techumbre y extensos corredores, que ocupaba una manzana, a uno de los lados de la plaza de Armas, frente al edificio del Cabildo. No había sido la obra costeadada por la real hacienda, ni los propios de la ciudad. Construida por los jesuitas, según algunos autores, ya en sus últimos tiempos, para servir de retiro en sus ejercicios espirituales, pasó después de su extrañamiento, al poder del

Estado, y se la convirtió en residencia gubernativa, sin más modificaciones, seguramente, que la agregación de una pequeña cochera y un palomar, y la distinta aplicación de sus amplios aposentos.

En la época a que nos referimos, dicho caserón estaba dividido en dos partes, separadas por una valla de palo a pique: la menor, situada al lado izquierdo, estaba ocupada por las cajas reales, los almacenes de hacienda y las oficinas de los ministros; y la otra, que abarcaba las tres cuartas partes de todo el edificio, constituía el despacho y la morada del gobernador. Tenía ésta su entrada principal en la fachada frontera a las márgenes del río, y la formaba un amplio zaguán, a cuyo lado izquierdo se abría la secretaría del intendente y a su derecha una antesala o sala de espera para los particulares. Seguía a ésta un vasto salón de escogido moblaje, y luego el despacho gubernativo, que ocupaba la extremidad derecha de ese lado del edificio, y doblando hacia atrás se comunicaba con el comedor, que daba acceso a una salita, viniendo después el dormitorio y una pieza contigua que servía de recámara. Varios otros cuartos, distribuidos convenientemente, formaban los demás departamentos o dependencias, así como las habitaciones de los criados. Y otro zaguán abierto cerca del extremo sur, en comunicación directa con el traspatio, daba entrada al coche del gobernador y servía para la circulación de la servidumbre en sus diarias faenas fuera de la casa. Casi todas esas piezas estaban circundadas exterior

e interiormente por amplios corredores de piso enladrillado, ya través de ellos se comunicaban con los patios, cubiertos de gramilla y poblados de frondosos naranjos, que en los días estivales, agregaban el solaz de su apacible sombra al fresco ambiente de la ribera.

Los que echaron los cimientos de aquel edificio, con fines puramente espirituales, tuvieron, sin duda, también un admirable sentido de su ubicación terrestre. Porque el amplio cuadrilátero sobre el cual se levantó, permitía observar desde sus cuatro ángulos los centros más importantes de la actividad asuncena. Desde allí se podían percibir y graduar las pulsaciones de la vida civil, política y eclesiástica de la ciudad. Y fué indudablemente acertado el destino que se le dió, que muchos juzgaron providencial, pues como el tiempo lo comprobó, no pudo haber tenido el poder situación más estratégica para vigilar desde su inmóvil dominio las energías nacientes de un pueblo.

Arrancando de la calle principal (seguramente la antigua calle Real), la casa de gobierno tenía a su derecha en el extremo de la plaza, la vieja catedral, que extendía sus amplios tejados, como dos enormes alas, sobre sus tres naves y anchos corredores, donde los fieles se guarecían de la lluvia y del sol durante las procesiones y grandes festividades. Frente a la residencia gubernativa estaban el Cabildo y los cuerpos de infantería y caballería; a su izquierda, las oficinas de los ministros principales de hacienda, las

Cajas reales y la Factoría de tabacos; y en esa misma dirección, el Real Colegio de San Carlos donde por expresa orden del rey debían compartir sus estudios con la juventud asuncena los hijos de los principales caciques guaraníes. Avanzando un poco hacia el centro de la plaza, se dominaba asimismo por el oriente la poblada parroquia de naturales del patrón San Blas, y, al lado opuesto, el convento de Santo Domingo, asentado sobre sólida meteta, en medio de su bulliciosa ranchería.

Todas las instituciones y establecimientos más importantes de la ciudad estaban así distribuidos a la vista del gobernador, cuya residencia, aislada en uno de los extremos de la plaza, con las torres de las iglesias y del cabildo en derredor, parecían concentrar dentro de su desgarrada mole las preocupaciones dominantes de su tiempo, gérmenes de inercia espiritual, en la que, sin duda, nadie se sumergió con devoción tan inflexible como aquel estupendo doctor José Gaspar de Francia, que pasó allí 26 años, alejado del mundo y de la vida, sin escuchar sino los ecos de sus propias voces en los silenciosos rincones del caserón.

En la época que nos ocupa, esa circunstancia relativa a la ubicación del centro gubernativo, exenta sin duda de toda deliberación, estaba ciertamente muy lejos de tener la influencia y las proyecciones que llegó, a veces, a alcanzar en el futuro. Ni el poder era tan opresivo, ni sus escollos tales que ocasionaran abusos mayores de los que primaban en otras partes. Dentro de la constitución provincial, la autoridad del gobernador, pru-

dentemente atemperada por previsoras y justas disposiciones, tuvo casi siempre, con toda su aparatosa exterioridad, una eficacia directa más aparente que real; porque esa autoridad se diluía, si así puede decirse, de modo casi inadvertido en los tradicionales directores de la masa campesina, supervivencias de los fieros caudillos de la conquista, militares por lo general, que eran los resortes inexcusables de la acción gubernativa. Eran los comandantes de las milicias, los grandes terratenientes y encomenderos, como lo notó cabalmente una de las autoridades más sagaces del Paraguay (1), los que verdaderamente influían en los rumbos de su destino. Pero el hecho no se manifestaba generalmente en forma molesta para el prestigio del poder. En el proceso de la formación nacional sus principales factores fueron silenciosos y poco aparentes: basados, en su gran mayoría, en motivos económicos, casi sin conexiones con la madre patria, apenas llegaron a hacerse sentir. Y fuera de sus manifestaciones más sonadas, como las convulsiones y tumultos que agitaron a la provincia, sin ser tampoco bien comprendidos, no ofrecían al gobierno motivo de mayor preocupación. La fidelidad al rey, la adhesión sin reservas a la monarquía, eran hechos tan normales y tradicionalmente mantenidos, sin directos estímulos en su contra, que su discusión no habría encontrado ambiente en aquella población conservadora, aislada y lejana, que tenía muy en otra parte

(1) El Gobernador A. F. de Pinedo. Ver sobre este punto nuestro «Estudio sobre la Independencia del Paraguay». Cap. V.

puestos sus miradas y sus intereses. Y así, la difusión de ciertas ideas que la madre patria perseguía entonces con ahínco, no llegó a dar mucho que hacer en la provincia.

Pero si desde ese punto de vista fundamental, el gobierno, libre de preocupaciones, no tenía porque extremar el peso del poder, no sucedía lo mismo en otros órdenes menos importantes, principalmente en aquellos que afectaban sus relaciones con el Cabildo y el ejercicio simultáneo, ocasionado a continuos rozamientos, de sus respectivas funciones. La vida pública asuncena, tan uniformemente tranquila y monótona, en aquellos aspectos principales que forman sus grandes lineamientos históricos, ofrecía de este modo, en las relaciones del Cabildo y del gobernador, frecuentes incidencias de carácter local, a veces de meros procedimientos, que no tuvieron seguramente en los estrados del virreynato mayor repercusión de la que tienen hasta hoy en las inéditas actas capitulares, y en donde, sin embargo, se destaca y puede apreciarse en todo su vigor el espíritu de ambas autoridades. A las propensiones absorbentes de la una, no esquivó casi nunca oponer la otra, dentro de las debidas limitaciones, la justicia de su causa y el prestigio de sus antiguos fueros. Y de esas encontradas tendencias, que planteaban, en medio de cuestiones protocolares, otras de mayor trascendencia, fueron, a veces, jueces las mismas autoridades de la metrópoli.

Mucha parte tuvieron, sin duda, en todas ellas, las cualidades personales de los actores. Las elevadas condiciones del verdadero mérito

to se inpusieron en ocasiones a la benevolencia general, cubriendo los achaques de menor cuantía. Mas, por lo general, había en las respectivas posiciones de dichas autoridades motivos de desinteligencia frecuente o de continuos rozamientos, derivados de sus mismas modalidades, **que**, atenuadas en ocasiones, renacían después **con** mayor fuerza. Tendían los unos evidentemente a refrenar, en desmedro de las aspiraciones criollas todo conato de independencia de la influencia gubernativa; y había en su oposición respetuosa, pero firme, algo de ese viejo espíritu democrático que caracterizó, en el fondo, a la sociedad del siglo XVI. Y no parece, a su vista, inconducente señalar la ventajosa situación **con** que la casa de gobierno permitía atisbar, en las menudas incidencias de la vida diaria, las actividades principales de la ciudad.

XXI

ALGUNOS ASPECTOS DEL SUELO Y SUS HABITANTES

Influencia del escenario en la vida de los actores.—La poesía de los contornos y la aspereza del suelo.—La circulación durante el día.—Ineficacia de los vehículos.—Los coches del obispo Videla.—Vida social: las misas de los domingos; reuniones matinales.—Centro predilecto de la aristocracia colonial.—Importancia del caballo.—Gérmenes de renovación, a fines del siglo XVIII.

Correspondiendo a uno de los rasgos más salientes de la metrópoli paraguaya, en las postrimerías del siglo XVIII, la población asuncena mantenía igualmente análogos caracteres en las normas de su tradicional existencia. Si la ciudad conservaba con persistencia su antiguo aspecto, sus habitantes no ofrecían tampoco variaciones perceptibles en su cotidiana actividad. Y no sería menester, ciertamente, muy atenta observación para entrever, dentro de esa mutua correspondencia, la influencia bien marcada del escenario en la vida de los actores. El caprichoso caserío que se destacaba a la distancia, entre los alegres tonos de sus arboledas y sus jardines, ocultaba, no obstante, bajo ese manto de verdura de suaves ondulaciones, las asperezas de un terreno, en constante desnivel, que, bajo la libre acción de la lluvia, se abría

o socavaba sin cesar, no permitiendo en muchas partes el tránsito sino por las escarpadas veredas y los puentes tendidos sobre las zanjas. En medio de aquella plácida vegetación, en que todo parecía risueño y amable, el suelo se mostraba duro y rebelde a la circulación normal de sus habitantes. Y esa circunstancia, bastante molesta durante el día, adquiriría de noche notoria gravedad, pues la falta de alumbrado público dejaba la suerte del transeunte librada a las mortecinas luces de su farol, menos apropiadas para guiar sus pasos que para dirigir la acción de algún desvalijador nocturno. La vida de la ciudad, por la influencia de estas causas más que por la práctica constante de un forzado retraimiento, cesaba por lo general con las últimas claridades del día, exceptuados naturalmente los ocasionales paseos, reuniones y serenatas a la luz de la luna.

Desde la hora de la retreta, que indicaba con sonoras campanadas el reloj del Cabildo, el profundo silencio de la noche sólo era interrumpido por el paso de las rondas, que tenía a su cargo la guarnición de la plaza, situada frente a la casa del gobernador. Una pequeña partida de infantería hacía la vigilancia hasta la media noche, y la continuaba un pelotón de caballería, que, bajo el mando de un oficial, recorría hasta el amanecer los barrios más apartados, entre los fuertes de San Miguel y de San Jerónimo.

Aquel accidente del suelo, que contribuía marcadamente al nocturno retraimiento de la ciudad, ejercía también alguna influencia en ciertas actividades de la vida diurna. El

terreno se prestaba poco a la circulación de rodados. Había partes inaccesibles a los vehículos de la época, lo cual ocasionaba al tráfico entorpecimientos y demoras, que no fueron seguramente extraños al sentido de la edificación y a la tardía formación de las calles, ni siquiera esbozadas, con excepción de la calle Real, en las postrimerías del siglo XVIII. Esas mismas causas impidieron que, a pesar de reiteradas tentativas, pudieran, ni aún en aquel período de mejoramiento económico, generalizarse ni alcanzar algún éxito el uso de los coches, señalando una de las fallas más sensibles del boato social y el protocolo gubernativo. Existía ciertamente de antiguo, en la casa del gobernador, un gran carruaje, cuya ubicación se señalaba, según hemos visto, en los planos oficiales. Y con análoga constancia documentada aparecen, por el mismo tiempo, los coches del obispado y de algunas altas dignidades eclesiásticas y acaudalados vecinos. El obispo F. Luis de Velasco, que se recibió de su diócesis en 1785, fué tal vez el prelado que más se preocupó de este punto, pues, según sus declaraciones, además de un carruaje que llevó de Buenos Aires, y un coche que tenía para sus excursiones por la campaña, poseía otro para la ciudad, y se reservó también, con el mismo fin, una berlina de su mayordomo. Pero esta diversidad de carruajes, sin duda, tan sólo llegó a comprobar su general ineficacia, pues en este caso, como en todos, la existencia de tales vehículos no pudo significar necesariamente su utilidad, porque tenía en su contra la hostilidad insalvable del suelo asunceno.

En tales condiciones no es de extrañar la persistencia de ciertos hábitos, cuyo origen hemos tenido ocasión de señalar al ocuparnos de los tiempos de la conquista. La general monotonía de las ciudades coloniales no tuvo seguramente en parte alguna caracteres más acentuados e inalterables que en aquella capital mediterránea, donde fuera de las funciones públicas y escaso tráfico comercial, la existencia diaria quedaba reducida, casi por entero, en la intimidad de los hogares. La vida social, falta de sus naturales incentivos tenía que ser extremadamente débil. Y seguramente la ocasión y el motivo de su mayor actividad eran las misas de los domingos, acontecimiento periódico que esperaba siempre con profanas ansias la católica juventud de la capital, porque después del santo sacrificio, precedido y seguido del desfile mujeril y las discretas cortesías de los varones, venían los «pagos de las visitas», que las amistades de confianza realizaban en el corredor o a la sombra de los rosales, donde en medio de la franca expansión de las almas juveniles, menudeaban el tradicional mate de leche con azúcar quemada y «naranja roquy». En círculos apartes, las personas de más edad platicaban en voz baja, refiriendo y comentando entre el chupeteo de sus cigarros los sucesos de bulto, cuyas repercusiones, matizadas por la transmisión oral, difundían silenciosamente aquellos elementos primarios y decisivos de la chismografía local, y la embrionaria opinión pública.

Pero esas tertulias que se repetían, a veces, al atardecer, en las claras noches de luna,

con música, y baile de cuando en cuando, no constituían, por cierto, los placeres favoritos de aquella sociedad, más inclinada, por la educación, el medio y los antiguos hábitos, a las emociones rudas y a los esparcimientos al aire libre. El centro predilecto de esas reuniones estaba fuera del radio urbano, en las quintas o chacras, que circundaban la ciudad, y fueron desde los primeros tiempos la residencia preferida, a veces permanente, de las principales familias. Lo que en el siglo XVI fué una necesidad impuesta por las condiciones de la conquista, acabó por vincularse permanentemente con los gustos y modalidades de la población que, por otra parte, no encontraba en la ciudad halago alguno que neutralizara sus antiguas predilecciones. Ha sido por eso que la residencia del asunceno colonial, dentro del radio urbano, fué por lo general, transitoria, debido a veces únicamente al ejercicio de los puestos públicos o las necesidades del comercio. Su morada habitual, el centro favorito de su solaz y de sus fiestas estaban en sus quintas, diseminadas más allá de los arrabales, en la región intermedia entre el campo y la ciudad. Y esto explica asimismo, dadas las condiciones topográficas expuestas, la importancia que tuvo el caballo, como medio de traslación, en las actividades de la ciudad.

En la época de que tratamos — correspondiente a la última década del siglo XVIII — la antigua sede colonial, conservando dentro de sus viejos moldes aquellos caracteres fundamentales, ofrecía, sin embargo, visibles síntomas de ciertos cambios y nuevas influencias.

Sus primeros indicios podrían, sin duda, fijarse con anterioridad, vinculándolos con algunos hechos, que, como los intereses de la defensa del virreinato o el establecimiento del estanco del tabaco, compensaron en algo sus negativos efectos económicos con el sensible aumento de la comunicación externa, derivada de las relaciones más continuas de la Asunción con la capital del virreinato. Porque fué a esa reacción inicial contra su antiguo aislamiento, que se debieron principalmente los gérmenes de alguna renovación dentro del ambiente provincial. El intercambio de las ideas, aun dentro de sus estrechas limitaciones, pudo ejercer desde entonces, con menor lentitud, su fecunda influencia en la capital paraguaya. La incorporación de nuevos elementos a la sociedad criolla fué asimismo, un hecho más frecuente, de no escasa importancia en aquellos tiempos que no conocieron la inmigración, siquiera como medio de compensar, en parte, la dispersión de la productiva población indígena.

Y entre tantos otros que concurrieron a vigorizar el viejo tronco colonial y gozaban entonces de la privanza gubernativa, podríamos citar a don Juan Gelly, ex-corregidor de Oruro, que emparentó con una de las principales familias de la provincia, dejando ilustre descendencia en el Paraguay y en Buenos Aires, y a don Bernardo de Argaña, de origen más modesto, pero de sonada actuación capitular en las postrimerías de la dominación hispana.

Coincidentemente con ese inicial movimiento, que trascendió paulatinamente en todos

los órdenes de la vida asuncena, un grupo selecto de destacados miembros de la armada española y distinguidos jóvenes arribaban entonces a la provincia con motivo de la fijación de sus límites con las posesiones lusitanas, Figuraban a su cabeza personas de reconocido mérito, relaciones y prestigio en la metrópoli, como don Félix de Azara, comisario de la tercera partida demarcadora, que iba, al cabo de una vasta labor, a vincular su nombre en forma imperecedera a la historia de esta parte de América, especialmente del Paraguay, y D. Juan Francisco Aguirre, comisario de la cuarta partida, cuyos escritos son igualmente conocidos, hallándose a sus órdenes meritorios oficiales e ingenieros que como don Pedro Cerviño, don Julio Ramón de César y don Ignacio Pazos tuvieron actuación distinguida en aquellos trabajos, de no escasa duración, cuya ineficacia no fué por cierto imputable a la Madre Patria.

Ese escogido núcleo de jefes y oficiales hacía su aparición en la capital paraguaya cuando la sociedad, bajo la influencia de los hechos antes citados, recibía el contingente de la nueva generación que había de actuar veinte años después en los acontecimientos precursores y decisivos de la independencia nacional. Pertenecía también esa juventud a la clase militar, de enclarecido abolengo. Y fué ella seguramente el elemento más accesible a las corrientes que, en el orden social, imprimieron menos rigidez a los caracteres dominantes de la existencia asuncena.

XXII

LA POBLACIÓN

Su composición étnica.—Intemperancia primitiva.—Aptitudes.—Condiciones de existencia.—Sociedad agrícola y militar.—Caracteres sobresalientes del criollo asunceno.—Sus causas.—Cualidades físicas y morales. Testimonios y juicios.

Efectuada la fundación de la Asunción, agrupóse dentro de su recinto, junto con los nuevos pobladores, parte de los antiguos habitantes de la región. Y como el número de mujeres de raza blanca era en extremo reducido, puede decirse que el crecimiento de la población y su composición étnica fueron determinados casi exclusivamente por la unión de los conquistadores con las indias. Pero es conveniente advertir que en la formación de la nueva raza no intervinieron únicamente los españoles, sino que participaron también, en crecida proporción, elementos de otras nacionalidades, entre los que cabe citar, por orden de su importancia numérica, los portugueses, los italianos, los flamencos, los griegos y los anglosajones.

Las condiciones en que se formó esta sociedad eran poco propicias para la regularidad y el orden. El elemento autóctono, predominante en número, se aferraba a sus an-

tiguos hábitos, y los conquistadores, lejos de imponerse con el ejemplo, los consentían, si no los alentaban, bajo el imperio, a veces, de la necesidad, y casi siempre en provecho de sus propias pasiones.

Las generaciones que iban surgiendo en esa forma, tornáronse pronto, de meros testigos, en actores preponderantes; y su influencia se destacó precisamente cuando sus progenitores, achacosos y viejos, comenzaban a contemplar con espanto, no exento de candidez, las proporciones del revuelto drama social, que ellos mismos habían provocado. «Esta es la verdadera Babilonia, escribía un viejo conquistador; bien puede llamarse esta tierra, tierra de confusión» (1) exponiendo la inmoralidad reinante. Algunos llegaron a proponer, como único remedio, dispersar a los criollos en lejanas expediciones (2), lo que ciertamente ocurrió con la fundación de nuevas ciudades. Y no obstante, años después, los excesos llegaron a tal punto que el Teniente de Gobernador, Juan de Garay, expidió un bando, autorizando a los vecinos «que tengan hijas... que puedan matar y maten a cualquiera que tomen en sus casas o corrales, sin que por ello incurran en pena» (3).

Pero en medio de estos vicios, se destacaban acentuadamente las virtudes cardinales de la raza en formación.

Irrespetuosos y disolutos en un ambiente propicio, pero extraordinariamente sufridos en

(1) Relación de Gregorio Acosta. «Colección Garay».

(2) Carta anónima, documento LXXVI. «Colección Garay».

(3) P. Groussac. «Anales de la Biblioteca». T. X. Documentos.

la adversidad, audaces en la acción y poco bulliciosos en la palabra, los mestizos asuncenos se distinguieron desde el principio por sus variadas aptitudes, su espíritu de observación, su silenciosa tenacidad en las duras labores del terruño, sus energías físicas y sus cualidades guerreras. El Factor Pedro Dorantes escribía al Consejo de Indias en 1573, que todos los arcabuces existentes en la Asunción eran obra de los mestizos, «que los han hecho y hacen, decía, sin haberlos visto hazer sino por relación que se les han dado» (1). Y al lado de numerosas acusaciones, los testimonios se multiplicaban acerca de sus rasgos sobresalientes. «Tienen muy poco respeto a las justicias, escribía de ellos el Tesorero Moltaño en 1579; hacen cada día muchas cosas dignas de castigo»; y agregaba, en seguida, «son muy curiosos, en las armas grandes arcabuceros y diestros a pié y a caballo; son para el trabajo y amigos de la guerra» (2). Un ex gobernador del Paraguay decía en España en 1570, que los mestizos de la Asunción eran «los mejores arcabuceros que hay en todas las Indias» (3). Y el P. Rivadeneyra decía de ellos «llámanse mancebos de garrote, por que como no hay espadas, traen unos varapalos terribles... son todos buenos hombres de a caballo y de a pié... fuertes como robles, diestros en sus garrotes, lindos arcabuceros».

Los caracteres de la población, que acaba-

(1) «Colección Garay».

(2) «Correspondencia de los Oficiales Reales».

(3) Ibid.

mos de esbozar, se fueron acentuando hasta afirmarse definitivamente en el largo transcurso de la vida colonial.

Desde que se fundó la ciudad, su población tendió a establecerse en su cercanía: fué siempre con preferencia, campesina o rural. El núcleo central, asiento del gobierno y de sus incipientes actividades económicas, no ofrecía alicientes ni medios para la concentración urbana. El comercio exterior fué casi nulo por mucho tiempo: el aislamiento de la ciudad, su incomunicación con el mundo, casi permanente; sus industrias, reducidas y puramente caseras. Y en esta situación, el cultivo de la tierra era el único sostén de la vida. Pero esta labor no podía tampoco realizarse con tranquilidad, en medio de la incesante lucha con los indios. Y a la par del sostenimiento económico de la existencia, era indispensable estar vigilando siempre su seguridad. La sociedad fué así, agrícola y militar, al mismo tiempo. Y nada expresó mejor ese doble carácter que el papel del hierro en la vida inicial asuncena: la «cuña», para ella más importante que el oro, fué la primera medida de los valores; y, el mismo pedazo de hierro que circulaba como moneda, servía para abatir el bosque, preparar la tierra y someter al indio.

En esas condiciones, la Asunción, al principio, y después el Paraguay entero, fué a modo de un campamento en constante actividad. Todos los paraguayos estaban obligados al servicio militar, desde los 18 hasta los 60 años, a su propia costa y con sus propios recursos de caballos, armas y municiones. «To-

dos vuestros fieles vasallos son soldados, escribía al rey el Cabildo de la Asunción, y los vecinos sirven diariamente en los veinte presidios que existen en la provincia». Y un gobernador, entre tantos otros, escribía por ese mismo tiempo: «No hay un hombre en toda la Provincia que esté libre de la esclavitud militar. Todos sufren la dura ley de estar todo el año con las armas en la mano, sirviendo en los cuerpos de guardia, en guarnecer los fuertes, en cubrir los pasos y en todas las fatigas militares» (1).

La mala organización de este servicio, que gravitaba perpétuamente sobre el agricultor, llegó a tener repercusiones perniciosas en la economía de la Provincia; pero afirmó, en cambio, las energías originarias de la nueva raza, en una lucha sin tregua ni descanso, con todo género de obstáculos.

Las frecuentes campañas expedicionarias por regiones escabrosas y lejanas, los llamamientos inopinados al servicio de las localidades o de los fuertes, etc., requerían una constante y rápida movilidad, que hizo necesario y general el uso del caballo, y convirtió en jinetes a todos los habitantes. Pero con frecuencia era indispensable recorrer largas distancias, por donde no podían transitar las cabalgaduras, y tuvieron que ser a la vez, infantes infatigables. Y como el país está entrecruzado por multitud de ríos y arroyos profundos y rápidos, donde los puentes eran desconocidos, todos tuvieron que ser igualmente resistentes y diestros nadadores. Un

(1) M. S. del Archivo Nacional.

criollo asunceno, que no supiera nadar y resistir a cualquier ejercicio, a pie o a caballo, era casi inconcebible. «De gran valor y ánimo inclinado a la guerra, diestros en el manejo de toda especie de armas, dice de ellos Ruy Díaz de Guzmán, son comúnmente buenos jinetes de a caballo de ambas sillas, de modo que no hay quién no sepa domar un potro, adiestrarlo con curiosidad en lo necesario para la jineta y brida». El capitán de artillería de la plaza de Buenos Aires, don Francisco de Pino, que conoció el Paraguay, a fines del siglo XVIII, escribía acerca de sus habitantes: «Por sus cualidades físicas como morales, parecen nacidos para soldados, pues generalmente son robustos, valientes, nadadores, jinetes, andadores a pie, callados, unidos, honrados y aseados». Y el ex-Gobernador del Paraguay, Don Lázaro de Ribera, le expresaba, a ese propósito, al Virrey Liniers, en un informe que le dirigió en 1808: «V. E. habrá observado mucho mejor que yo, que los Paraguayos son los mejores ginetes, y nadadores del mundo, y que pasan un Río navegable con la mayor facilidad. Los más caudalosos de Europa, que a veces detienen un Ejército victorioso, no serían para estos hombres más que pequeños arroyos. Las marchas, sorpresas, y retiradas, que pudieran emprenderse con semejantes soldados, sin exigir de ellos más que el uso regular de las armas blancas, y el fuego con viveza, y acierto, desconcertarían los mejores planes de un hávil General» (1).

(1) D. L. Molinari. «Antecedentes de la Revolución de Mayo». Informe muy reservado de Lázaro de Ribera sobre la situación de defensa de las fronteras de los dominios españoles y portugueses en Sud América.

Pero no sólo en tierra pudieron apreciarse los caracteres sobresalientes del pueblo. El paraguayo fué también marino, desde que existió, conocedor insuperable del caudaloso río, por cuyas aguas subieron sus progenitores, entre los que figuraron los mejores pilotos de su tiempo.

Un súbdito de la Gran Bretaña, que visitó el Paraguay a principios del siglo XIX, quedó impresionado por esa cualidad tan genuinamente nacional. «Es una raza anfibia, escribía de los paraguayos, medio de mar, medio de tierra». Y refiriéndose después a la destreza y resistencia de un baquiano paraguayo, que, de pie, en la proa de su buque, proseguía su tarea sin dormir durante tres días, «parecía el mago del río, agrega, escudriñando su elemento y timoneándose por algún arte nigromántico, entre toda la confusión de su tortuosa corriente» (1).

El ejercicio constante de estas duras actividades, que la necesidad impuso al paraguayo colonial, favoreció positivamente el desarrollo de sus energías físicas y morales.

La sociedad que surgió del desenfrenado mestizaje de la conquista, no fué, ciertamente, como ya dijimos, un dechado de buenas costumbres. La situación geográfica y el aislamiento del país no fueron, sin duda, condiciones desfavorables para esas tendencias; la historia económica de la Asunción ofreció asimismo períodos de gran depresión, como el de parte del siglo XVII, que debieron influir bastante en su demografía. Pero la observa-

(1) Robertson, Cartas.

ción de los hechos históricos deja en claro, de modo concluyente, que en el transcurso del tiempo, los defectos fueron neutralizados con ventaja, por otras cualidades. La educación del hogar y el régimen social, después predominantes, atenuaron y hasta modificaron sensiblemente la intemperancia nativa, y los caracteres físicos de la población, observados por numerosos testigos, confirmaron la excelencia del robusto tronco étnico del mestizo asunceno.

Hemos visto ya lo que escribieron el capitán del Pino, de la plaza de Buenos Aires, y el ex-gobernador Lázaro de Ribera. El conocido escritor don Félix de Azara, que reconoció gran parte del país, observó y estudió su naturaleza, su historia, su etnografía y sus costumbres, con imparcialidad tan rigurosa que parece a veces hostil, ha proporcionado sobre esos puntos elementos de juicio insospechables de la menor benevolencia. Y, refiriéndose a los habitantes del Paraguay, dice: «Los conquistadores llevaron pocas o ninguna mujer al Paraguay, y uniéndose con indias, resultaron una multitud de mestizos, a quienes la Corte declaró entonces por españoles... Observándolos, yo encuentro en lo general, que son más astutos, sagaces, activos, de luces más claras, de mayor estatura, de formas más elegantes, y aún más blancos, no sólo que los criollos o hijos de español y española en América, sino también que los españoles de Europa, sin que se les note indicio alguno de que desciendan de india tanto como de español».

Otros hombres de ciencia y viajeros han

confirmado ampliamente esos juicios. El comerciante inglés Juan Parish Robertson escribía con ese motivo, refiriéndose a la Asunción, en 1812: «La gran masa de la población era mestiza de español e india, tan atenuada respecto de la última casta, que daba a los naturales el aire y la apariencia de descender de europeos. Los hombres son generalmente bien formados y vigorosos, las mujeres casi invariablemente hermosas». En el mismo sentido se expresan los naturalistas Rengger y Longchamp, que residieron algún tiempo en el Paraguay.

La bondad del producto étnico, que representó el cruzamiento del europeo con el guaraní, ha sido igualmente reconocida por D'Orbigny. Y su confirmación se ha ofrecido en las más apartadas regiones del Paraguay, donde ha llegado la planta del extranjero. En 1836, el Señor J. L. Oliden, que después de atravesar parte de Bolivia y el Brasil, llegó hasta Fuerte Olimpo, escribía de su guarnición paraguaya: «Mantiene cien hombres entre artilleros y fusileros, y es una gente hermosa, alta, bien plantada, de fisonomía expresiva, blancos, y de trato muy cariñoso: hablan el guaraní y castellano» (1).

(1) M. Bach. «Descripción de la Nueva Provincia de Otukis».

XXIII

ESTADÍSTICA DE LA POBLACIÓN

Obscuridad acerca de este punto.—Defecto de los datos antiguos.—Hechos que permiten apreciar el desarrollo primitivo de la población.—Su dispersión a fines del siglo XVI.—El promedio femenino y el mestizaje permanente: su influencia en el crecimiento de la población.—Datos del siglo XVIII.—La población de la Asunción en 1793.

Un punto bastante obscuro, cuya aclaración ni se ha intentado todavía, es el que se refiere a la estadística de la población paraguaya, durante la época colonial.

Esta obscuridad se debe, no tanto a la escasez de datos, como a la circunstancia de que los más conocidos representan cálculos defectuosos e inexactos, hechos, por lo general, con fines administrativos, los cuales fueron utilizados, sin observación alguna, por un largo período de tiempo.

Limitándonos aquí a la ciudad de la Asunción, debemos declarar que esas dificultades son todavía mayores, siendo indispensable, para formarse una idea aproximada de su población, tener presente la forma y condiciones especiales de su crecimiento primitivo.

Desde los primeros tiempos, según ya hemos señalado, la población asuncena se des-

parramó con preferencia en las afueras de la ciudad, formando, en unión con el elemento indígena, verdaderas colonias, de las que surgía constantemente robusta y numerosa descendencia mestiza. Un vecino antiguo de la Asunción, vuelto a la madre patria, declaraba donosamente en el siglo XVI, que acaso podrían ser tachados de malos conquistadores, pero jamás de poco pobladores. Y decía la verdad.

Pero los hijos formados en aquellos centros de mestizaje, no quedaban siempre en el hogar paterno, sino que se esparcían también entre sus ascendientes indígenas, y, adoptando sus antiguas costumbres, contribuían activamente a la difusión de la nueva raza. El hecho llegó a asumir tales proporciones, que en 1599 dió motivo a una disposición gubernativa, «por lo mal que parece que españoles tan principales como los de esta Provincia y descendientes de tan nobles conquistadores biban como bibían los mismos bárbaros naturales» (1).

Estos mestizos vagabundos, tan españoles como sus hermanos constituidos en la ciudad, y tan factores como ellos de la población en creciente desarrollo, formaban un número bastante apreciable, que, a la par de sus descendientes, no estaban, sin embargo, incluidos en los censos oficiales. Y, juntamente con ellos, tampoco lo estaban los españoles o sus herederos y sus familias, que, en cantidad respetable, esquivaban declarar su carácter de «vecinos», por librarse de ciertas car-

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo, 1599.

gas públicas; lo cual movió a las autoridades a establecer penas contra «los muchos encomenderos que no tienen casa pública ni ostentan vecindad» (1).

Si agregamos a estos hechos, ya bastante graves contra la exactitud de los censos oficiales, los datos particulares, basados en cómputos muy anteriores o en apreciaciones puramente conjeturales, resultan las fuentes de información generalmente consultadas acerca de este punto, no sólo inaceptables para una estadística siquiera aproximada, sino contradictorias, a veces, en alto grado. En cumplimiento de una cédula de 1637, el conde de Chinchón elevó al rey, con recomendaciones sobre su seriedad y exactitud, un informe del jesuita Nicolás Durán sobre el Paraguay, en el cual se establece que la población de la Asunción, así de hombres como de mujeres, apenas llegaban a 1.000 personas (2). Y más o menos en la misma época, otro jesuita, el padre Ruiz de Montoya, notoriamente verificado en las cosas de la provincia, escribía que la población de dicha ciudad ascendía a más de 4.000 almas (3).

Otro defecto de los datos antiguos es no considerar la masa completa de la población. El geógrafo López de Velasco asignaba en 1570 a la Asunción «treientos vecinos y más de 2.900 hijos de españoles y españolas», sin mencionar las mujeres. Y a fines del

(1) M. S. del Archivo Nacional. Actas del Cabildo de la Asunción, de 1599.

(2) Ricardo Mujía.—«Bolivia-Paraguay». Tomo I.

(3) A. Ruiz de Montoya. «La Conquista espiritual».

mismo siglo, el gobernador Ramírez de Velasco decía que había en la ciudad 200 españoles y 2.000 mujeres, omitiendo citar el número de sus hijos (1).

Los motivos expuestos hacen muy difícil establecer, con alguna exactitud, los habitantes de la Asunción, en la época que venimos examinando, y solo cabe señalar las condiciones generales en que se desarrolló la población del país.

Ateniéndonos a los datos más verídicos, que hemos consultado, la población asuncena, más o menos regularmente constituida en familias, no debió bajar de 3.500 personas en los años de 1560 a 1565.

Iniciada después la fundación de ciudades (Santa Fe, Buenos Aires, etc.), en momentos de franca prosperidad del centro colonial, comenzó un considerable éxodo de varones, que continuó hasta fines del siglo XVI. La dispersión masculina constituyó, sin duda, un obstáculo al desarrollo normal de la población; pero su influencia no pudo marcar un estancamiento sensible, desde que el número de mujeres no había disminuido. El porcentaje femenino fué más bien en aumento, como lo atestigua el padre Ruiz de Montoya, que todavía a principios del siglo XVII decía ser «común voz que para un hombre hay diez mujeres». Y en tales condiciones, dadas las costumbres de aquel tiempo, la natalidad no pudo haberse resentido mucho. Una disposición gubernativa, dictada para contra-

(1) Ordenanzas de Ramírez de Velasco.

restar aquella emigración de varones, citaba precisamente en su apoyo «los muchos pecados públicos» que ella había provocado (1) y revela a las claras que si el hecho lastimó bastante la moralidad de la población, no perjudicó mayormente su crecimiento vegetativo.

Lo que en tal sentido determinó un relativo estancamiento de la capital paraguaya, fué la tendencia campesina de su población. El centro urbano fué por mucho tiempo diminuto y pobre, porque sus habitantes se desparramaron por el campo y no conservaron su residencia en la ciudad, sino en escasa proporción. En una visita que hizo Caballero Bazán en 1595 a los contornos de la Asunción, encontró 150 chacras y ocho grandes granjas. Y siete años después, Hernandarias, visitando esos mismos lugares, pudo comprobar la existencia de 272 alquerías y 127 viñedos con 1.800.000 cepas.

Las penurias que agobiaron posteriormente a la ciudad de la Asunción se dejaron sentir también en toda la provincia, sobre todo después de las grandes sequías, que agostaron los viñedos y amenguaron bastante la existencia ganadera, a mediados del siglo XVII (2). Pero consta que esa situación no fué tan apremiante para la población rural. Aunque el

(1) Ordenanzas de Ramírez de Velasco.

(2) En 1627, decía el Cabildo de la Asunción que, a consecuencia de la sequía, hacía más de un quinquenio que las vides no daban frutos. En 1631 mencionaba una situación análoga. Y en 1641, otra gran sequía, que duró dos años, ocasionó la muerte de mucha gente y gran cantidad de ganado, destruyendo completamente los viñedos. (M. S. del Archivo Nacional).

crecimiento vegetativo no igualara al de los primeros tiempos, fué bastante favorable. En 1715 el valle de Capiatá estaba tan poblado, que el gobierno propuso erigirlo en villa: poseía una iglesia, más de 200 vecinos antiguos y mucha gente española o mestiza «que no tiene casa, ni hogar, ni residencia en esta ciudad» (1).

El progreso en este orden se hizo sensible desde el primer cuarto del siglo XVIII, llegando posteriormente a un grado muy superior al que señalan las estadísticas vulgarizadas hasta ahora. Y para poderlo apreciar cabalmente, es necesario tener en cuenta que la población (española o mestiza a que nos referimos) no se formó sólo con el crecimiento vegetativo de su primitiva base, o de la que consideramos a principios del siglo XVII, sino también con la incorporación constante de nuevos elementos aportados por el cruzamiento de los españoles y sus hijos con las indias de sus encomiendas y de los pueblos. Este hecho, que prosiguió hasta después de la independencia, fué a modo de un crecimiento imigratorio, aumentando considerablemente el promedio de su crecimiento anual. Es así que el gobernador, San Just, pudo encontrar en el Paraguay en 1750 más de 10.000 hombres capaces de llevar las armas (2), lo que equivale a una población

(1) M. S. del Archivo Nacional.

(2) M. S. del Archivo Nacional.—Descripción del Paraguay, inédita. Es de advertir que, según este documento, el número expresado era mucho mayor, pues en el padrón hecho por San Just se omitieron a los que estaban ocupados en la navegación fluvial y otros trabajos. Documentos posteriores confirman la exactitud de ese dato.

más o menos igual a la que la estadística de Azara le asignaba cuarenta y tres años después.

En cuanto a la población de la Asunción, podemos admitir, a falta de otros datos, la de 7.088 almas que para 1793 trae la estadística citada (1), pues aunque, en general, las cifras que ella ofrece están muy disminuidas y pertenecen indudablemente a épocas anteriores, las referentes a la capital pudieron ser el resultado de un cómputo más reciente y exacto. Y es de notarse además, que dichas cifras se refieren a la población urbana, pues se excluyen de ellas las relativas a Limpio, Luque, San Lorenzo y Lambaré, que formaban casi todo el radio rural más cercano de la capital.

(1) Félix de Azara.—«Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata». Tomo I.

XXIV.

LA ASUNCIÓN EN 1812

Persistencia de su configuración.—El centro de los negocios.—La gran arteria.—Los callejones y las casas.—Capacidad de los edificios.—El paseo principal.—Esparcimientos populares.—El barrio de la aristocracia criolla.—Su morada predilecta.—Las fiestas de familias y las expansiones sociales.—La ciudad mirada a la distancia.—Juicios de un viajero inglés.—Iniciativas del nuevo régimen.—Reforma y fomento de la enseñanza.—La primera sociedad literaria y la primera biblioteca pública.—Permiso y protección para la primera empresa de navegación a vapor.

Al surgir a la vida independiente la capital del Paraguay no había dejado de ser el modesto caserío de los últimos tiempos coloniales: hacimiento irregular de pobres viviendas, que se iba clareando entre zanjás casi intransitables, a medida que se alejaba de su núcleo inicial.

La vida activa de la ciudad, el centro de los negocios, del gobierno y del culto, continuaban circunscriptos al terreno adyacente a las barrancas del río. Allí estaban la Casa de gobierno, el Cabildo, el Obispado, la Catedral, las tiendas más importantes y, rodeado de su bulliciosa ranchería, el prestigioso convento de Santo Domingo, cuyo templo, erigido sobre pintoresca meseta, tocaba casi

el sitio ya olvidado, donde Domingo de Irala asentó su primera casa.

Y en esa larga franja de tierra arenosa, batida y socavada por los torrentes de las grandes lluvias, se extendía asimismo la única arteria un tanto capaz y regular del comercio asunceno.

«No tenía, dice Molas, refiriéndose a la Asunción de esa época, más que callejones zanjosos y una sola calle principal tortuosa que salía al campo» (1). Y Robertson, que la visitó en 1812, decía igualmente: «No se puede decir que hubiera más de una calle en la ciudad y esa no pavimentada. Las casas y tiendas de una acera estaban defendidas del sol por un corredor contiguo, algo como los portales de Chester» (2). Esa calle única, tortuosa y llena de baches, era seguramente el antiguo camino real, a cuyos lados se fueron situando los negociantes y principales propietarios, mientras el resto de la población se iba extendiendo en un dédalo de callejones, que terminaban en las rancherías diseminadas alrededor de los conventos y en las extremidades de la ciudad.

La edificación tampoco había sufrido modificaciones sensibles, notándose tan sólo la aparición de algunas casas de azoteas. En lo demás seguía inflexible el viejo estilo colonial: todos los edificios eran bajos, contruidos de ladrillos y adobes, con sus techos de teja y su acceso directo a la calle o al co-

(1) Mariano A. Molas.—«Descripción histórica de la antigua Provincia del Paraguay».

(2) J. P. y G. P. Robertson. Cartas.

redor; el vestíbulo o zaguán era casi desconocido.

La mayoría de las casas poseía sus patios arbolados, sus huertos y su pequeño naranjal; pero las habitaciones, mal repartidas, eran estrechas y exentas de toda comodidad. Refiere Robertson que, cuando llegó a la Asunción, le costó gran trabajo encontrar una residencia suficientemente amplia. «De tales casas, dice, no había más de media docena. Las demás eran pequeñas, miserables tiendas con tres o cuatro habitaciones anexas; mientras la mayor parte de las moradas eran simples chozas, formando estrechos callejones».

El mejor edificio público era todavía la Casa de gobierno, tal como se ha visto, con su techo de teja y sus corredores sostenidos por pilares de madera. Pero el despacho gubernativo estaba bastante bien amueblado, según refiere el viajero inglés ya nombrado, que visitó el Paraguay en aquella época.

La configuración de la ciudad y sus condiciones materiales reflejaban, por entero, el proceso de su formación inicial. Y dentro del contorno urbano, la vida se deslizaba asimismo con la misma monotonía de los días coloniales.

El paseo principal, acaso el único, continuaba siendo la plaza de Armas, rodeado por el Palacio de gobierno, el viejo Cabildo y la Catedral, centros directrices de su pasada existencia, en cuyas cercanías escucharían los niños, como escucharon hasta hace poco, al contemplar las aguas trémulas de «la bahía», los peligros del siniestro lugar, denominado

«lucha», que evocaba antiguas tragedias y arrastraba con misteriosa atracción a los imprudentes nadadores. La ciudad, habitualmente silenciosa, adquiriría, sin embargo, más frecuente animación con la celebración de las nuevas fiestas nacionales, las reuniones y tertulias, puestas de moda por la juventud militar del nuevo régimen, y las funciones en homenaje a la Virgen de la Asunción, al patrono San Blas, a San Francisco, la Merced y Santo Domingo, en que a las bulliciosas fiestas vespertinas, encanto de la esclavatura conventual, sucedían el nocturno «toro candil» y las alegres serenatas, que estremecían el tranquilo ambiente de la noche, con los aires nacionales, tan hondamente sentidos por el alma paraguaya.

Pero esos esparcimientos populares, de que participaba también la aristocracia criolla, no constituían, como tal vez se crea, los principales atractivos de la vida social asuncena.

Agrupada en la barranca, centro de la actividad pública y privada de las clases superiores, aquella sociedad semi-militar y semi-agrícola, burocrática y comercial sólo en ocasiones, no consideró nunca el radio urbano como su asiento definitivo, ni como su asiento principal. Su morada predilecta estaba en los alrededores, en las afueras de la capital, donde cada familia tenía su quinta y su chacra, parte de su ganado, su servidumbre y sus esclavos. Esas residencias campestres, cunas del robusto mestizaje colonial, constituían en realidad, parte de la ciudad misma; eran su granero y su despensa, y, a la vez, el centro

apacible y risueño de las fiestas de familia y de las expansiones sociales.

Extendidas en inmenso semi-círculo sobre el anchuroso río, desde los históricos valles de Tapuá hasta las faldas pétreas de Itacumbú, en medio de selvas seculares que atravesaban los senderos de roja tierra, aquellas mansiones solariegas eslabonaban sus opulentas chacras con los cercados de los pequeños agricultores que rodeaban a la ciudad.

Desde allí bajaban diariamente, en largas hileras, con su alba túnica flotante, tras de sus mansos pollinos, las alegres proveedoras del mercado de Asunción; y las ligeras carretillas repletas de frutas, conducidas por mozos imberbes, enamorados y bullangueros; y los macizos carretones de tabaco o miel, que rechinaban perpetuamente bajo el peso de su carga, con la calma imperturbable de sus viejos «picadores». Y por el mismo camino, que ondulaba sobre lomas y hondonadas, entre el verde esmeralda de los sembrados y los tonos oscuros de los bosques, bajo la sombra de una perenne vegetación, pasaban asimismo en alegres cabalgatas los caballeros y las damas de la ciudad, que acudían a una fiesta o tornaban a sus chacras, lugares predilectos de su actividad y de sus goces.

Mirado así a la distancia, el modesto caserío asunceno ofrecía otras perspectivas, y dejaba entrever ya, dentro de su soberbio marco, algo de la ciudad futura. Robertson, que encontró a la Asunción tan diminuta y pobre, que no la consideró comparable con la peor de su país, tuvo no obstante esa visión

tranjero que la expresó. «La situación de la ciudad, dice, es sin embargo magnífica. Está en anfiteatro sobre la ribera del majestuoso y plácido río Paraguay. De muchos puntos se domina aquella magnífica corriente, y los románticos accesos a la ciudad antes descriptos, juntos con los poblados y cultivados alrededores, forman un «tout ensemble» agradableísimo, diría casi encantador».

En la época a que nos referimos gobernaba el Paraguay la junta gubernativa compuesta de Fulgencio Yegros, Fernando de la Mora y Pedro Juan Caballero, que duró once meses, con la oposición del doctor Francia, que se había retirado del gobierno. Los tiempos eran tormentosos y difíciles, dentro del nuevo régimen político que se ensayaba por vez primera. Apenas iniciada la independencia del Paraguay, el gobierno hallábase absorbido por las atenciones de la defensa del país, amenazado por todos lados, y las complicaciones de la política interna, provocada por las maquinaciones del futuro dictador.

No había tiempo, ni medios, para que la acción oficial se hiciera sentir en las mejoras materiales de la Asunción. Pero en otro orden, sus iniciativas señalan el primer gran esfuerzo por la educación del pueblo y la cultura nacional.

A principios de 1812, la junta declaraba la instrucción pública obligatoria, disponía la multiplicación de las escuelas y el mejoramiento de su personal; dictaba instrucciones para los maestros, basadas en los más avanzados principios de educación; reabría el colegio de San Carlos de enseñanza superior; creaba

un centro de cultura literaria; y encargaba en Buenos Aires la adquisición, por cuenta del Estado, de obras de reputados autores europeos, para difundirlas en el país (1).

«Los jefes políticos y militares, escribían aquellos gobernantes en 1812, más se sostienen con la autoridad y buen uso de los conocimientos científicos que con la fuerza y el poder», palabras cuyos ecos se apagaron pronto y por mucho tiempo. Pero la influencia de esas medidas no dejó de hacerse sentir, agitando, siquiera fugazmente, algunos espíritus, que ya estaban por sumergirse en la larga dictadura.

La junta gubernativa del año 12 logró así vincular su gestión ardua y trabajosa en la dirección inicial del Paraguay independiente, con los siguientes hechos de imperecedera memoria para su capital:

Reforma y fomento de la instrucción primaria.

Reapertura de los cursos de enseñanza superior.

Creación de la primera sociedad literaria.

Apertura de la primera academia militar.

Iniciación de la primera biblioteca pública.

Y cabe agregar también a ellos, ya que el puerto de la Asunción era el centro del comercio internacional del país, el decreto del 10 de Junio de 1812, en cuya virtud la Junta concedía, al ciudadano norteamericano don

(1) M. Domínguez. «Conferencia sobre historia de la enseñanza nacional». Documentos.

Tomás Lloyd Halsey, permiso y protección, para la primera empresa que propuso iniciar la navegación a vapor en las aguas del río Paraguay (1).

(1) Dicho decreto, cuyo fragmento transcribimos a continuación, ha sido publicado por el Sr. Aníbal Cardoso en la «Revista de Derecho, Historia y Letras», en Enero de 1910, e incluía, como se verá, el establecimiento de un astillero:

«Asunción, Junio 10 de 1812.—Atendiendo al informe que han producido el Iltr. Cuerpo Municipal y la Diputación Consular con audiencia instructiva del Gremio de Comercio, y a que el invento que propone el ciudadano de los Estados Unidos y vecino de Buenos Aires, Don Tomás Lloyd Halsey es el más útil y ventajoso a la navegación e industria que se reanimarán considerablemente en este país...; se le concede el permiso exclusivo que solicita por un decenio... contando con los auxilios y protección de esta Junta para el entable y construcción de las lanchas y botes, y que levante un Astillero en el paraje más adecuado, donde tenga a mano los arbolados y demás materias indispensables, que se le facilitarán cumplidamente durante dicho término... Dado en la Asunción, etc.... Fulgencio Yegros.—Pedro Juan Cavallero.—Fernando de la Mora.—Mariano Larrios Galv[os].—Secretario».

El 10 de Noviembre del mismo año, el célebre mecánico Roberto Fulton, le escribía a Halsey de Nueva York, expresándole que el término solicitado era insuficiente para el éxito de la empresa, en razón del tiempo y el capital que requería la construcción del bote. «El que en el día navega en el río Mississipi, le decía, necesitó de tres años, aunque tenía a todos los operarios a mi disposición». Y agregaba: «Es siempre una política sabia en un Gobierno fomentar las artes útiles por todos los medios y una pronta comunicación... de donde presumo que el gobierno de Buenos Aires verá que se consulta el interés del país, extendiendo el privilegio exclusivo a Vd. por lo menos a veinticinco años, y que el del Paraguay har[á] la misma extensión».

Pero cuando esa carta llegaba a su destino, comenzaba ya a afirmarse en el gobierno del Paraguay el predominio del Dr. Francia.

LA ASUNCIÓN DURANTE LA DICTADURA DE FRANCIA

Breve descripción de dos viajeros.—Los callejones sinuosos y los viejos solares.—Plan de regularización: sus motivos.—Inaudito sistema de transformación urbana.—Reformas de orden militar.—Apropiación de los Conventos.—El alumbrado municipal: su radio, su forma y su costo.—Situación del comercio: el tráfico fluvial.—Aspecto del puerto de la Asunción.—La instrucción pública.—Profundos cambios en la vida asuncena.—Característica invariable de la dictadura.—Desmoronamiento paulatino del armazón gubernativo.—Repercusión de sus efectos en el mismo Dictador.

A mediados de noviembre de 1812, ocurría en la Asunción un acontecimiento cuyas consecuencias seguramente nadie habría imaginado: la reincorporación del doctor José Gaspar de Francia a la junta gubernativa.

Este hombre público, de apariencias austeras, que se había retirado del gobierno pretextando la influencia de la clase militar, volvía a él con el exclusivo mando de un batallón de infantería. Y el peso de su mando, igualmente exclusivo y omnímodo, asentado sobre tan sólida base, se fué acentuando desde entonces hasta afirmarse definitivamente.

Ese poder fué el más amplio a que puede aspirar la ambición humana. Y su centro de acción fué la capital paraguaya. Allí vivió,

gobernó y murió el dictador; y allí fué, por lo tanto, donde se hizo sentir, en forma más directa y continua, la influencia de su personalidad y de su gobierno. Una rápida ojeada sobre la ciudad de la Asunción, durante aquella época, puede, pues, ofrecernos algunos aspectos de esa dictadura, no exentos de interés, sobre todo para tratar de aclarar después lo que hay de verdad y de aparente en las entrañas todavía oscuras de aquel período de historia americana.

En capítulos anteriores, hemos visto ya lo que fué la capital paraguaya en los tiempos coloniales y al surgir a la vida independiente. El advenimiento de la dictadura no señaló, en este sentido, ninguna innovación. Los señores Rengger y Longchamp, que visitaron el Paraguay en esa época, escribían acerca de la Asunción: «Está edificada a manera de anfiteatro, sobre una barranca empinadísima en muchos puntos, que se extiende a lo largo del río Paraguay; sus calles eran tortuosas, desiguales, y la mayor parte tan angostas que más propiamente podrían llamarse callejones. Las casas sin altos, aisladas por lo general y mezcladas con árboles, jardines, malezas, lugares en una palabra, donde crecía la yerba, presentaban más bien el aspecto de una aldea, que el de una ciudad. En todas partes brotaban manantiales, que formaban arroyos o lagunas, y las lluvias habían surcado el terreno y excavado la mayor parte de las calles, que estaban en declive».

Las casas de la ciudad conservaban así, persistentemente, su antiguo aspecto: con sus

patios arbolados, sus naranjales circundantes, esfumado casi en medio del tupido follaje, cada edificio parecía, como en otros tiempos, vigilar desde la sombra la seguridad de su defensa. Nadie se había fijado en ello nunca, hasta que el dictador sintió tronar sobre su cabeza la conspiración del año 21. Entonces acreció ante sus ojos la realidad de aquel poético baluarte de árboles frutales; comprendió que el rumoroso cortinaje de verduras podía ocultar las ansias de la libertad; creyó percibir entre sus claros el parpadeo incesante de la conspiración abortada; y decretó la tala general del perfumado huerto asunceno.

Los añosos árboles fueron inmolados sin piedad. Pero la destrucción del arbolado hizo destacar con más vigor el escueto relieve de los viejos solares, que se extendían en sinuosos callejones, de niveles casi fantásticos, con sus corredores de enormes columnas, sus muros de un metro de espesor y sus salientes ventanas enrejadas. El espíritu un tanto trémulo aún del dictador, se sintió alarmado ante aquel laberinto arquitectónico de huecos sospechosos y ángulos hostiles, que emergía de entre las ruinas de la vegetación. Y Francia resolvió entonces abatir también aquella edificación subversiva.

El dictador palió estas medidas de buen gobierno con propósitos de mejoramiento urbano. Trazó un nuevo plano de la ciudad, delineando sus calles longitudinalmente del noroeste al suroeste, y ordenó que a su ideal paralelismo se ajustaran las fachadas de todas las casas. Pero como la demolición de unas dejaba a otras con los cimientos al aire, en

las grandes sinuosidades del terreno, resultó que muy pronto las lluvias torrenciales completaron la obra de la piqueta dictatorial. El derrumbamiento tomó proporciones inesperadas y duró varios años. «Al cuarto, dicen dos testigos, los naturalistas Rengger y Longchamp, llegó la destrucción a tal punto que la capital presentaba un aspecto semejante al de una plaza que ha sufrido el bombardeo de varios meses. Había desaparecido casi la mitad de los edificios, no se veía sino calles cercadas de ramas secas, y rara era la casa que tenía la fachada a la calle».

Este inaudito sistema de transformación urbana y las persecuciones de todo género, de que fueron simultáneamente víctimas la aristocracia criolla y las clases acomodadas, redujeron bien pronto la población de la Asunción a menos de dos terceras partes. Los prestigiosos apellidos de la colonia y los grandes nombres de la defensa y de la revolución, ya no sonaban en la capital. Los que no se hundieron en las cárceles, se retiraron definitivamente a sus chacras y a sus estancias más lejanas, o se abroquelaron en la cordillera, donde la influencia del viejo general Cabañas desafió hasta su muerte las asechanzas del dictador.

De los trabajos con que Francia compensara la destrucción de parte de la capital, no hemos encontrado rastro alguno, a pesar de que, con el nombre de «Obras Públicas», figuraba una partida en las cuentas del Estado, y se percibió por tal concepto, en virtud de contribuciones forzosas, la suma de 134.000 pesos el año 1823. Tal vez consistían ellas en

la reparación de algunas destartadas oficinas del gobierno; pues, según han dejado escrito imparciales testigos, la única obra positiva de Francia, en cuanto a edificación, fué la construcción de los cimientos de cuarenta casas que se proponía vender al vecindario, y que no llegaron nunca a elevarse arriba de los escombros adyacentes.

Las principales reformas de la dictadura, en esta materia, fueron de orden militar, y se efectuaron, sin gravamen alguno para el erario, a expensas de los conventos. En esa época existían cinco: los de San Francisco, Santo Domingo, la Encarnación, la Merced y Recoletos. Francia demolió el convento de San Francisco, trasladando su iglesia a la de Santo Domingo, y convirtió a los demás en cuarteles de caballería y de artillería. El refectorio de los buenos y alegres-frailes recoletos quedó convertido en pesebre.

Ateniéndonos a las referencias de Rengger y Longchamp, una parte del antiguo colegio de los jesuitas fué transformado en arsenal, donde estaban depositados más de 12 mil fusiles, otros tantos pares de pistolas, sables, lanzas y gran cantidad de municiones. Pero, según cuenta Demersay, esta importante repartición militar hallábase instalada en unos pobres ranchos cercanos al puerto, donde bostezaba de aburrimiento, con sus cascos ya medio podridos, toda la armada nacional, compuesta de seis buquecitos, sin tripulación alguna.

Otra de las atenciones preferentes de la dictadura fué el alumbrado municipal, que se efectuaba con candeliles y velas de sebo, y

estaba circunscripto a la plaza, casa de gobierno, cuarteles y cárceles. El gasto por este concepto ascendía en 1831 a 11.500 pesos, lo que equivalía, según los precios corrientes, a 1.500 velas por noche (1).

Desde otros puntos de vista, la Asunción no presentó tampoco durante aquella dictadura, los signos de ningún mejoramiento.

El comercio asunceno se había acrecentado sensiblemente desde los últimos tiempos coloniales. Se exportaba anualmente apreciable cantidad de yerba y de tabaco, así como dulces, caña, miel y ricas maderas del interior. En la exportación se incluían también los variados objetos de alfarería de los pueblos vecinos, y los preciosos muebles de «pie de sátiro» y de «vaqueta» que competían con los de Tucumán y del Brasil, y eran, como lo recordaba en 1865 el doctor Angel J. Carranza, «prolijos y acabados trabajos de talla y mosaicos» muy solicitados «para adornar con ellos los ostentosos y monumentales estrados de nuestros antepasados».

Paralelamente, la navegación fluvial había adquirido bastante desarrollo, sobre todo desde el gobierno de Lázaro de Ribera, que estableció astilleros al sur de la capital y promovió la fabricación de cables de «ybira y guembe», que se destinaban con preferencia a la marina real de la madre patria.

Pero desde el advenimiento de la dictadura, el comercio y el tráfico fluvial, fueron debilitándose hasta sufrir una completa estagnación. La clausura del río Paraguay, que Francia

opuso a las hostilidades del exterior, y las interminables trabas, confiscaciones y multas con que combatió a sus enemigos internos, acabaron por arruinar a la vez la navegación y el comercio. Los inmensos acopios de yerba acumulados en la capital, sin esperanzas de colocación, se utilizaron para cegar los zanjones de la vía pública; los barcos abandonados por sus dueños, quedaron a merced de la corriente. «El puerto de Asunción, dice Rengger, presentaba el aspecto de una costa donde habían naufragado cien buques». Y otro testigo refiere que «en la ribera de la capital se pudrieron sobre trescientos buques», agregando que los perjuicios a la navegación y al comercio podrían estimarse «en más de treinta millones en metálico y otros artículos».

En orden a la instrucción y a la cultura públicas, la acción de la dictadura fué también completamente negativa. La grandes iniciativas del año 12, correspondientes a la junta gubernativa, ni siquiera fueron recordadas. Las escuelas elementales, cuya eficacia se aminoró sensiblemente con la supresión de los conventos, quedaron, por falta de protección gubernativa, pendientes de las contribuciones particulares. Y con la clausura del colegio de San Carlos, restablecido por la junta, desapareció el único establecimiento de esa índole existente en el país. Las bibliotecas de los conventos y las escasas bibliotecas particulares, se convirtieron en fábricas de naipes, utilizándose para ese efecto las hojas de los libros, por falta de papel. «Así se inutilizaron inmensas cantidades de libros, muchos de ellos quizás de mérito subido». Y como no hay no-

ticias, ni es creíble que en aquel período se introdujeran otros libros o papeles impresos que los que recibía el Dictador, puede decirse que la distinción entre alfabetos y analfabetos tenía en aquel tiempo una importancia muy escasa, desde que no había nada nuevo que leer, y de lo antiguo apenas puede decirse que abundaran el «Año Cristiano» y «Flor Sanctorum», a que no parecía entonces aficionada la juventud asuncena, ni eran tampoco libros que mirara con ojos muy benévolo el descreído dictador.

Aquel diminuto centro, que no había conocido los relativos esplendores y refinamientos de otras ciudades ribereñas del mar, en frecuente contacto con el viejo mundo, poseía no obstante, en su sociedad sencilla, expansiva y hospitalaria, atractivos que compensaban su lejanía, aislamiento y pobreza. El carácter alegre y comunicativo de los asuncenos fué de antiguo proverbial, y las diversiones populares hallaron motivos y medios de más franca expansión desde que alboreó la independencia. Pero la dictadura apareció, de pronto, como una valla sombría que abatió paulatinamente hasta el regocijo público. Ni ruido ni movimiento. La última serenata que hubo en la Asunción fué seguramente la que en 1816 recorrió la ciudad vitoreando al caudillo Artigas, y ocasionó la prisión de músicos y cantores (1). Las proce-

(1) En una carta al Dr. D. Juan Zorrilla de San Martín, que se publicó en «La Revista Histórica» de Montevideo. 3er. trimestre de 1912, hemos referido sucintamente ese episodio.

siones religiosas estaban abolidas; abolidas las reuniones nocturnas hasta dentro de la iglesia. Y la influencia avasalladora del régimen dictatorial fué completando la empeñosa labor de inmovilidad y de silencio. Las casas eran a modo de cárceles voluntarias, en medio de aquel ambiente impregnado de las suspicacias del dictador. Casi nadie se asomaba a la calle ni abandonaba su domicilio, sino por breves momentos y rigurosa necesidad. Se hablaba en voz baja, hasta tras de los viejos portones asegurados con doble tranca. De las diversiones y fiestas apenas quedó el recuerdo; y «la guitarra, dice Rengger, compañera inseparable del paraguayo, enmudeció para siempre».

Presentamos los hechos tales como aparecen en los testimonios de la época, sin considerar sus causas, ni las circunstancias que influyeron en su mantenimiento. Mirados así esos hechos, dentro de su limitado marco, ofrecen la impresión de una esterilidad y monotonía desesperantes, en su oscuro y silencioso proceso.

Hubo ciertamente algunos intervalos, de intensas emociones, que agitaron momentáneamente la quietud de aquel remanso; trágicos intervalos, que culminaron con la fracasada conspiración de 1821. Pero esos interregnos, que sorprendían a la callada población con los chasquidos de los azotes en la «Cámara de la verdad» y el ruido de los fusilamientos en la plaza de Armas, afirmaron todavía más aquella característica invariable de la dictadura. Y sus efectos acabaron por repercutir fatalmente sobre el mismo gobierno. El dictador no tardó en percibirlos con creciente exas-

LA CIUDAD DE LA ASUNCIÓN

ión: sus medidas y sus vistas fallaban todos lados, combinándose para acrecentar las dificultades y acentuar la esterilidad nativa.

Cerrado en su antro solitario, donde no oían las dulces palpitaciones de la vida; ajeno al amor y a la amistad; con la obsesión perpetua del peligro nacional y un constante estremado de su valimiento y de su honor; aquel ser extraño, de complejo carácter, pudo observar con indiferencia el desmoronamiento paulatino del deleznable sistema, con que quiso suplir la organización pensable a una administración y a un gobierno. Las amarguras de su alma, atormentada por la impotencia y la vanidad, escapaban, a veces, en los airados monólogos según cuentan, interrumpían el silencio del tétrico caserón. Y sus ecos fueron, sin duda, algunas de sus comunicaciones inéditas; delegados de Itapúa y de Concepción; mensajes de contradictorios reproches y propósitos de desprecio por sus mismos agentes.

vistas fallaban
e para acrecen-
la esterilidad

ario, donde no
es de la vida;
dad: con la ob-
cional y un con-
tiento y de su
complejo carác-
terencia el des-
teleznable me-
a organización
ción y a un
u alma ator-
vanidad. es-
os monólogos
en el silencio
s fueron sin
ones inéditas
Concepción
oches y pro-
agentes.

XXVI

LA ASUNCIÓN DURANTE EL CONSULADO Y EL GOBIERNO DE D. CARLOS ANTONIO LÓPEZ

La ciudad en 1840.—Los grandes demoleedores del municipio asunceno.—Acción negativa de la Dictadura de Francia.—Iniciativas del Consulado.—Obras de defensa.—El primer edificio del Congreso Nacional.—Gobierno de D. Carlos Antonio López.—Importantes trabajos.—Los murallones de cal y piedra.—Nivelación y nomenclatura de las calles.—Construcción de edificios públicos.—Grandes obras que promovieron la vitalidad y la comunicación externa.—El Arsenal.—La fundición de Ybicuf.—La primera línea férrea.—La flota nacional.—Progreso económico.—Instrucción pública.—Los viejos domines Téllez y Quintana.—El educacionista Escalada.—Fomento de la instrucción.—La Academia Literaria.—Contratación de profesores europeos.—La Escuela de Matemáticas.—El Aula de Filosofía.—El Seminario.—Escuelas públicas y escuelas particulares.—Establecimiento de una imprenta.—Los primeros periódicos.—Cultura general.—Difusión de la enseñanza.

A la muerte del Dictador, en 1840, la Asunción no difería mucho de lo que era un cuarto de siglo antes. Y si algún cambio se notó en ella, fué en sentido regresivo.

Es de suponer, ciertamente, que en tan largo espacio de tiempo, algún crecimiento se habría dejado sentir en los solares arrasados por la delineación dictatorial; y, que ajustado al nuevo plan, la ciudad presentaba un aspecto más regular. Pero, como la acción gu-

bernativa había sido en otros órdenes, completamente nula, las condiciones del municipio no pudieron presentar ninguna variación favorable. Los testimonios de aquella época son concluyentes a este respecto.

«La situación de esta ciudad de la Asunción, escribía Molas, es sumamente desigual y trabajosa, por razón de que su piso es muy arenoso: está lleno de zanjas que vienen de los suburbios y tienen arruinados muchos edificios, no siendo menos los que ha causado el mismo río en sus desbordes» (1).

Un mensaje gubernativo dirigido al Congreso en 1854, expone en forma aún más acentuada la situación en que se hallaba la ciudad, al desaparecer el Dr. Francia. «Habeis sido testigos oculares, dice el documento, del cuadro lúgubre que presentaba la República, al fallecimiento del Dictador... En lo material la capital y las villas todas ofrecían el aspecto más desagradable; templos apuntalados y amenazando desplomarse; cuarteles desaseados, incómodos e insalubres; casas particulares rodeadas de escombros próximas a arruinarse; las calles en su mayor parte oponían al tránsito hondos surcos que formaban los torrentes de las copiosas lluvias; el río con sus avenidas socababan rápidamente la parte de la capital que mira al río» (2).

Tales eran los grandes demoledores del municipio de la Asunción que obraban libremente, al amparo de la inercia dictatorial.

(1) «Descripción histórica de la antigua Provincia del Paraguay».

(2) Mensaje del Presidente de la República D. Carlos A. López, de 1854.

Los raudales torrentosos producidos por las lluvias abrían zanjas, ensanchaban las existentes, y socababan los cimientos de las casas, favorecidos por el desnivel general de las bases de edificación; y las corrientes impetuosas del río, en sus grandes crecientes, colaboraban eficazmente en la obra por el lado de los barrancos. Esta labor incesante y sin contrapeso produjo, con el tiempo, modificaciones profundas en la primitiva zona fluvial de la Asunción, y sería difícil establecer hoy con exactitud la ubicación de algunos sitios históricos de la conquista y los desvíos que, en sus cercanías, sufrió el antiguo cauce del río Paraguay.

En 1840, la acción destructora de las aguas constituía ya un alarmante peligro, ofreciendo como comprobación inequívoca los escombros de un convento derruido por el desgaste de la ribera; y según Molas, «si los jesuitas no hubiesen hecho una muralla al costado de su colegio, ni sus ruinas se vieran hoy» (1).

Felizmente, los gobiernos que surgieron después de la dictadura de Francia, abordaron el problema con decisión, emprendiendo las obras públicas más necesarias e importantes del municipio asunceno.

Esa iniciativa le correspondió al Consulado de 1841, cuya cabeza era Don Carlos Antonio López y su brazo sostenedor Don Mariano Roque Alonso.

Las obras comenzaron con la nivelación y empedrado de las calles «que precisaban más pronto reparo», tarea preliminar que se

(1) Mariano Antonio Molas, *Obra citada*.

realizaba por vez primera en la Asunción. Y siguieron después la construcción de otras que encausaron los grandes raudales de agua y de ramblas cómodas para los desagües a la ribera. Poco después se levantaba al norte de la ciudad, para defenderla de los avances del río, dos grandes murallones de cal y piedra, que son los que todavía sostienen los terrenos adyacentes al edificio del Congreso Nacional y se encuentran tan firmes y sólidos como entonces.

Otra obra municipal de importancia fué la creación de un cementerio general, en la Recoleta, fuera del radio urbano de la ciudad, proscribiéndose la costumbre de enterrar los muertos en las iglesias, y estableciendo un servicio de conducción gratuito para los pobres. Simultáneamente, se procedió al derrumbe de la iglesia de la Catedral, que ya estaba completamente en ruinas, y se comenzó su reedificación, trasladándose provisionalmente la iglesia matriz al templo de San Francisco. A esta misma época corresponde la construcción del primer edificio especialmente destinado al Congreso Nacional, que anteriormente se reunía en las iglesias (1); la instalación de una fábrica de fusiles y otra de pólvora; y la adopción de eficaces medidas para la seguridad del municipio y el mejoramiento del aspecto de la ciudad.

Extinguido el Gobierno Consular, a principios de 1844, sus iniciativas municipales

(1) El edificio, con amplios corredores laterales, constaba de una sala de 54 varas de largo por 12 de ancho, y las oficinas correspondientes. El Congreso de 1844 inauguró sus sesiones en el nuevo recinto.

fueron desarrollándose con creciente impulso, bajo la administración de Don Carlos A. López.

Las obras más importantes fueron, sin duda, los grandes malecones que se construyeron a lo largo de los barrancos, para preservarlos definitivamente de las avenidas del río y el desmoronamiento constante causado por los raudales. Comenzados, según se ha visto, durante el gobierno anterior, continuaron con el mismo plan de solidez en una escala mucho más vasta. En 1849 se hallaban terminadas siete de estas grandes murallas, que se extendían hasta cerca del puerto de la Rivera. Y pocos años después, el gobierno anunciaba la construcción de nuevas murallas en los puertos de la Aduana, de Marte y del Arroyo Jaén; y el comienzo de otra, de trescientas varas de extensión, para «asegurar los puertos destinados a la construcción de muelles de madera» (1). Estos cinturones de piedra, cuya solidez ha desafiado victoriosamente al tiempo y al abandono de épocas aciagas, constituyeron la más urgente y eficaz defensa de la ciudad, y permitieron, en combinación con otras obras de desagüe, exterior y subterráneo, la urbanización de su hermosa zona ribereña, despoblada en gran parte anteriormente.

El gobierno dió el ejemplo con la construcción y terminación de varios edificios públicos, entre ellos, la casa de Gobierno y la Catedral — tal como hoy subsiste — señalándose con tal motivo, la aparición de algunas casas de dos pisos. Y el Municipio de la Asunción,

fué a la vez objeto de las medidas iniciales de su incipiente transformación: la nivelación general de sus calles, y la adopción de una nomenclatura de las mismas, que en gran parte se conserva todavía.

Las obras que acabamos de indicar, constituyeron los principales jalones de la ciudad, que se iba esbozando sobre la planta del viejo caserío asunceno. Pero esta formación fué, naturalmente, lenta. No podía ser el producto exclusivo de la acción de los gobiernos, sino el resultado de las energías del país. Estas energías estaban todavía aprisionadas por ligaduras formidables: en el orden económico por la hostilidad de Rosas, que extranguló el comercio exterior del Paraguay; en el orden espiritual, por las consecuencias de la estagnación, difícilmente reparable, en que dejó al país la dictadura de Francia.

Y fué sólo cuando estas tremendas ligaduras comenzaron a aflojarse, aunque no por igual, que la Asunción empezó también a moldear sus contornos de ciudad, dentro de los amplios lineamientos de su expansión futura.

En el desarrollo de la capital, como en el de todo el país, ejerció así marcadísima influencia la caída de Rosas en 1852. El comercio internacional, que en 1851 representaba apenas \$ 572.000, se duplicó en aquel año. Paralelamente la Asunción fué creciendo, se llenaron poco a poco los huecos vacíos en las cuadras centrales y se perfilaron las calles con mejores edificios.

Al terminar el primer período de su gobierno, el Presidente López había iniciado

ya la construcción de varios edificios públicos, entre ellos el destinado para la morada gubernativa, compuesta de dos pisos, al norte de la plaza 14 de Mayo. En 1854 anunciaba la conclusión del Palacio de Gobierno, igualmente de dos pisos, sobre la planta de la casa comenzada por el Cabildo de los Patricios y abandonada durante la dictadura de Francia. Numerosos templos se habían edificado o reparado durante este período en toda la República (1). En la capital se levantaron sobre sus ruinas, además de la Catedral, las iglesias de San Roque, de la Recoleta y de Lambaré, erigiéndose también un hermoso templo en la Trinidad, y renovándose la antigua iglesia de Santo Domingo, que bajo la invocación de la Encarnación, siguió como iglesia parroquial del distrito del mismo nombre. Nuevas construcciones, o ensanches y mejoras de las ya existentes, se emprendieron sucesivamente dentro del radio urbano. Y entre ellas, las más notables, que señalan las primeras manifestaciones del arte y el buen gusto en la edificación asuncena, fueron el Teatro y el Oratorio de la Asunción, verdaderos monumentos arquitectónicos, que quedaron desgraciada-

(1) En 1854 estaban terminadas las nuevas iglesias de Villa del Pilar, Villa del Rosario, Carimbatay, Unión, San Lorenzo del Campo Grande, Caapucú, Carayaó, y se proseguía la construcción de otras en el norte, en Carmen del Paraná, Dos Arroyos y Guazucú. A la vez se había reparado la hermosa iglesia de Santa Rosa, en las Misiones, y las de Atirá, Guarambaré, San Estanislao, San Joaquín y San Isidro. En el mismo año el gobierno anunciaba la próxima construcción de un nuevo templo en Arroyos y Esteros.

mente sin terminar y siguen todavía, después de más de medio siglo, ofreciendo su inconclusa y primorosa contextura a la admiración pasiva del municipio.

Pero las obras que más influyeron en el progreso económico del país y permitieron las fecundas iniciativas de aquel gobierno, fueron sin duda las que teniendo por base la capital de la República, promovieron eficazmente la vialidad y los medios de comunicación externa.

La acción oficial se destacó en este punto, apenas constituido regularmente el gobierno, después de la dictadura. Uno de los primeros actos del Consulado fué la reparación y continuación de los caminos de la capital a Lambaré, Recoleta, Ibyray, y varios departamentos; medidas que paulatinamente se extendieron a las regiones más apartadas y productivas, como los departamentos yerbateros, donde se abrieron extensas picadas, a través de la selva virgen, y se construyeron caminos carreteros con numerosos puentes (1).

Dentro de la capital, las obras relativas a la seguridad y mejoramiento de las vías públicas se iniciaron igualmente, como se ha visto, al advenimiento del Consulado, correspondiéndole al Presidente D. Carlos Antonio López su continuación, en proporciones más amplias y adecuadas al desenvolvimiento ge-

(1) El camino de Villa Rica a los yerbales, a través de los montes de Caaguazú, tenía seis leguas de largo, doce varas de ancho y ocho sólidos puentes. La picada abierta en las selvas de San Isidro tenía trece leguas y un gran puente. Los Cónsules, López y Alonso comunicaron al Congreso la realización de estas obras en el Mensaje del 12 de marzo de 1844.

neral del país. El puerto de la Asunción centralizó con tal motivo, importantes trabajos destinados a satisfacer las necesidades del comercio y del tráfico fluvial.

En 1855 estableció el gobierno cerca de la Ribera un arsenal de construcciones militares y navales, bajo la dirección del ingeniero inglés D. Guillermo Whytehead, con un selecto personal técnico de la misma nacionalidad. Era el primer establecimiento de este género «verdaderamente digno de su nombre», como dice Demersay, que se fundaba en el país.

Las construcciones se levantaron en la ladera de la colina que domina el puerto; y constaba de varios edificios, de arquitectura apropiada, donde funcionaban diferentes talleres, con máquinas movidas a vapor, «de los sistemas más modernos y reconocidos como mejores» (1). Uno de los departamentos estaba destinado a las maquinarias para horadar cañones. Y cerca del arsenal se instaló un gran taller de armería, para la confección y reparación del armamento del ejército.

La sección correspondiente a las construcciones navales, montada con idéntico esmero y solidez, comprendía los astilleros y espaciosos talleres para el trabajo de las maderas. Los materiales importados procedían de Inglaterra. El personal del arsenal, bajo la dirección mencionada, constaba de 250 oficiales y obreros, casi todos paraguayos. Sus trabajos, dice un contemporáneo, eran ejecutados con el mismo cuidado y habilidad que se observan en los mejores establecimientos similares de Europa. Y de allí salieron los

(1) A. M. du Graty. «La Republique du Paraguay».

primeros buques de vapor, construidos en el Paraguay (1).

Con anterioridad, el Presidente López había iniciado en el departamento de Ybicuí el establecimiento de una fundición de hierro, a fin de utilizar, como expresaba, ese metal, el más abundante en la República y el más provechoso por sus distintas aplicaciones. Los hornos se situaron al pie de la pequeña cordillera, cerca de un arroyo, cuyas aguas llevadas por un canal, servían de fuerza matriz a las máquinas, siendo su primer director el ingeniero D. Guillermo Godwin. Suspendidos los trabajos por falta de operarios competentes, reanudáronse después con un personal superior, contratado bajo la dirección de D. Augusto Liliedat; una guarnición militar, al mando del teniente Elizardo Aquino, fué destinada a las labores de la fundición; y a poco de instalado el arsenal, ambos establecimientos estuvieron en estrecha relación, recibiendo la usina notable impulso con la cooperación de los oficiales ingleses al mando del ingeniero Wyhtehead. A la par de proveer al país de instrumentos agrícolas y útiles industriales, la fundición contribuía con excelente producción al material de artillería: el 1857, catorce cañones de a veinticuatro, fundidos en Ybicuí, estaban ya listos para ser taladrados en el arsenal (2).

(1) El primer vapor fué el «Ypora», de 226 toneladas y 70 caballos de fuerza, que fué lanzado al agua el 2 de julio de 1856. «El «Ypora», decía el gobierno, es obra de paraguayos, bajo la dirección única del constructor inglés, Mr. Thomas N. Smith». (Mensaje del Congreso de 1857).

(2) La usina hizo en breve notorios progresos: en 1859 sus rendimientos figuraban entre las rentas públicas por la suma de 22.512 pesos oro.

Por este mismo tiempo, se había tendido desde el arsenal hasta el murallón de la ribera, una línea férrea, destinada a «facilitar los transportes del muelle» y la cual fué el primer camino de hierro establecido dentro de la República. En 1857 anunciaba el gobierno la construcción de una nueva vía desde el muelle hasta la Aduana Central y el reconocimiento del trayecto más apropiado para su prolongación hasta Paraguarí. A mediados de 1859, se dió comienzo a dicha obra, bajo la dirección del ingeniero Mr. S. Padißon, con la cooperación de tres subingenieros ingleses. Todos los artesanos y obreros, salvo el maestro de obras, que era inglés, fueron paraguayos, trabajando en los terraplenes las tropas del ejército, al mando de sus respectivos jefes. Los materiales empleados fueron el riel americano y las durmientes de quebracho. La estación del ferrocarril, construido entonces, es todavía uno de los edificios más amplios y bellos de la capital paraguaya.

Al extender hacia el interior del país el camino de hierro, que comenzó dentro de la Asunción, arrancando del Arsenal, era el plan del gobierno, a la par de promover el progreso económico de los centros productores, facilitar la comunicación de dicho establecimiento con la fundición de Ybicuí, compensando con ese poderoso medio de transporte la situación de la usina, un tanto lejana y desviada de las corrientes fluviales. Un ramal debía, en consecuencia, haberse extendido a dicho punto desde la estación de Paraguarí, con materiales preparados en los talleres na-

cionales (1). No alcanzó el Presidente López a realizar este pensamiento; pero, cúpole apreciar ampliamente el vigoroso impulso que imprimieron las obras indicadas al progreso económico del país.

A fines de 1861 se inauguraba el servicio del ferrocarril hasta el pueblo de Luque. Y ese mismo año la armada nacional poseía once vapores, que se utilizaban para el transporte del comercio exterior, y de los cuales gran parte procedía de los astilleros nacionales.

El movimiento del puerto de la Asunción, que en el año y medio transcurrido desde julio de 1851 hasta fin de 1852, no pasó de 120 goletas de 40 a 80 toneladas, llegó a un promedio anual de 328 buques y 20.000 toneladas en el trienio de 1855-1857; movimiento que siguió en aumento, siendo de 403 buques en 1861. Y el comercio internacional, que representó \$ 1.097.000 en 1853, fué de \$ 1.437.000 en 1855, pasó de \$ 2.700.000 en 1857, y alcanzó en 1859 a cerca de 4.000.000 de pesos oro.

A la par de esos hechos, cabe señalar el desarrollo que alcanzó la instrucción pública en la Capital de la República y en todo el país.

«Hasta los últimos años del Dr. Francia y durante los primeros años de los gobiernos subsiguientes, dice el padre D. F. Maiz, no hubo más que una escuela pública de primeras letras en la Asunción. Me cupo conocer a los célebres maestros de *disciplina y palmeta* Tellez y Quintana» (1).

(1) Mensaje citado de 1857.

(2) «Datos biográficos del prebitero José del Carmen Moreno». Escrito inédito en nuestro poder.

D. José Gabriel Tellez ejercía la enseñanza desde el tiempo colonial, habiendo sido nombrado maestro de escuela, por el gobernador Ribera en 1802. El 11 de marzo de 1812, a raíz de las primeras reformas sobre instrucción Pública, la Junta Gubernativa le confirmó en su cargo, en carácter provisorio, por el término de un año, «mientras se proporcione otro sujeto de mayor idoneidad». Pero extinguida la Junta en 1813, el maestro Tellez continuó silenciosamente en su puesto hasta el fallecimiento del Dr. Francia, en cuya ocasión cúpole en los círculos oficiales inopinada resonancia, actuando como maestro de ceremonias en los funerales del Dictador (1). Del maestro Quintana, nos ha dejado el Coronel Centurión, curiosos datos en sus «Memorias». Poeta, músico y relojero, tenía su escuela frente a su taller, bajo el patrocinio de una enorme cruz de madera, erigida en el fondo de un vasto salón, donde los alumnos deletreaban la cartilla o estudiaban el catecismo al cuidado de los «fiscales», que distribuían semanalmente las azotainas de reglamento, mientras el viejo dómine, encerrado en su aposento, componía relojes, hacía coplas o rasgueaba su guitarra.

A poco de establecido el gobierno consular, esa escuela central de primeras letras fué trasladada cerca de la parroquia de la Encarnación, a un nuevo local, «que se mandó edificar con todas las distribuciones y preparos necesarios», donde se educaban gratuitamente

(1) Véase nuestro artículo «El fin de una dictadura», en «La Prensa», de 1922.

233 jóvenes, y al que asistían los niños pobres con vestuarios suministrados por el estado (1).

«Hubo también por entonces, agrega el padre Maiz, dos escuelas particulares de enseñanza algo más avanzada. El presbítero Marco Antonio Maiz, más tarde Obispo Auxiliar del Paraguay, después que salió de la bárbara prisión de 14 a 15 años, a que le redujo el Dr. Francia, por haberse opuesto a su investidura de dictador vitalicio, estableció su escuela, en que daba lecciones de la lengua castellana y del latín; también de aritmética y moral religiosa; algo de historia sagrada, nada de nacional».

«La otra institución era de don Juan Pedro Escalada, notable educacionista argentino, que enseñaba los idiomas castellano y francés, geografía e historia general, la aritmética y geografía; lecciones también de religión y moral».

Escalada tuvo su escuela en el barrio de San Roque hasta 1859, en que la trasladó a la Recoleta, en el lugar donde se estableció después el Asilo de Mendigos. Su escuela pudo entonces admitir también alumnos internos. Y allí continuó el venerable educacionista hasta muy avanzada edad, habiéndole cabido ser por más de medio siglo el maestro predilecto de la juventud asuncena.

En cumplimiento de una de las disposiciones del Congreso de 1841, los cónsules López y Alonso crearon, el 30 de Noviembre de dicho año, la Academia Literaria, «como ba-

(1) Mensaje de los Cónsules al Congreso Nacional 1842.

se de un colegio nacional», encomendando su dirección al presbítero Marco Antonio Maiz, que cerró su modesta escuela para hacerse cargo de dicho establecimiento. La Academia abrió sus cursos el 9 de febrero de 1842, con las cátedras de latinidad y castellano y bellas letras, a la que se agregó poco después la de filosofía, y constaba en sus comienzos con 126 alumnos externos y 23 internos.

Llevado a la Presidencia de la República Don Carlos Antonio López, en Marzo de 1844, la instrucción primaria siguió concentrando la atención efectiva del gobierno.

En la Asunción y sus cercanías se establecieron, durante el primer período presidencial, tres «casas de educación de jóvenes insolventes», de las que una funcionaba en la Academia Literaria; medida que se generalizó poco después en las villas y partidos de la Campaña, proporcionándose a los niños insolventes y huérfanos pobres, alojamiento, mantenimiento y vestuarios, y ocupándoseles, fuera de las horas de clase, en la práctica de varios oficios.

Durante ese mismo período se creó en Ceбалlos-cué, bajo la dirección de D. Miguel Rojas, una escuela de aritmética de carácter preparatorio, mientras se establecía otra especial de matemáticas a cargo de M. N. Dupuy, contratado para su enseñanza.

La escuela de matemáticas se instaló frente al actual edificio del Colegio Nacional, y comenzó a funcionar en 1853.

En febrero de 1855 llegó a la Asunción,

contratado igualmente por el gobierno para la enseñanza pública, el escritor español Don Ildefonso Antonio Bermejo, que abrió ese mismo año en el local que ocupa actualmente la Policía, una escuela normal con crecido número de alumnos. Pero este ensayo fué poco feliz, ocasionando algunos actos de in-subordinación. Disuelta la escuela, fundóse bajo la misma dirección el *Aula de Filosofía*, instituto de segunda enseñanza, cuyo plan de estudios, comprendía seis cursos, con las siguientes materias: Gramática, particular y general, Historia, Geografía, Cosmografía, Literatura, Composición literaria, Filosofía, Francés, Catecismo Político y Derecho Civil.

De este instituto salieron los más distinguidos miembros de la naciente intelectualidad nacional, en la que se destacó el poeta y escritor Natalicio Talavera, desaparecido prematuramente, a causa de una mortal dolencia, durante la guerra contra la triple alianza.

Por este mismo tiempo existían también una casa de educación para niñas con el nombre de *Colegio de María* (1) y buen número de escuelas particulares, cabiendo citar a más de las ya nombradas, la de latinidad, del P. Maiz y D. Bernardo Ortellado, la del Padre Palacios, la del Dr Gelly y un Colegio de la Compañía de Jesús, de enseñanza secundaria, regido por el Padre Bernardo Parez (2).

(1) L. Alfred Demersay. «Historie physique, économique & politique du Paraguay». Tome II.

(2) Este Colegio, a cargo del jesuita nombrado y de otros tres, los Padres José Calvo, Fidel López y Manuel Martós,

En los últimos años de su administración, Don Carlos Antonio López resolvió la reapertura del Colegio Seminario, clausurado por el Dr. Francia, y cuyo restablecimiento había sido dispuesto por el Congreso de 1841, destinándosele parte de los bienes del extinto dictador (1).

El Seminario se inauguró con 12 clérigos de órdenes menores y sacros hasta el diaconado, que existían entonces, y varios alumnos externos. Fué su primer rector el Padre Fidel Maiz, cura de Arroyos y Esteros, quien llamó para secundarle al joven José del Carmen Moreno, que empezaba a destacarse por su preparación y contracción al estudio (2). Ambos fueron,

fué de corta duración. El Presidente López no permitió que vieran en comunidad, bajo el estatuto de la Compañía, y dichos sacerdotes prefirieron abandonar el país.

El doctor Manuel Domínguez cita además en su Conferencia sobre historia de la enseñanza nacional, las siguientes escuelas particulares: «las del librero Cirio, Don Manuel Pedro de Peña, Juan Pablo Florencio, Ambrosio Florentín, un tal Demetrio, Ferriol, Isidoro Codina y De Cluny». Una antigua escuela existía también, a cargo de un señor Cañete, según refiere el Coronel Centurión en sus Memorias.

(1) .. «Las temporalidades del Colegio Seminario... quedan a favor de este instituto y el gobierno, con el cargo de cultivar los estudios bajo un plan que pueda formar ciudadanos útiles a la Religión y al Estado... De los sueldos líquidos quedados por la muerte del supremo dictador, ciudadano José Gaspar de Francia, en cantidad de 36.564 pesos, dos reales... quedan aplicados a los fondos del Colegio Seminario, 12.000 pesos, con las alhajas de oro y plata de la misma pertenencia depositados en la Tesorería». (Acta del Congreso del 14 de marzo de 1841).

(2) El presidente López tenía otro candidato. Pero a indicación del Rector, fué nombrado catedrático José del Carmen Moreno, previo un acto de prueba «por demás favorable», presidido por el obispo y por el profesor de Filosofía, Don Ilde-

seguramente, en esa época, los miembros más ilustrados del clero paraguayo.

Poco tiempo antes el Presidente López, ajustándose a lo dispuesto por el Congreso de 1844, envió a Europa, a continuar sus estudios científicos y literarios, a varios jóvenes elegidos de los principales colegios de la Asunción, de los cuales cinco fueron destinados a la carrera diplomática.

La instrucción elemental estaba ya bastante difundida. En una estadística levantada a principios de 1857, figuran 408 escuelas públicas con 16.755 alumnos.

Al gobierno consular de López y Alonso le correspondió la iniciativa del establecimiento de una imprenta, cuya adquisición fué anunciada al Congreso en el Mensaje del 12 de Marzo de 1844.

Instalada la imprenta durante el primer período presidencial de Don Carlos Antonio López, fué desde luego un auxiliar eficaz de la enseñanza pública, reimprimiendo los libros útiles para las escuelas que fueron distribuidos gratuitamente. Una de las primeras obras editadas en la imprenta nacional fué *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán, merecido homenaje al insigne criollo asunceno, primer historiador de estas regiones, que enalteció con su espada y con su pluma los orígenes de la nacionalidad paraguaya.

El mismo año en que se editó esa obra

Donso Bermejo. «Así ingresó en el seminario, dice el P. Maizpor su apasionada contracción al estudio, con su clara y privilegiada inteligencia; bien como por su ejemplar conducta moral, se hizo desde luego notable, atrayéndose la simpatía y el cariño de todos». (Datos biográficos citados).

apareció *El Paraguay Independiente*, primer periódico que salía a luz en el país, destinado especialmente a defender contra las pretensiones de Rosas la independencia del Paraguay, ratificada ya solemnemente por los representantes del pueblo el 25 de noviembre de 1842. El primer número del periódico, que fué semanal, salió el 26 de Abril de 1845 y el último, el 18 de Septiembre de 1852, después de reconocida la independencia nacional por la Confederación Argentina. Fué redactor de *El Paraguay Independiente* el mismo Presidente de la República.

A los pocos meses de desaparecido ese periódico salió a luz *El Semanario*, que se ocupó con preferencia de asuntos económicos y de enseñanza, y cuya redacción estuvo, al principio, igualmente a cargo del Presidente López. Fueron también sus redactores el doctor Juan Andrés Gelly, ilustrado compatriota que regresó al país, después de prolongada ausencia, en 1845, y el director del instituto de enseñanza, D. Ildefonso Bermejo. En 1855, se fundó, bajo la dirección de este profesor, *El Eco del Paraguay*, que continuó hasta 1857, alcanzando a 108 números. Otros dos periódicos hicieron también su aparición por este tiempo: *La Epoca* y después *La Aurora*, donde publicaron sus primeros ensayos los noveles escritores del *Aula de Filosofía*.

Tal fué, en síntesis, la situación que alcanzó en este período la instrucción pública, cuyo centro principal y propulsor era la Capital de la República.

«Las escuelas primarias, decía el Consulado en 1844, son los verdaderos monumentos que

podemos ofrecer a la libertad nacional. La educación civil y religiosa formarán las costumbres de un pueblo que aspira a tener virtudes republicanas».

El gobierno de los Cónsules y el de D. Carlos Antonio López se ajustaron sinceramente a ese programa. Aun cuando la cultura superior no pudo tener mayor expansión en un régimen político aún restringido y provisorio, la enseñanza básica se elevó a un nivel respetable.

Los que han juzgado más severamente la situación política del país en aquella época, no han podido menos que reconocer ese aspecto de la gestión pública, que resumía una vieja aspiración del pueblo paraguayo.

«El mejor acto del Congreso, dice Washburn refiriéndose al de 1841, fué dictar una ley para la fundación de un Colegio del Estado. Los cónsules tomaron también tempranas medidas para establecer escuelas primarias no solamente en la capital, sino en todo el país».

«El gobierno, lo decimos en su elogio, escribía a su vez Demersay, se esfuerza en extender los beneficios de la instrucción». Y aludiendo a una disposición de 1861, que la suponía copiada del proyecto de M. Carnot, de 1848, agregaba: «He aquí, pues, que la instrucción primaria se ha vuelto obligatoria y gratuita en el Paraguay, cuyo gobierno — extraño contraste — no retrocede ante la aplicación de las teorías más liberales de los reformadores modernos». En realidad, don Carlos Antonio López se adelantó en el hecho al Ministro de la segunda República de Francia, pues cuando el pensamiento de

Carnot no pasaba de ser un proyecto, la instrucción era ya obligatoria y gratuita en el Paraguay.

Si la emisión de las ideas seguía todavía sujeta a vigilancia, el cultivo del espíritu se hallaba libre de esas restricciones. «Estaba permitido, dice un contemporáneo, que condenaba, no obstante, aquella pertinaz censura, la introducción de toda clase de obras científicas o especulativas; así es que se leía en la Asunción a los autores más avanzados en principios políticos y económicos» (1). La estadística de la época comprueba esa aseveración. En los cuadros aduaneros de 1860, la introducción de libros figura con una suma casi igual a la de los muebles, que iban renovando también el interior de las viejas casas solariegas. Y paralelamente, el número de lectores acrecía de año en año. En 1862, cuando D. Carlos Al. López bajó a la tumba, había en el país 435 escuelas públicas con 24.524 alumnos, número muy superior entonces al de otros Estados americanos, y al que no volvió a aproximarse el Paraguay sino 35 años después (2).

(1) «Memorias del Coronel Juan Crisóstomo Centurión». Tomo I.

(2) En 1897 existían en el país 358 escuelas y 23.000 alumnos, cifra que duplicó en el siguiente decenio y siguió después en constante aumento, pasando de 90.000 el número de alumnos inscriptos en las escuelas el año 1924.

I N D I C E

Prefacio	5
I.—Orígenes de la ciudad	7
II.—Un paraje olvidado de la conquista	27
III.—La guerra con los indios	35
IV.—Situación de los conquistadores en 1542	45
V.—Los primeros gobiernos asuncenos y sus relaciones con los autóctonos	57
VI.—Los primeros conquistadores y el segundo Adelantado	65
VII.—La primera expedición hispano-guaraní	73
VIII.—Continuación de la guerra indígena	83
IX.—Las tendencias iniciales de la conquista	93
X.—La expansión asuncena	109
XI.—La agricultura y las primeras industrias	119
XII.—Orígenes de la ganadería	129
XIII.—Primeros efectos de la expansión asuncena	139
XIV.—Los límites de la Asunción	151
XV.—La división de la Provincia	161
XVI.—La Ciudad y los aborígenes	171
XVII.—La Asunción después del siglo XVI	181
XVIII.—La Ciudad colonial	191
XIX.—El Cabildo y su torre	197
XX.—La Casa del Gobernador	205
XXI.—Algunos aspectos del suelo y sus habitantes	213
XXII.—La población	221
XXIII.—Estadística de la población	231
XXIV.—La Asunción en 1812	239
XXV.—La Asunción durante la dictadura de Francia	247
XXVI.—La Asunción durante el Consulado y el gobierno de D. Carlos Antonio López	257

ERRATAS

Páginas	Líneas	Dice	Debe decir
39	17	ols payaguaes	los payaguaes
40	8	coolnial	colonial
44	3	1542	1541
51	27	en prácticas	en las prácticas
52	18	proeminencias	preeminencias
65	3	dificultan	dificulta
83	12	hubiera	hubieran
95	27	anunciaban	anunciaba
103	30	los caracaraes y los candires	los caracaraes
111	7	enjambre	centro
127	19	llevan	llevar
141	20	ampliando	ampliado
142	7	a influencia	la influencia
213	4	Videla	Velasco

S

Debe decir

los payaguas
colonial

1541

en las prácticas
preeminencias

dificulta

hubieran

anunciaba

los caracaras

contra

llevar

ampliado

la influencia

Velasco



F 2695 .A8 .M8 C.1
La ciudad de la Asuncion.
Stanford University Libraries

C.1

F
2695
.A8.M



3 6105 036 483 902

DATE DUE

[illegible]

Digitized by Google

